

# Luvina 102

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Primavera 2021

\$50

ISSN 1665-1340

# NATURAL



✦ A mitad del verano —  
letras de supervivencia  
Mamang Dai

✦ La naturaleza  
no nos odia  
Rui Zink

✦ Poemas de  
Alicia García Bergua

✦ Rocío  
Luke Davies

✦ Arte ✦  
Irerí Topete



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

## UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

*Rector General:* Ricardo Villanueva Lomelí

*Vicerrector Ejecutivo:* Héctor Raúl Solís Gadea

*Secretario General:* Guillermo Arturo Gómez Mata

*Coordinador General de Extensión y Difusión Cultural:* Ángel Igor Lozada Rivera Melo

### Luvina

*Directora:* Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

*Editor:* José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >

*Coeditor:* Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

*Corrección:* Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

*Administración:* Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

*Diseño y dirección de arte:* Peggy Espinosa

*Producción y viñetas:* Diana Mata

*Consejo editorial:* Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

*Consejo consultivo:* José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos<sup>†</sup>, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinosa, Francisco Payó González, Hugo Gutiérrez Vega<sup>†</sup>, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo<sup>†</sup>, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Patricia Torres San Martín, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal<sup>†</sup>, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

**Luvina**, año 25, núm. 102, primavera de 2021, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural. Periférico Norte Manuel Gómez Morín núm. 1695, colonia Belenes, CP 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. [www.luvina.com.mx](http://www.luvina.com.mx), [scastillero@luvina.com.mx](mailto:scastillero@luvina.com.mx). Editor responsable: Silvia Eugenia Castellero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102 e ISSN 1665-1340, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 10984 y Licitud de Contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Pandora Impresores, SA de CV, Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, CP 46170. Este número se terminó de imprimir el 31 de marzo de 2021 con un tiraje de 1,300 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

*Diagramación y producción electrónica:* Petra Ediciones

*Distribuida por:* Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel: 55 5618-8551  
[comercializadoragbn@yahoo.com.mx](mailto:comercializadoragbn@yahoo.com.mx), [comercializadoragbn@gmail.com](mailto:comercializadoragbn@gmail.com)

Imagen de portada: fragmento de *Fuego y viento... MMXIX. Incendios forestales* (libro de artista, 2019), de Ileri Topete.

**[www.luvina.com.mx](http://www.luvina.com.mx)**

---

**La tierra tiene memoria**, en la exactitud de sus ciclos y en sus mutaciones deja una impronta en los seres vivos que habitan el planeta. Esta tierra, que para el ser humano es una patria o el único asidero de realidad, tiene memoria en él a partir de la experiencia sensible. Emociones, razonamientos, intuiciones. Las experiencias decisivas que nos van formando en el transcurso de la vida constituyen un límite, un enfrentamiento con la materia. Tocar esa materia significa encontrar el lenguaje para nombrarla (Giorgio Agamben). La palabra nos pone en contacto con las cosas que no podemos entender ni alcanzar, mientras que la naturaleza, con su vegetación y su fauna, cohabita en armonía con sus signos y designios en una relación de apego a sus leyes genéticas. La materia que nos rodea es exuberante, infinita e inconmensurable. Por ello, el lenguaje humano se enfrenta con mutismo a tales fenómenos, pues cada día nos topamos con lo indecible. Las palabras entonces son bosquejos para concebir la idea de esas cosas y sus múltiples e irrepetibles expresiones.

Nombrar es volver asequible lo que existe, traerlo al mundo de la comprensión. Desde nuestra aparición como especie en la evolución biológica, la convivencia con la naturaleza ha sido ambigua y contrastante. Por un lado, los ritmos humanos de progreso cultural y aceleración tecnológica, tiempos globales de ubicuidad instantánea; y por el otro, los biorritmos naturales, largos, acompasados, con sus equilibrios y sus transformaciones.

El mundo natural, lo que solemos denominar biodiversidad, es regido por tiempos contundentes para asegurar la capacidad de autorregulación de los ecosistemas. La diversidad es generadora de estabilidad. Una elevada biodiversidad permite a los ecosistemas recuperarse ante las perturbaciones, adaptarse a los cambios y hacer frente a las crisis. No obstante, estamos siendo testigos de la pérdida de diversidad genética que está llevando a la Tierra a la destrucción del hábitat natural y con ello a la desaparición, no sólo de miles de especies animales, sino de grupos humanos vulnerables cuya extinción deja en el olvido raíces lingüísticas indispensables en el imaginario humano.

Desde la Antigüedad, mujeres y hombres —ante el asombro, el goce y el temor del entorno natural que les rodea— han creado relatos, poemas, historias a manera de memoria de supervivencia vital; una bitácora de su lucha y adecuación al entorno.

En este número, **Luvina** se une a la tradición para dar cuenta, a través de la producción literaria actual, de esa compleja y extraordinaria relación que nos ata a lo natural ✖

# Contenido

<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>A mitad del verano —</u> <u>letras de supervivencia [fragmentos]</u></li> </ul>	10
Mamang Dai	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>Sonrisa en U</u></li> </ul>	18
Hipólito G. Navarro	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>Poemas</u></li> </ul>	28
Luisa Futoransky	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>Larvaria</u></li> </ul>	32
Nicté Toxqui	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>La liebre</u></li> </ul>	34
Afonso Cruz	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>Poemas</u></li> </ul>	36
Citlalli Ixchel	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>el grillo</u></li> </ul>	38
Jorge Fernández Granados	
<ul style="list-style-type: none"> <li>✦ <u>Padre nuestro</u></li> </ul>	40
Denise Phé-Funchal	

▪ <u>Emily Dickinson: Hortus Siccus o Biblioteca de Plantas</u>	45
María Negroni	
▪ <u>Cuatro poemas</u>	46
Marta Agudo	
▪ <u>Poemas</u>	48
Ronny Someck	
▪ <u>Mi poema no te salvará</u>	49
Dunya Mikhail	
▪ <u>Como las iguanas</u>	52
José Manuel Torres Funes	
▪ <u>Poemas</u>	67
Alicia García Bergua	
▪ <u>Poemas</u>	70
Carlos Vicente Castro	
▪ <u>Así comenzó todo</u>	72
Carola Aikin	
▪ <u>Rocío</u>	73
Luke Davies	
▪ <u>La naturaleza no nos odia</u>	76
Rui Zink	
▪ <u>Sólo yo y Abú y el desierto</u>	78
Antolín Olgiatti	
▪ <u>El abra</u>	79
Luisa Mercedes Levinson	
▪ <u>Tres poemas sobre naturaleza</u>	88
Claudia Hdez. de Valle-Arizpe	

✘ <u>La abeja</u> Ted Hughes	90
✘ <u>Primavera</u> Edna St. Vincent Millay	92
✘ <u>Viernes 14 de junio</u> Iván Rojo	93
✘ <u>Poema</u> Claudia Berrueto	96
✘ <u>Poemas rurales</u> Subhro Bandopadhyay	97
✘ <u>Ciclo</u> Isabel Cienfuegos	99
✘ <u>Un verde pensar</u> Nurit Kasztelan	100
✘ <u>Tormenta</u> Daniel Centeno	103
✘ <u>Albert y Mileva</u> Luis Fernando Verissimo	109
✘ <u>La alegría</u> Blanca Luz Pulido	112
✘ <u>Contra el amanecer</u> Héctor Hernández Montecinos	113
✘ <u>Poemas</u> Verónica Grossi	119
✘ <u>A contranatura</u> Ernesto Lumbreras	123

- ✘ La naturaleza no decidirá 127  
 Savita Singh
- ✘ Un rincón de la Tierra 129  
 Vasco Gato
- ✘ Un espacio de revelaciones 133  
 Silvia Eugenia Castellero
- ✘ ¿Hasta cuándo viviré bajo el gobierno  
de los instintos? 138  
 Flavia Garione
- ✘ Los osos que aprendieron a hacer fuego 139  
 Martín García López
- ✘ Resurrección 143  
 Alejandro Badillo
- ✘ Los estados de la materia 156  
 Eva Manzano

*M'ILLUMINO D'IMMENSO. PREMIO INTERNACIONAL DE TRADUCCIÓN DE POESÍA DEL ITALIANO AL ESPAÑOL*

- ✘ Los lirios amarillos 157  
 Luciano Erba
- ✘ El papel de las naranjas 159  
 Pietro De Marchi

## ARTE

### NATURAL PERSISTENCIA

Ileri Topete



## PÁRAMO

○ <b>PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE</b>	161
Iván Soto Camba	
○ <b>UN HILO DE COMETA COLOR ÁMBAR</b>	163
Luis Armenta Malpica	
○ <b>HABITAR EL JARDÍN</b>	164
Luis Jorge Aguilera	
○ <b>BELLEZA Y FURIA TRAVESTI</b>	166
Omar Gómez	
○ <b>MARIO HEREDIA, EL COMPAÑERO IMAGINARIO</b>	167
Roberto Ramírez Flores	
○ <b>EL NIÑO AARON Y LA NATURALEZA</b>	168
Luisa Futoransky	
○ <b>UN PROYECTO DE LA PALABRA CON LA TIERRA</b>	172
Yaxkin Melchy	
○ <b>DE MALICK A HERZOG: DE LA NATURALEZA COMO DIVINIDAD A LA NATURALEZA COMO CAOS</b>	175
Hugo Hernández Valdivia	
○ <b>EXTRAVÍOS</b>	179
Luis Eduardo García	
○ <b>UN PARQUE</b>	180
Dolores Garnica	
○ <b>CONTEMPLACIÓN DE LA NATURALEZA</b>	182
Úrsula Hernández	

Las imágenes de Úrsula Hernández aparecen en las páginas 9, 27, 37, 51, 69, 87, 108, 122, 137 y 155.



# A mitad del verano — letras de supervivencia *[fragmentos]*

## Mamang Dai

---

### La deificación de la naturaleza

Cuando decimos que nuestra gente cree que las piedras y los árboles tienen vida, ¿qué queremos decir?

En este entorno en que vivimos y al que llamamos nuestra tierra, la de nuestros ancestros, no podemos destrozar montañas o arrancar su capa verde argumentando que obstaculizan el camino hacia nuestro desarrollo. La vida de plantas y lombrices e insectos prevalece a pesar de todo, contamos con amplia evidencia de ello. Así que nosotros también tendremos que prevalecer. A lo largo de los siglos hemos empezado a intentarlo, en paralelo a plantas, lombrices e insectos.

---

### Otras vidas

La tierra es un ser, justo como nosotros. Vivimos su clima, compartimos alimento, arroz, agua, sal. Vamos a la guerra, nos matamos con nuestras armas y nos ahogamos en un río o perecemos en una avalancha de rocas. Es un lazo tan cruel como generoso (como el de hermanos que claman un territorio). A partir del hecho de que cada uno es igual al otro hay un estado de mutuo respeto, un estado de alianza. Esto se refiere a los numerosos rituales que posteriormente consideramos iluminados, civilizados o bárbaros desde el punto de vista contemporáneo.

(Pasighat, India, 1957). Autora de *The Black Hill* (Aleph Book Company, 2014).

El *shaman-miri*<sup>1</sup> entra en trance y se comunica con la tierra en un lenguaje de evolución y transformación. Dicen que cada *miri* extrae su inspiración de distintas fuentes. Su rol no lo hereda ni lo obtiene por jerarquía. Una persona puede convertirse en *miri* incluso muy tarde en la vida, si es visitada por sueños y visiones.

1. Sacerdote chamánico bien versado en cantar las narrativas de la tribu adi en la región Arunachal Pradesh de India.

En los huecos de mi corazón pongo trampas para atrapar memorias. Las palabras se abren como poema para desplegar una vida inexpresable, las palabras se estiran como hilos de seda que hacen capullo en mis pensamientos. ¿Es esto lo que quería decir?

No, no, no en absoluto.

¿Qué ocurrió con la semilla que fue dada a cada vida para nutrir y crecer?

Quizá pasé demasiado tiempo afuera, caminando con el vendedor de semillas, negociando líneas de costa, extrañas ciudades; una vida brillante.

Me he olvidado del filo de la espada de la memoria. Tal vez un día regresará —este nuevo lenguaje de palabras que brotan del cielo como las plumas suaves de un pájaro, que destellan como vestido nupcial de un misterioso ancestro que sobrevivió a la destrucción de la civilización y flotó de vuelta a la tierra. Tal vez.

## Escribir

Escribir ha tomado la mitad de mi vida. Creo que debería estar agradecida. Es exactamente lo que quería: escribir. Es exactamente lo que dije que quería hacer: que me dejaran sola y escribir. Grandes sueños. Grandes esperanzas.

No puedo recordar cómo viajábamos. En cierto punto de inflexión nuestras manos resbalaron, o cambiamos con nuestros pensamientos que miraban en direcciones opuestas.

Trueno retumba. Sol aparece y desaparece. Gran tierra. Somos pequeñas, solitarias siluetas que intentan abrazar la montaña. La huella que deja un helecho es más profunda que la que dejamos nosotros.



## Confinamiento

Cuando nacimos, brotamos verdes  
 hicimos capullo en los rituales de las cosas que crecen  
 plantando, preparando auspiciosos símbolos para un año nuevo  
 cuando la hoz del tiempo cortó todo de raíz  
 y pistolas para medir la temperatura fueron desenfundadas.

### 01

Entre cautas e infecciosas  
 nuestras palabras se disiparon tras una máscara.  
 La primera respuesta es solitaria.  
 Y lo siento por la gente de Wuhan  
 pero un pesado domo bloqueó las puertas  
 del viaje, la historia, la geografía  
 las fronteras se cierran  
 no hay paso a través de las barricadas amarillas.

Fue el murciélago —he aquí la historia de la covid-19  
 una guerra de teoría y reproche.  
 Nada queda exento:  
 embarques, camellos, caravanas  
 una civeta de palma, los pangolines

## Lockdown

We were born green / cocooned in the rituals of growing things / planting, preparing auspicious symbols for a New Year / when the sickle of time cut everything down / and the thermal guns were out.

### 01

Between safe and infected / our words are banished behind a mask. / The first response is solitary. / I am sorry for the people of Wuhan / but a heavy dome has shut the doors / of travel, history, geography / the borders are closing down / there's no crossing the yellow barricades. // It was the Bat—Here is the story of Covid-19 / a war of theory and blame. / Nothing is exempt: / Trade vessels, camels, caravans, / a palm

un comercio húmedo es lavado y restregado hasta la muerte  
 (el sol está bajando  
 prepárate, el viento ha comenzado a aullar).

---

## 02

Pero fuimos nosotros, estoy segura de que fuimos nosotros.  
 No lo digas. La orden es clara.  
 No digas aquellas cosas sobre avaricia y dominación  
 sobre cruzar la línea  
 pez, ave, cuero, marfil, hueso de ballena  
 expropiación y robo.

Hablar de nuestra salud.  
 Es un gran asunto  
 (teoría de los gérmenes, material peligroso  
 hay comida y dinero en la mesa  
 transmisión en vivo y alta tecnología)  
 por el bien público: quédate en casa. Mantente a salvo.

---

civet, pangolins, / a wet market is scrubbed to death— / The sun is  
 going down, / get ready, the wind is beginning to howl.

---

## 02

But it was us, I'm certain it was us— / Don't say it. The order is clear.  
 / Don't say those things about greed and dominance / about crossing  
 the line, / fish, fowl, pelt; ivory, whalebone / dispossession and theft.  
 // Talk about our health. / It's a big deal— / Germ theory, Hazardous  
 Material / there's food and money on the table, / live stream and Big  
 Tech, / for the public good—Stay Home. Stay Safe.

**03**

¿Qué tan a salvo?

Desperté esta mañana intentando recordar  
las caras de mis amigos.

He olvidado la forma de mis pantuflas.

¿Alguien está cantando una canción?

¿Qué es canción, caricia, otro país?

Bajo vigilancia

en condominios plagados, me temo  
que alguien se meterá en nuestras cabezas.

Después de la guerra, las consecuencias.

Las sirenas retumban.

Alguien grita:

¡No puedo respirar!

Y nosotros esperamos,

protegiendo debilitadas linternas:

¿se estará expandiendo la niebla blanca?

**04**

Pero cuando nacimos, brotamos verdes. Estoy segura.

A mitad del verano el árbol Taan florecerá otra vez.

Un día nos tocaremos a través de la estática

**03**

How safe? / I woke up this morning trying to remember / the faces  
of my friends. / I have forgotten the shape of my slippers. / Is some-  
one singing a song? / What is Song. Touch. Another country? / Under  
surveillance / in plague condominiums I am afraid / someone will get  
inside our heads. // After the war—the aftermath. / The sirens are blar-  
ing. / Someone is shouting / I can't breathe! / And we are waiting, /  
shielding our dimming lamps. / Is the white mist spreading?

**04**

But we were born green. I am certain. / In midsummer the Taan tree  
will bloom again. / One day we will touch through the static / to hon-

para honrar a los muertos, lavar la sangre de nuestros pies.  
 Cuando no hay lugar dónde esconderse  
 entre refugiados y sin casa  
 la meta es la misma  
 sobrevivir, sentir a nuestros corazones latir de nuevo.

---

## 05

¡Al diablo el hambre y la desesperación!  
 El laberinto de la vida y la muerte  
 es una segunda oportunidad de recuperar significado,  
 hay una memoria flotando en nuestras venas,  
 ahí (entre la ciudad gris y las zonas rojas  
 está el pueblo donde nació)  
 cargaremos a viejos y heridos  
 alzaremos a los niños, los alzaremos muy alto  
 cuando el camino nos encuentre otra vez, llamándonos a grandes cosas.  
 Verde en el sol  
 tiempo es el viento que carga un grueso pincel  
 con el cual mezcla colores en corrientes ancestrales  
 que fluyen en todas direcciones.

---

our the dead, wash the blood from our feet. / When there is nowhere  
 to hide / between sheltered and homeless / the goal is the same / to  
 survive, to feel our hearts beating again.

---

## 05

To hell with hunger and despair! / In the labyrinth of life and death /  
 if a second chance is the recovery of meaning, / a memory floating in  
 our veins, / there—beyond the grey city and red zones / there lies my  
 native village— / We'll carry the old and injured, / lift up the children,  
 lift them up high, / when the road find us again, calling us to vital  
 things. / Green in the sun / time is the wind carrying a big brush / mix-  
 ing colours by ancient streams / flowing in all directions.



2. Existe la creencia, ampliamente aceptada en la región de Arunachal Pradesh, de que el hombre y el tigre nacieron siendo hermanos. Dar muerte a un tigre equivale para ellos al asesinato de un hombre, por eso los rituales asociados con su caza son rigurosos. Este verso hace referencia a la falda tradicional (*ga-lè*) de una mujer. Tras matar a uno de estos animales, el cazador es recibido a las puertas de la aldea por mujeres que utilizan esas prendas tradicionales como velos para proteger al cazador de la mirada del tigre asesinado.

2. It is a widespread belief in Arunachal Pradesh that man and tiger were born brothers. The killing of a tiger is equivalent to that of killing a man and the rituals associated with a tiger hunt are rigorous. This is a reference to a woman's *ga-lè*-wrap skirt. When a tiger is killed the hunter is received at the village gate by women carrying a red *ga-lè* to shield the hunter from the eyes of the slain tiger.

## Hombre y hermano

Antes de que el día termine, una pieza cobrada y  
[está hecho.  
Los rostros de alarma son moteados granos de  
[sudor en la tierra,  
el sol cuelga de la colina cuando el último tigre  
[salvaje es cazado  
y un latido retumba como un trueno de la tierra  
[al cielo.

En lo profundo de la noche las mujeres cuentan  
[historias.  
En hambre incestuosa de nacimiento y creación,  
[ellas dicen  
nos caímos de la misma escalera  
de estrellas, fuego y sal.  
Todo el zodiaco nos fue dado  
signos, símbolos, las marcas del destino  
coreografía de sangre  
cuadro por cuadro, ¡una vida!  
Pero ahora, el panda rojo<sup>2</sup> está siendo tapado.

## Man and brother

Before the day is over one kill, and the deed is done. / The alert faces are speckled, beads of sweat on the ground, / the sun is drooping over the hill when the last wild tiger is killed / and a heartbeat like thunder echoes from earth to sky. // Deep into the night the women tell stories. / In the incestuous hunger of birth and creation, they say, / we tumbled down the same stairway / of stars, fire and salt. / All the zodiac was given to us; / signs, symbols, the marks of destiny, / choreography of blood / frame by frame – a life! / But now, the red mantle<sup>2</sup> is being folded away. // When the moon

Cuando la luna se alce la colina estará vacía.  
 Quizá una larga silueta cruzará a zancadas el firmamento,  
 pero será sólo una silueta.  
 Todo el fuego que quede en nuestros corazones  
 se derretirá como hielo y hueso muerto  
 hasta que un hermano vuelva a llorar  
 al ver el rostro perdido de su hermano.

Sin su huella no sabríamos cómo ser valerosos.  
 Solos con el viento, quizá un suspiro nos salve ahora  
 (arde, ígnea memoria  
 de la rauda corriente y la luz del bosque);  
 en algún lugar de su sueño un niño gime,  
 sueña el sueño de uno de sus ancestros  
 que lo llama de vuelta, lo llama de vuelta  
 al verano rayado del tigre.

VERSIONES DEL INGLÉS DE IVÁN SOTO CAMBA.

---

rises the hill will be empty. / Perhaps a long silhouette will lope across  
 the skyline, / but it will only be a silhouette. / All the fire remaining in  
 our hearts / will melt like ice and dead bone / until a brother cries out  
 again, / seeking a brother's lost face. // Without his footprint we would  
 not know how to be brave. / Alone with the wind, perhaps a sigh will  
 save us now— / Burning, incandescent memory / of the swift stream  
 and forest light; / when somewhere, in his sleep, a child whimpers, /  
 dreaming a dream of an ancestor / calling him back, calling him back,  
 / to the striped summer of the tiger.

# Sonrisa en U

## Hipólito G. Navarro

*Ser en la vida romero,  
romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.*

[...]

*Ser en la vida romero, romero..., sólo romero.  
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.*

LEÓN FELIPE

**Cuando le alcanza entender** que la sencilla operación de introducir el brazo por la manga de la chaqueta se le ha convertido en una empresa verdaderamente enojosa y absurda, y admite al cabo de un rato de luchar contra la prenda que ha encajado primero en la manga que no corresponde el brazo que siempre mete después, al sacársela para empezar de nuevo de la forma acostumbrada siente que algo va mal, que ama- nece esa mañana uno de esos días en que es mejor no levantarse. Uno de cada diez, de cada siete, de cada tres, uno de cada uno últimamente.

Con ese presentimiento gira un poco más tarde la llave en la cerradura y da la espalda a la seguridad de su casa, antes de embocar la escalera hacia el territorio inhóspito del garaje, un lugar que sólo le emite señales negativas y cuyo bosque de columnas atraviesa siempre a una velocidad insensata de cuatro arañazos por maniobra. Bosque de columnas es expresión bien cínica, piensa, es una frasecita hecha que se las trae: una combinación de naturalezas vivas y muertas, de botánica y cemento armado, que es mejor dejar atrás cuanto antes.

Nada más salir a la calle se incrusta en el atasco suyo de cada día. Lo hace porque no ha matado a nadie al cruzar la acera al vom-

(Huelva, 1961). Autor de varios títulos, entre ellos *La vuelta al día* (Páginas de Espuma, 2016).

tarse desde el garaje, gracias al espejo redondo inmenso como un ojo que le muestra, a la par que los transeúntes susceptibles de ser más o menos atropellados, las primerísimas intenciones del día exterior. Si un poco más adelante la avenida adquiere amplitud, gana en carriles a ambos lados, tiene a bien incluso bordearse de naranjos y palmeras, y la luz del amanecer, tras un generoso filtrado de nubes, se posa con calma sobre los vehículos que lo preceden y los que lo siguen detrás, la cosa podría augurar una jornada medio plácida. No va a ser el caso de hoy.

Después de fumarse tres cigarrillos y diecisiete semáforos rojos, bastante rato después, arriba a la oficina hecho un sonámbulo, cruza por entre las mesas de sus compañeros sin decir palabra, y comienza a sentirse en verdad atosigado por el trabajo morrocotudo que le espera sobre la mesa, en su despacho. Son varias columnas, de papeles ahora; de papel reciclado, sin cloro, color ala de mosca en final de otoño. Lo que no esperaba, o sí, es que la percha al lado de la ventana, con sus brazos sumisos tendidos más hacia su persona que a la prenda a recoger, se le quede como mirando, embobada, con una sonrisa. Es un decir. Es un decir, así demasiados días perciba que algunos huéspedes inanimados de su despacho lo espían, saben de sus movimientos, de sus latidos más íntimos. Y de entre todos ellos, entre la papelería, los archivadores, la lámpara flexo, la grapadora, los lápices, sumidos en su inacabable silencio diplomático, es la percha la que toma la iniciativa esta mañana, se desmarca del terco disimulo y le sonrío a las claras, sin cinismo ni acritud, con delicadeza, con cariño incluso. Lo ha intuido otras veces, pero esta mañana siente netamente que la percha se ríe de él mientras cuelga la chaqueta. Una risa vegetal, concéntrica, que surge con nitidez de los anillos de la madera curada, una risa que comprende y tiene por merecida cuando se percata finalmente de que se ha puesto, también, también eso, el jersey del revés.

Indiscutiblemente algo comienza a ir mal. Peor que regular. Pero parece que ya se ha hecho adicto a todo eso. Podría decir de igual manera que indiscutiblemente algo comienza a ir bien, mejor que regular.

Mientras se entretiene en sacarse el jersey, en ponérselo del derecho otra vez, un agobio feo y especialmente siniestro que viene acosándolo desde hace meses penetra en su despacho sin llamar y se instala con descaro delante de su mesa, como a la espera. ¿Un agobio feo? Bueno, no es guapo, obviamente; pero feo tampoco. Ni siniestro.

Del montón. Es la ciudad, o por lo menos algo de la ciudad: sus atascos, su aire marrón deshilachado, sus prisas de tortugas y galgos, sus ocios disparatados, doscientas cabezas alineadas en la cola para conseguir entrada; sus negocios peor, millones de tiras amarillas y negras de los tigres, chupadas de vampiro, zancadillas de codicia y ambición... Es el ascensor estropeado del bloque de oficinas, las caras repetidas y feas, ésas sí, de los cuatro compañeros añejos que ve desde los cristales del despacho, ¿estos tipos no se jubilarán nunca?; es el subjefe idiota que asciende otra vez gracias a sus cursillos diarios de lameculos, y que viene a ofrecer para celebrarlo unos puros baratos que apestan. Es el aparato de la calefacción dando resoplidos de perturbado. Dodecafónico el aparato de calefacción; aunque tiene sus días también, el puñetero, momentos pianísimos, líricos. Es todo eso y más: fantasmas que saltan por las sillas y los estantes, gamusinos que se burlan de uno aunque ya se tenga el jersey bien puesto y la cara clavada en la pantalla del ordenador.

Qué pantalla más verde. Como antigua. Otra ironía. Un falso prado para devorar las retinas todas con ramalazos apretados de números, descomunales columnas de cifras, plazas y avenidas y calles de locos guarismos todos corriendo pantalla arriba, frenéticos, que producen, antes que los prealbaranes brutos de facturación, un vértigo pitagórico de espanto. Ah, una macetilla con un buen cactus le está haciendo falta a esto como el comer, ya lo dice la puerta del frigorífico. Absorción de las radiaciones. Le habría gustado ver el experimento donde verificaron eso los científicos: que los cactus absorben los fulgores del computador. ¿Los extraerán tal vez desde ese ojo de cíclope que ellos llevan arriba y que, para disimular, para tranquilizar, ha dado en llamarse *webcam*?

Experimenta un desgarramiento: algo muy suyo se le escapa. Cuando mira de nuevo a su alrededor cree ver una sombra apenas, un aura, algo vago, la continuación de sus dedos en forma de finas raíces de humo.

Algo ha empezado mal, ciertamente, algo que va a seguir mal para obedecer un día más a las leyes insoslayables de lo oficinesco, leyes grises, patibularias, franzkafkianas. Acostumbrado a la resignación de identificarse ante el ordenador como un número seguido de sus iniciales, U. R. J., a esperar medio minuto de presentaciones cibernéticas y el arrancado de unos programas que actúan con la velocidad de la luz y una eficacia que supera a la suya propia en verdaderos chaparrones de bits, una zozobra insólita hoy en medio de toda esa prisa lo pone definitivamente en guardia. Comprende ya sin que le quepan dudas que la jornada empieza distinta, peligrosa, más amedrentadora que los días previos. Por si fuese poco, en las placas de luz del techo dos barras fluorescentes con los cebadores oscurecidos, a punto de colapsar, se irritan y parpadean.

¡Café, café! Tendría que sacar un café de la máquina. Pero qué pereza.

Allí está ella, al fondo de la sala, detrás de las mesas de sus compañeros. También sonríe, como la percha; mejor aún, pertrechada de sus lucecitas *leds*. Achinando los ojos pareciera una boca curvada donde sólo afean la sonrisa las mellas del descafeinado y el chocolate con leche, que no repone nadie nunca. La máquina del café, y su sonrisa en U.

Ja. En ese descuido lamentable, el agobio, que permanecía agazapado, bien atento a su porvenir, le trastoca cuatro papeles, le tacha siete cuentas realizadas correctamente el día anterior y le borra a mala leche los archivos para el cierre mensual de facturaciones. Cuando sale de la ensoñación con la máquina del café y quiere reaccionar, las cuentas no le cuadran ni dando puñetazos sobre la mesa, así que al atacar el teclado en plan juanbastianbach, control zeta, control zeta, control zeta, como si interpretara el arte de la fuga con dos notas repetidas que se persiguieran a sí mismas hasta el infinito, no hace otra cosa que embrollarlo todo más todavía, para que no lo puedan enmendar más tarde ni los informáticos del servicio central. Poco le cuesta admitir la evidencia: la suave presión de la yema de uno de sus dedos sobre la tecla equivocada se ha llevado al infierno el trabajo de casi un mes entero, sin casi, otra vez. Son ya infinitos sus cierres de facturación descacharrados, medidos en vena como quien dice. Si no acumulase sobre las costillas seis o siete trienios, y un historial sin otros puntos negros que esa

droga del cierre de mes atolondrado, se diría que busca el despido con ansias y desesperación.

Este error le sirve para verle los dientes afilados al agobio, que da vueltas por el despacho con una sonrisa socarrona, y también le vale al jefe recién ascendido para demostrar su nuevo poder: además de los puros apestosos de apagado recurrente y esqueleto de estacas, puede regalar ahora broncas soberanas, duras palabras desenredadas de una frase principal, interjecciones bilabiales explosivas, y hasta expulsar pequeñas y medianas partículas de saliva, que pueden ser absorbidas tanto por un cactus imaginario como por la mesa verdadera o por el rostro no girado a tiempo, pleno de estupor.

La tensión se alarga hasta la hora de la salida con todo eso, como un chicle.

Hay un disfrute ahí, si se sabe mirar hacia adentro, y encontrar lo que viene después de lo peor: como poco, dejar de ver la cara fofa del jefe y las caras feísimas de sus compañeros, cuchicheantes cotorras con gafas de culo de botella que lo miran divertidas a través del cristal. Aunque... para ser precisos, lo que por costumbre se nombra cristal no es más que un pobre y rayado metacrilato en verdad, un doble material divisorio de cubículos oficinescos que impide descifrar el abundante cuchicheo habitual. Una grandiosa ventaja, por otra parte; ¡menudo invento!

Cuando puede meterse en el coche ardoroso y baja la ventanilla, por ese hueco entra también el agobio. Lo acompaña en silencio por calles y avenidas saturadas de un tráfico enloquecido hasta casi llegar a casa, cuando el embrague se le rompe en medio de un atasco mortal. Ja. Jajá. Enseguida el agobio lo ve disparatar, mientras los demás conductores dan pitidos y acelerones que intimidan. Ve que se pone furioso, que se convierte en una caja de dinamita, una bomba a punto de estallar. Suerte que varios artificieros de la Policía Municipal le ayudan a apagar la mecha empujando el auto hasta aparcarlo lejos de la desesperación de los atascados, que arrancan salvajes, saltándose semáforos en rojo y peatones con los pelos de punta y la carne de gallina a pesar del calor.

Vale pues sentarse en el bordillo y contemplar las carreras que se disputan delante y detrás de uno, sin apostar ni por las máquinas que derriten el asfalto ni por los bípedos que se propinan codazos en la acera. Vale pensar entonces en las letras repetidas cada mañana a

De esa manera le nacen las ideas más redondas y recurrentes siempre, en el momento de ponerse a hervir. Podrías freír un huevo en mi pelo ahora mismo, jeje, le dice al agobio, acércate a por media docena para almorzar, anda.

la pantalla del ordenador para identificarse, en las iniciales U. R. J., y juzgar que Romero y Jara son verdaderamente apellidos de montaña, que resulta una mala jugarreta del destino llamarse Romero Jara en medio de un atasco con el coche jodido, cuando en el campo las jaras florecen blancas y rosas y el romero también, y los dos inundan de aroma hectáreas de terreno sin autos ni semáforos ni agobios ni jefes ni perchas retorcidas ni mucho menos metacrilatos o desdentadas máquinas de café. Vale considerar entonces como una verdadera faena ser Romero, *ser en la vida Romero*, ser en la vida Jara, y permanecer sentado en la acera esperando a una grúa salvadora para que se lleve el coche a un taller, para que dos meses después le pase otra cosa, los frenos, la dirección, el radiador, cualquier desperfecto, y seguir apellidándose aun así Romero, seguir siendo Jara, Romero Jara, sentado junto al agobio, compañerito del alma, compañero, ni feo del todo ni guapo tampoco, pero sí adictivo, inseparable, peligroso y divino.

Permanece así pues en la acera hasta que se le calienta muchísimo la cabeza. A punto de insolación. De esa manera le nacen las ideas más redondas y recurrentes siempre, en el momento de ponerse a hervir. Podrías freír un huevo en mi pelo ahora mismo, jeje, le dice al agobio, acércate a por media docena para almorzar, anda.

Ahí lo despista, le coge las vueltas y sale corriendo a la casa de su amigo del alma, una vez más. Le cuenta atropelladamente lo del coche y le pide el suyo sin rodeos (¿otra vez?, llevas quince meses metido en un bucle, en una de éstas te quedas clavado, te lo advierto), ya, ya, pero bueno, lo necesita con urgencia, su amigo lo sabe, así que se larga con las llaves sin explicarle más nada. La acción se repite un mes y otro y otro desde hace más de un año, ya está enganchado, no tiene arreglo. Pareces uno de esos de las *performances*, le dice, pero él no lo puede oír ya. Tampoco desea oírlo, la verdad.



Cuando se le van enfriando un poco las ideas lleva recorridos cincuenta o sesenta kilómetros camino de la sierra, recortando curvas y precipicios a una velocidad muy poco prudente, a una velocidad que desdibuja los macizos de jaras y de romero. Impresionismo. Las dos especies agitan alegres sus pañuelos de flores a su paso, saludándolo, dando la bienvenida al tocayo descarriado. Eso puede verlo por el rabillo del ojo, por los rabillos de los ojos, a derecha e izquierda. El campo entero es un museo impresionista a semejante velocidad. Monet.

Aparca en la ladera de una montaña que se eleva orgullosa, exuberante de encinas, pinos y castaños, y comienza una ascensión casi mística por vericuetos imposibles, donde encuentra mariposas azules, rastros de topillos, cantos de mirlos, águilas y azores planeando en lo alto. Lo acompañan caricias de ortigas que no le hacen daño, espinas de zarzas y cardos que se vuelven suaves a su paso, grillos cantando como enloquecidos... Toda la naturaleza lo rodea con sus brazos hasta llegar muy arriba, a un claro de bosque recubierto con una alfombra de tréboles y un roble enorme y redondo en el centro, un lugar para dejarse estar donde se tiende mirando al cielo limpio y azul hasta que sus ojos se cierran y se queda dormido sintiendo crecer la hierba bajo la piel. Sentir crecer la hierba bajo la piel es expresión bien cínica, podría pensar también, es una frasecita hecha que se las trae: una combinación de naturalezas vivas y muy vivas, de botánica y carne, que sería mejor dejar atrás cuanto antes.

No tiene sueños. Si los tiene, no los recuerda después. El descanso es limpio, sin jefes ni interrupciones.

Cuando despierta es ya muy tarde. Está oscuro. Flores de jara y romero salen de su barba, del pelo de la cabeza, del punto de arroz del jersey, y siente, de nuevo, una alegría infinita al contemplar los regalos que le ha ofrecido el monte durante su descanso. Pero cuando quiere levantar una mano se horroriza al sentir los dedos muy clavados en la tierra, y la otra mano igual, y los pies, y la espalda y la cabeza... Se asusta de parte a parte cuando comprueba que algo que le sale de adentro lo aferra al suelo como un vegetal. Lo inunda el pánico cuando adivina que las flores de romero y de jara que crecen delante mismo de sus ojos lo hacen desde el interior de su cuerpo, adornándolo y perfumándolo, transformando su tronco, sus extremidades, todo lo suyo, todo él, en un rizoma inmóvil, en algo con consistencia realmente leñosa, como de percha mismamente. Sus poros los siente transformarse en

estomas, su piel adoptar un tono verde, su respiración un algo de fotosintético... Un número. U. R. J., y todo un número. La *performance*.

Cierra entonces los ojos, lo que todavía son sus ojos, se estremece un segundo y en un esfuerzo supremo se levanta de un golpe de la tierra. ¡Ja! Experimenta un desgarramiento: algo muy suyo se le escapa. Cuando mira de nuevo a su alrededor cree ver una sombra apenas, un aura, algo vago, la continuación de sus dedos en forma de finas raíces de humo. Le salen también de los codos, de las rodillas, de los pies, apenas unas líneas fantasmales que se difuminan en la bruma de la noche que se viene rápida y oscura como la boca de un lobo, como otra frase hecha, pensada con el mismo cinismo, y además con nocturnidad.

Corre enseguida ladera abajo, tropezando, cayendo muchas veces, pinchándose con los cardos, rabiando su piel con las rozaduras de las ortigas, intentando vislumbrar la carretera y el coche abajo. Corre y da saltos de atleta, como nunca (como siempre) hubiera imaginado. Sonidos amenazadores, resoplidos de lechuzas, de cárabos, penetran por sus orejas, mientras delante de sus ojos se retuercen algunos árboles con siluetas fantasmales y cantidades inusitadas de murciélagos requiebran sus vuelos complicados un segundo antes de tocarle el rostro, haciéndole burlas. Corre y se sacude los gusanos peludos de los pinos que le caen encima, da patadas a los erizos pinchosos de los castaños y a los erizos que corretean asustados bajo sus pies. Se estremece con la visión de extrañas luces que flotan en el aire, luciérnagas que le parecen ánimas que lo acosan, nieblas y fuegos fatuos salidos de esos cuadriláteros atravesados de cipreses junto a las aldeas allá muy abajo.

Así de atropellado descende, hasta vislumbrar el coche blanco a lo lejos. Sobre la carrocería se refleja una finísima luna mora que ríe detrás de las encinas con todas sus piezas intactas. Es una sonrisa plena, sin huecos de chocolate o café con leche. Ja.

El viaje de regreso a la ciudad le resulta más relajado, porque lleva de nuevo al agobio sentado de copiloto, y el agobio es algo ya conocido, compañero de meses y meses. Los últimos quince o veinte los que más. Sólo le molesta ya esa manera suya de reír, tan seca.

Bajan del coche cuando llegan a casa por fin y se acuestan los dos en la cama conocida, sin tréboles ni topillos, y duermen a pierna suelta hasta que suena el despertador, a las siete menos cuarto.

Antes de salir (es primeros de mes, seamos serios) cuida mucho de ponerse la chaqueta correctamente desde el principio, primero la manga derecha, luego la otra, mientras repara en la suerte que tiene de ser un urbanita bípedo y consecuentemente propietario de tan sólo dos brazos. Elucubra con la enorme dificultad que sería meterse un jersey siendo pulpo, araña o ciempiés; en la complicación añadida que entrañaría embutirse en unos pantalones de haber nacido centauro. Jajá.

Mira el diminuto papelito rosa fijado a la puerta de la nevera con un imán: comprarelcactus. Así, todo junto. Lo mira, pero no lo ve. Siempre se le olvida.

Lo que sigue no es sobredosis, todavía: la llave por fuera de la cerradura, el territorio inhóspito del garaje, su bosque de columnas, el arañazo mil uno en la chapa, la pregunta, espejo espejito ¿a quién atropellamos hoy al cruzar la acera?, y luego, cuando ya va bien incrustado en el embotellamiento de la avenida, pensando que tiene que reiniciar el trabajo de un mes entero, al recordar de nuevo sus iniciales, la clave de identificación para la computadora, un número seguido del U. R. J. de marras, preguntarse si el ordenador, tan listo, sabrá que Romero y Jara son apellidos realmente de campo, impresionistas mirados desde el rabillo del ojo, mientras que la U de Urbano tiene forma de anzuelo y sonríe igual que la máquina del café que él mismo, el ordenador mismo, de darse la vuelta sobre su plataforma giratoria, podría entrever con su *webcam* justo al fondo, un poco más allá del jefe y los compañeros que siempre cuchichean mudos detrás del cristal que tampoco es cristal ■



# Luisa Futoransky

---

## Su mejor perfil

Heredó la mano fértil y cultiva flores humildes  
también se le dan felices las rosas, el tabaco ornamental  
y el arbusto del jazmín.  
Manos de hada, a veces

---

## Bajo los nísperos

No es que me gusten ni que sean especialmente estéticos o  
tan siquiera fragantes.  
Es un árbol frutal bien cualunquE.  
Es un lugarcito en un villorrio que hace mucho, insisto, que  
no existe.

Éramos una familia pobre y él no pedía nada. Se contentaba  
cada tanto con el agua jabonosa que quedaba tras lavar la  
ropa.

Estaba en su derecho de dar poco. Ni para un frasco de mer-  
melada. ¿Dulce de níspero; dónde viste?

Sin embargo resistió y supo encontrar amparo bajo el alero  
de mi desvencijado corazón.

Irse no piensa.

(Buenos Aires, 1939). Su poemario más reciente es *Humus... humus* (Leviatán, 2020).

## Que por mayo

y  
 a la mañana  
 surgidos  
 casi  
 de la nada  
 los castaños de indias  
 otra vez  
 en exuberante  
 floración

## Extremo invierno

cielo tan oscuro  
 llovió a baldes  
 llueve a hilos

tarde  
 para casi todo

Si el paraíso no existe  
 no pude haberlo perdido,  
 ¿verdad que no?

\* \*

desprolijo  
 mi corazón  
 a veces olvida la palabra lagartija  
 pero azulejos, flor de almendro (con su aroma)  
 no

en bastidores  
 retranscribo

pentagramas  
 sobre la intranquilidad  
 de los juncos que sin error  
 saben otoño inevitable  
 a merced de las crecidas  
 que primero los ahogan y luego los devoran

aurora y tulipanes  
 ropa tendida en el balcón  
 son esculturas singulares de lo más percedero  
 mientras que poesía es miramiento, intimar  
 intimidad  
 y esmerilar, esmerilar

obcecados  
 contra la prisa a menudo sin ton ni son  
 tempestuosa  
 de la muerte

---

### **Marejadas santiaguinas**

tal la zamba  
 la cordillera toda nevada  
 me acuesto  
 amanece  
 tan gris como la ciudad  
 gris desvencijado, insinuante  
 gris pacífico  
 pero la cordillera sigue allí

humilde ropa tendida en la ventana de uno que otro edificio  
 insisto en el color que destiñe, se cuela, impregna las paredes  
 [y las barbas

un gris amenazador  
 brumoso de hace siglos

palmeras incomprensibles  
de gran tronco y edad provecta  
aclimatadas a la nieve, el granizo y el salitre

a Santiago  
desde Haití  
terremoto y miseria arrojaron  
para todo servicio  
cabezas  
—que alguna vez fueron altivas—

cada tanto umbrales salpicados  
de carpitas quechua  
marcas, heridas modestas pero indelebles en el adoquín

el paso cae casi por azar  
en londres 38 —sitio de tortura mayor  
nombres, edades, en plaquitas de metal  
por tierra, bajo mi paso  
*hasta cuánto puede soportar un pueblo la locura y la*  
*[crueldad de manos*  
*de parte de su propio pueblo,* pregunto en clase  
y me llega el abrazo de una muchacha, que viene de todas las  
*[nieblas y congojas*  
—es lo último que supimos de mi abuelo, pasó por allí

cuando amainó la marejada  
de valparaíso tan colorido  
volvió un sol que no se puede mirar de frente  
que me digan por qué

*Santiago, domingo de junio de 2017.*



# Larvaria

## Nicté Toxqui

**En lo primero que pienso** es en los alfilerillos del tanque de la casa. Son rojos. Se mueven como alambres por los que pasa la corriente. No me queda claro el movimiento que van trazando en el agua, oscilan y se mueven ondulatorios y no llegan a ninguna parte. Yo meto la mano para intentar sacarlos a flote, sacarlos para jugar con ellos en una cubeta de agua y observarlos detenida. Mis intentos de salvar al otro están destinados a la negligencia. No quiero eximirme, pero no sabía nada de larvas, no sabía nadar o calcular la fuerza de mi propia mano, ni los peligros de la aprensión. Me parece que la muerte es tan funesta como un enorme alivio y da una respiración húmeda que le va bien a la tierra mojada y sus aromas. El tanque de mi casa se parece a una fuente a la cual le vierten cloro para acabar con lo que intente hacer metamorfosis ahí dentro. Los adultos pueden ser plagas cuando emergen en gran cantidad. Hace poco tuve diez y siete años, tiempo suficiente para andar con la piel descubierta, para ser devorada lentamente por los insectos. Se me olvida que los alfilerillos pronto tomarán otra forma, que yo tomaré otra forma junto con ellos. Tendré diecisiete años para entonces y ellos serán mosquitos. Ambos tendremos tanta sed que nos volveremos semiacuáticos, buscaremos la yerba alta, la maleza. Hay lugares que cumplen esos requisitos y se sienten como casa por más moribundo que pueda ser el ecosistema. Mi cuerpo empezaba a percibir los mismos cambios con un presagio diferente. Yo en ese entonces no tenía nada de vistosa. Quizá nada de vistosa todavía. Sólo me crujía el esternón como queriendo

(Orizaba, 1994). Uno de sus libros más recientes es *Errata* (Sangre Ediciones, 2017).

entender a las crisálidas, su pulsión para romperse. Dentro de mí brillaba el rumor de las palas haciendo huecos en la tierra, el movimiento de las raíces devolviendo lo vital hacia ellas mismas. Yo quería sentir el sol que inoculaba el principio del verano. Los ocotes se mecían de tan rojos, eran mi piel ardiendo de las piernas a los hombros descubierta, siendo consumida desde entonces. A los pensamientos marchitos les queda siempre un hedor de agua permanente y tibia. Como si algo pudiera brotar lancé un golpe de lluvia entre las rocas. Nada reverdece en la dilatación de una fecha. Los alfilerillos perduraron junio y sobrevivieron hasta septiembre. Su picadura me recuerda al zumbido de una fiesta amarilla. Estaba en el panteón. Fui a dejar flores nuevas. Hoy se parece tanto a ese día ✕

# La liebre

## Afonso Cruz

**Una mañana despertamos con un extraño ruido** que venía de fuera de casa, unos chillidos entraban por la ventana de la habitación. Eran las cinco de la mañana. Nos dimos cuenta de que nuestra perra había atrapado algo. La llamé y se aproximó con resistencia.

Ya me topé varias veces con infinidad de personas que, en mensajes compartidos en las redes sociales, dicen ingenuamente que el ser humano es el único ser vivo que mata sin que tenga que defenderse o alimentarse. Según esta idea, mi perra es demasiado humana. Es común, cuando despierto, encontrar ratas, pájaros o serpientes muertas en el patio; suelen ser crías que ella caza y nunca se come.

Nos sucede con frecuencia idealizar a la naturaleza al tiempo que degradamos al ser humano, señalándolo de la forma más extraña posible: calificándolo de animal.

Cuando la perra se acercó, vimos que tenía en el hocico una pequeña liebre (no tenía idea de que las liebres hicieran esos ruidos). Conseguí quitársela. La liebre prácticamente no se movía, pero estaba viva y no tenía heridas visibles.

La causa de nuestra especial perversidad, dicen esos mensajes compartidos en las redes sociales —acompañados de bellísimas imágenes de la vida natural—, es que no nos comportamos como los animales, pues éstos jamás matarían sin necesidad. En otras ocasiones acusamos al ser humano precisamente de lo contrario, de su falta de racionalidad, de ser un animal, de comportarse como un animal, sin urbanismo o civilidad. Hay una historia china en la que Confucio, en dos ocasiones distintas, reprende a Lao Tsé por no comportarse con

(Figueira da Foz, Portugal, 1971). Uno de sus últimos títulos es *Los libros que devoraron a mi padre* (Blackie Books, 2019).

la dignidad de un maestro. La primera porque se baña desnudo y la otra porque está ebrio. Lao Tsé le responde a Confucio: «Primero me reprendiste porque me comportaba como un animal, después porque me comportaba como un hombre».

Improvisamos un lecho para la liebre, telefoneamos al veterinario para saber qué hacer, qué darle de comer, etcétera. Mis hijos hacían preguntas y sufrían con la situación.

Hay ocasiones en que nos sentamos en el restaurante a comer carne (liebre también) sin pensar absolutamente en nada que no sea nuestro hedonismo del momento. ¿Está sabrosa? ¿Bien cocinada? En otros contextos, no sólo defendemos la vida de éste o de otros animales, sino que sufrimos intensamente por su suerte.

A pesar de que la liebre no tenía heridas visibles, lo más seguro era que tuviera serios traumatismos internos. Acabó por morir ese día, fueron vanos todos los esfuerzos que hicimos para que sobreviviese.

Arto Paasilinna, en una novela llamada *El año de la liebre*, cuenta la historia de un hombre que salva a una liebre de un atropello y eso le cambia por completo la vida. Nuestro accidente no tuvo consecuencias tan dramáticas, pero mi pequeño hijo, João, que debía de tener seis años cuando esto ocurrió, quiso hacer una ceremonia fúnebre, y así, bajo la lluvia, llevando João la liebre muerta en brazos, la enterramos al pie de un olivo ✕

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL.

## I

Células que ya no recuerdan cómo contar  
 ni el regreso del río al océano  
 el túnel es cada vez más angosto  
 un minúsculo reino con sus propias cascadas y líneas  
 venas y cuarzos derretidos  
 hundo mi ombligo a la columna vertebral hasta hacerme roca  
 las moscas en mi pecho saborean el óxido  
 se expanden para dejar de ser uña o piel despegada del talón  
 mis pulmones son nuevas conquistas fúngicas  
 las extremidades buscan humedad  
 abren sus ventanas a los nuevos brotes  
 se pasan la vida con un toque succulento  
 rayo eléctrico de moléculas que se repiten hasta el cielo

## II

Abandonar mi cuerpo  
 en el somnífero de la brisa  
 en la cálida espuma  
 arrullada por las olas

abandonar mi cuerpo  
 hasta que mis pulmones  
 sean aletas que se empujan  
 como aplausos

abandonar mi cuerpo  
 al dolor eléctrico  
 a los tentáculos craneales  
 lágrimas de mar

abandonar mi cuerpo  
 a los besos diminutos de los peces  
 y que la cueva de mis ojos  
 sea su casa



# el grillo

Jorge Fernández Granados

termina la lluvia y comienza su monodia

es tan breve su vida que esta noche la deja en una llamada

no es un héroe  
por eso gasta (arrastra) hasta lo absurdo  
una tonada donde se cumple (funde)  
su razón de ser

la siguiente lluvia se habrá ido

§

regresa  
cada año con la misma confianza  
nace  
cada año con la misma confianza  
nos visita  
cada año con la misma insistencia  
canta

pero esta vez no pude encontrarlo  
escuché

(Ciudad de México, 1955). Uno de sus libros más recientes es *Lo innumerable* (ERA, 2018).

su llamada toda la noche por la casa  
y no pude cazarlo

de hecho no  
lo he vuelto a ver  
pero escucho de cuando en cuando su discreta y cíclica  
llamada  
en algún rincón que ya no me ocupo en buscar

§

soñé que el grillo era el tiempo breve de la vida

soñé que el canto del grillo es el ritmo de la lluvia y la ceniza

soñé que debía escucharlo y callarme durante su mínima presencia

soñé que cuando el grillo haya terminado de escuchar la lluvia  
terminará su vida

pero no terminará la lluvia

soñé que cuando el corazón que guardaba la vida haya dejado de latir

tampoco se detendrá la vida



# Padre nuestro

## Denise Phé-Funchal

*Patio de tender. Paredes grises y cinco o seis cuerdas para la ropa. El espacio es estrecho. A lo largo de la pieza, las paredes se irán cerrando sobre la CHICA conforme pasa la escena. Una muchacha joven, lleva una falda larga, delantal, blusa blanca también de manga larga, el cabello recogido en cola y cubierto con un pañuelo. Su apariencia recuerda a algunas hermanitas de iglesias protestantes conservadoras. Lleva dos baldes llenos de ropa, uno pequeño con calcetas de colores y otro más grande o más lleno con ropa blanca (camisas, blusas, delantales, sábanas). La luz comienza tenue y va aumentando en intensidad hasta que al final de la pieza es tan fuerte que casi la oculta.*

*La CHICA lleva una mascarilla que se quita al entrar en escena y la cuelga en la primera fila. Comienza a tender la ropa de color, al fondo, en el último lazo. Tararea una canción. Comienza a hablar cuando ya ha llenado al menos la mitad del primer lazo. Cada pieza que cuelga es sacudida primero y planchada con las manos después. Debe ser un proceso lento y cuidadoso.*

**CHICA: Sólo acá puedo hablar con vos libremente.** Adentro, aunque tu imagen está por todas partes, no puedo. Quizás es porque en las esculturas y en las reproducciones de pinturas que adornan la casa estás siempre con los ojos cerrados o casi y, la verdad, me da pena molestarte. Me imagino que estar ahí, clavado a esa cruz eternamente en mi casa y en la de tanta gente, ha de ser molesto, doloroso. Alguna vez vi en la tele —antes de que mamá la monopolizara— un documental sobre lo que pasa en tu cuerpo cuando te crucifican. Entendí

(Guatemala, 1977). Es autora de *Ana sonrío* (F&G Editores, 2015).

que por eso no me hacías caso, así que prefiero hablarte acá. Sabés —como dicen que lo sabés todo— que no me gusta que la gente no me vea a los ojos cuando le hablo y acá —y como dicen que estás en todas partes— me gusta imaginar que me ves, que tenés los ojos abiertos y que estás más vivo que mártir y agonizante, que estás como en las imágenes de mi Biblia para niños, sonriente y hablando con los discípulos.

*[Pausa larga. Suspira].*

Tengo meses, desde que empezó todo esto, de no ver a mamá. Esa misma noche, cuando llamaron a cadena, dijo que tiene todas las características para contagiarse y que papá, que se encarga de la empresa, dormiría en la habitación que era de Carlos. Haló una mesa con rodos para su cuarto y le pidió a papá que metiera la televisión. Me dijo que pusiera la mesa del jardín junto a la ventana de su habitación y que por ahí le dejara cada día el portaviandas con comida, un pichel con agua tres veces al día, un termo con té por la mañana y otro por la tarde, papel *toilette*, jabón y otras cosas que se ofrezcan, las pide con un papelito que deja en el pichel. Antes de cerrar la puerta, me dio un beso en la frente, acarició mi mejilla y mientras me arreglaba las trenzas, vio directo a papá a los ojos y antes de cerrar la puerta, miró a papá directo a los ojos y murmuró algo sobre una señal y el pastor.

*[Pausa, suspiro. Silencio. La CHICA parece escuchar algo. Comienza a hablar y sigue tendiendo ropa. Plancha con las manos despacio cada pieza mientras habla].*

Dicen que sabés todo pero prefiero hacerte el resumen por si la asfixia por la crucifixión que has sentido por siglos, te había adormecido mientras todo esto pasaba. *[Pausa corta]*. No la extraño, a vos no podría mentirte como al pastor. Vos sabés que no, que ella siempre ha estado encerrada, que siempre ha sido una mamá sombra, de pocas, mínimas palabras. En realidad, le digo a papá y al pastor que sí, que la extraño tanto, aunque en verdad apenas recuerdo su voz, porque los escuché hablar en el garaje. No oí todo, quizá vos sí y podás decirme. Pero el pastor, con las manos sobre la cabeza de mi padre, le decía que estuviera atento a las señales de mi olvido, que sólo así tendría tu permiso para *[pausa larga, la CHICA deja caer los brazos a lo largo de su cuerpo, mira hacia el piso y luego retoma]* para algo que no escuché pero que temo.

*[Cuelga una sábana e intenta tararear la canción del inicio].*

Quizá el único que lograría que mamá salga de la habitación y que conven-  
cería a papá de colocar de nuevo la puerta de la mía sería Carlos,  
pero con todo esto y lo peligroso que esos países creen que es venir  
a estos países, quién sabe cuándo volverá a visitarnos. *[Pausa]*. Quién  
sabe si volveré a verlo. Sé que mamá está bien porque come todo lo  
que le llevo en el portaviandas y porque la tele está prendida todo  
el día y siempre deja papelitos para pedir jabón, papel, perfume, cua-  
dernos, un libro de oraciones... ¿Y papá? Papá apenas habla, además  
ya sabés, también es un hombre más de miradas que de palabras, me  
basta verlo para saber si quiere o no caldo, si le gusta o no la sazón  
de la comida, si su camisa está o no bien planchada. Sale.

*[Las paredes comienzan a cerrarse desde este punto, poco a poco, sobre ella].*

Él es el único que sale de casa. Ese día, el día que anunciaron todo me pidió  
las llaves de la casa, tomó las llaves del auto, el control del garaje,  
encerró las escaleras en la bodeguita y dijo que hasta que todo afue-  
ra sea seguro, todo volverá a la normalidad. A la mañana siguiente,  
temprano, tempranito, salió y volvió con mascarillas, caretas, guan-  
tes, alcohol en gel, una de esas alfombras para limpiarse los zapatos,  
desinfectante y un botiquín con todos los medicamentos que se  
supone ayudan por si uno se enferma. Me ordenó que desde ese día  
usara siempre mascarilla. Siempre.

*[Las paredes se cierran un poco más].*

Luego de algunos días me dijo que me parezco mucho a mi mamá.

*[Pausa. Suspiro, la CHICA responde a una pregunta].*

¿La U? En línea.... Lo malo es que el semestre está por acabar y aunque se  
supone que para el próximo tendremos la opción de ir, papá no  
quiere. Yo hubiera querido volver, sentarme en las bancas dejando  
el espacio necesario, platicar con los compañeros, pedir un café y  
*[ríe]* entras en la paranoia de si lo prepararon con todas las medidas  
de seguridad, pero nada. Papá no quiere. Dice que tiene miedo de  
que me pase algo, más ahora que se ha dado cuenta de que me pa-  
rezco tanto a mamá, se le ha despertado un instinto de protección  
muy fuerte. Tanto que hasta guardó toda mi ropa porque dice que  
escuchó que es mejor usar mangas largas, telas que cubran todo el  
cuerpo. La verdad ya ni sé. Mi internet sólo funciona en las horas de  
clase porque él tiene miedo de que crea en noticias falsas y quiera  
salir o que mis amigos me den información falsa que me ponga en

contra de él. «Es por tu bien», dice el pastor mientras me da unas palmaditas en la rodilla.

*[Las paredes se cierran un poco más].*

No hago más que barrer, trapear, lavar la ropa, cocinar, tender para no volverse loca. Sobre todo lavo y tiendo para poder hablar con vos y para quitarme la mascarilla. Papá colocó cámaras por toda la casa para asegurarse de que no me la quito, sólo hasta acá no llega la señal, así que puedo venir y hablarte. Dice que no quiere exponerme a sus miasmas, ni a las del pastor que nos visita cada semana.

*[Aumenta la intensidad de la luz].*

Veinticuatro horas, la mascarilla, veinticuatro. Desde que quitó la puerta de mi habitación y se pasó a la de Carlos, que está justo enfrente, siento que me vigila todo el tiempo. Sé que me vigila todo el tiempo. Le pregunté por qué lo de la puerta y dijo que tiene miedo de que haga lo mismo que mi hermana. Lucía. ¿Lucía está ahí contigo? ¿O es cierto que condenás a los que toman el fin de sus vidas en sus propias manos? Yo no sé qué pasó con ella, yo era tan chica. Recuerdo que lloraba por las noches, que dejó de comer, que se miraba pálida, que esa tarde que me pidió que la dejara un momento sola en la habitación, me dio un beso en la cabeza y me dijo que la disculpara por no tener la fuerza para defenderme. De ahí sólo sé que mamá gritaba, que papá gritaba, que Carlos lloraba en un rincón y decía bajito que se iría. Sólo vi el brazo de Lucía a un lado de la cama. A ella papá también le decía que se parecía a mamá.

*[Las paredes se cierran un poco más y crece la intensidad de la luz. Suspira].*

Dice que el virus vuela por el aire, que no sabemos dónde está, que por eso es mejor que use la mascarilla todo el tiempo. Te habrás dado cuenta, porque he puesto mi Biblia de niños abierta en una página en la que tenés los ojos bien, bien abiertos, que se enojó horrible cuando se dio cuenta de que me quitaba la mascarilla para dormir sin ella bajo la colcha. Me sacudió y me regañó. ¿Te acordás? Dijo que tiene tanto miedo que se despierta a verme por la noche, que además, le gusta verme dormir porque me parezco tanto a mi mamá y que la extraña tanto, mucho, que mis párpados y pestañas, que mi pelo, que la forma de mis ojos, el contorno de mi rostro, que mis cejas son tan parecidos a los de ella que... que lo alivia verme dormir.

*[Las paredes se cierran un poco más y crece la intensidad de la luz].*

Entonces se enfureció, vos lo viste, sé que lo viste. Sorbió los mocos, se

paró, me tomó la cara y me dijo: «Duerme como te digo. Dame ese consuelo de ver a tu madre en ti. Duerme con la mascarilla porque cuando no la tenés, tu boca, ese rictus amargo que ponés al dormir, me recuerda a tu abuela, a su desprecio perpetuo». Y eso quizá ya no lo viste porque él salió de mi habitación y ahí, en el pasillo donde colgás todo ensangrentado y mártir, me dijo «Quiero verte dormir».

*[Las paredes se cierran un poco más y crece la intensidad de la luz. Pausa larga, la CHICA cuelga una sábana, se toma el tiempo para plancharla con las manos].*

Apenas duermo porque me pone nerviosa la posibilidad de su presencia. Apenas duermo y él me regaña porque dice que mamá sólo tuvo ojeras como las mías cuando lo de Lucía. Cuando empezaron los líos entre ellos tres, y cuando se fue Carlos.

*[La CHICA deja caer los brazos a lo largo de su cuerpo y se soba la falda y los brazos cubiertos por las mangas largas].*

Con estas largas faldas y blusas largas de domingo en la iglesia, me parezco más a mamá.

*[Silencio largo. Luz más fuerte. Las paredes se cierran de manera más brusca. La CHICA se encoge, tararea y llora. Primero suave y luego más evidentemente].*

¿Vos lo ves? ¿Vos lo ves entrar y verme dormir? ¿Funciona lo de poner la Biblia abierta ahí donde estás sonriéndole a los discípulos? ¿Vas a ayudarme, verdad? ¿Has visto cómo se sienta a la orilla de la cama y me destapa los pies? ¿Has visto cómo los mira, cómo descubre mis tobillos? ¿Has visto cómo se cerciora de que mi mascarilla esté bien puesta? ¿Vas a ayudarme, verdad? ¿O no?

*[La luz crece casi al máximo, las paredes se cierran, ella deja de llorar, se levanta. Se queda fija, en silencio, con la mirada perdida y los brazos caídos a los lados. Terminará su parlamento con una voz mecánica. Las paredes terminarán de cerrarse sobre ella, la luz crecerá al máximo y el telón comenzará a cerrarse].*

Padre nuestro, al que no le gustan las ojeras.

Padre nuestro, que esta noche me dará algo para dormir profundamente.

Padre nuestro, que me cuida y me protege.

Padre nuestro, que en mí ve a mi madre.

Padre mío, siempre ausente.

Padre mío, que sólo pregunta por mí en mi mente.

Padre mío que me deja en manos del padre nuestro.

**Telón** ✕

# *Emily Dickinson:* *Hortus Siccus o Biblioteca de Plantas* María Negroni

**El herbario de Emily Dickinson** consta de cuatrocientos veinticuatro especímenes prensados, dispuestos en sesenta y una páginas de un álbum de tapas duras color verde.

De ese total, doscientos cincuenta pertenecen a especies originarias de Amherst, Massachusetts.

El resto son plantas de casa o jardín: sólo cinco figuran en *la Lista de plantas raras de Massachusetts: Clematis occidentalis, Adlumia fungosa, Oxalis violácea, Alclepias verticillata y Veronicastrum virginicum.*

Una especie, la *Castilleja occinea*, se encuentra hoy extinta.

No se observan muestras de grupos difíciles.

Tampoco de helechos, juncos, pastos o sauces.

El formato general sigue las pautas del *Manual Ilustrado de Botánica de América del Norte* (Eaton, 1822): en las etiquetas se consigna la nomenclatura, después el número que identifica clase y orden del género.

Ni la colección ni las páginas parecen responder a un diseño.

Se nota una tendencia a dejar sin etiquetar las flores prensadas en las últimas páginas.

Hay evidencia de daños causados por insectos.

A diferencia de Thoreau, que redactó un diario con abundantes notas botánicas para acompañar su herbario, faltan aquí por completo las circunstancias de recolección; no se indica si fue en un prado, en el jardín o en otra locación, no hay fechas, no se aclaran los hábitos de crecimiento de las plantas, la frecuencia de su aparición. Esto atenta contra el posible valor científico del trabajo.

Se observan faltas de ortografía y, algunas veces, una especie puede ser confundida con otra: la hiedra venenosa, por ejemplo, con la adela trepadora.

No hay título ni autoría ni pretensión de embellecer las plantas con poemas.

No hay índice al final ni al principio.

Se desconoce la finalidad del proyecto ✖

# Cuatro poemas

Marta Agudo

---

**I. Me siento y me avizoro.** Busco en qué punto de esta pierna el predicado. ¿Es el sujeto el corazón porque canjea ritmos o todo cuaja en una oración pasiva sin complemento agente? Los complementos circunstanciales marcarán la índole de tu existencia: el cómo, el sitio, la luz. Y la gramática: otro posible orden al que brindar la razón del sacrificio.

---

**II. Expandirse en bandadas de sodio,** nitratos, potasio, esa glucosa que endulza pero aleja o decúbite prono, perfección de arrugas que se emancipan en su rectitud. Dame la postura de la muerte, su estudio preparatorio, recado de piel...

---

**III. Sin pócima que nos sane,** el bisonte de Altamira devana su cerebro un siete de diciembre de hace treinta y ocho mil cuatrocientos veinte años. En su certeza que nunca amplifica, las huellas de sus pintores reclaman auxilio. Formas de una oración rupestre por cansina, por todas las variaciones que experimentó con rezos, bailes y más rezos durante el gran minuto vegetal que fue la prehistoria. Nevadas, lluvias, sequías... Columnas que fortifican y albergan como un paradero cualquiera. Lluvias, nevadas, sequías y este horizonte de lodo. Su mirada informa de que nunca habrá vitrinas bastantes para la exhibición de este letargo o el tiempo. La liturgia se

(Madrid, 1971). Es autora, entre otros libros, de *Historial* (Calambur, 2017).

cancela con la muerte. Otros vendrán con sus cumbres. Varicela del ansia. Otros reharán de nuevo el sacrificio.

---

**IV.** **La voltereta final**, sí, la que ahoga en un charco sin cierre. La de las neuronas a modo de *electroshock* para despedirse de la llanura que parece entonces la vida. Anota antes de darle el rumbo de tus posesiones o la verdad del estiércol. Anota que te sangra la boca con la palabra «muerte» aunque te asusta más una longevidad enferma. Entre el «do» y el «sí» no hay intervalo posible. A decir verdad, el «re» es la utopía de los que un día quisimos remar ✖



**Ciprés**

El ciprés  
 plantado  
 en la tierra  
 como signo  
 de admiración  
 al final  
 de la respuesta  
 a quien  
 inquirió  
 cómo  
 luce  
 el ego  
 de  
 la Naturaleza.

**Poema ecológico**

Las águilas se dispersan al amanecer.  
 Bajo las alas sólo quedan las sombras  
 y yo en la fábrica de la Naturaleza  
 soy nada más que un proletario.

VERSIONES DEL HEBREO DE ALBERTO HUBERMAN  
 Y ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN.

**שורב / קמוס ינור**

דציכ / הקהתש / ימל / הבושיתה / קוסב / האירק / למיסכ / המדאב / לזיתש / שורבה /  
 עבטה / לש / וגאה / הארנ

**תיגולוקאה המאופה/קמוס ינור**

עבטה לש תשרח תיבב. ינאו / לצ קר רתונ מיפנכל תחתמ / רחש סע וטשפ מירשנה /  
 לעופ לכה קרב /

(Baghdad, 1951). Uno de sus títulos más recientes es *Tanto dios* (2020).

## Mi poema no te salvará

¿Recuerdas al niño tendido boca abajo  
en la arena, y las olas alejándose suavemente  
de su cuerpo como si fueran un sueño olvidado?

Mi poema no lo pondrá boca arriba  
ni lo pondrá  
de pie  
para que pueda correr  
hacia un regazo familiar  
como antes.  
Lo siento  
mi poema no  
impedirá que los proyectiles  
caigan en un pueblo dormido,  
no detendrá a los edificios  
que se colapsan  
alrededor de sus residentes,  
no recogerá la flor de pierna rota  
debajo de la metralla,  
no levantará a los muertos.  
Mi poema no desactivará  
la bomba  
en la plaza pública.  
Pronto estallará  
donde la niña insiste  
que su padre le compre chicle.

## My Poem Will Not Save You

Remember the toddler lying face down / on the sand, and the waves  
gently receding / from his body as if a forgotten dream? // My poem  
will not turn him onto his back / and lift him up / to his feet / so he  
can run / into a familiar lap / like before. / I am sorry / my poem will  
not / block the shells / when they fall / onto a sleeping town, / will not  
stop the buildings / from collapsing / around their residents, / will  
not pick up the broken-leg flower / from under the shrapnel, / will not  
raise the dead. / My poem will not defuse / the bomb / in the public  
square. / It will soon explode / where the girl insists / that her father

Mi poema no los apurará  
 para que se vayan del lugar  
 en el auto  
 que apenas escapará de la explosión.  
 Muchos errores de la vida  
 no serán corregidos por mi poema.  
 Las preguntas no serán respondidas.  
 Lo siento  
 mi poema no te salvará.  
 Mi poema no puede regresar  
 todas tus pérdidas,  
 ni siquiera algunas de ellas,  
 y aquellos que se fueron muy lejos,  
 mi poema no sabrá cómo regresarlos  
 a sus amantes.  
 Lo siento.  
 No sé por qué los pájaros  
 cantan  
 mientras sobrevuelan  
 las ruinas.  
 Sus cantos no nos salvarán,  
 aunque en los momentos más fríos,  
 nos mantienen calientes,  
 y cuando necesitamos tocar el alma  
 para saber que no está muerta,  
 sus cantos  
 nos dan ese toque.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA.

---

buy her gum. / My poem will not rush them / to leave the place / and  
 ride the car / that will just miss the explosion. / Many mistakes in life /  
 will not be corrected by my poem. / Questions will not be answered. /  
 I am sorry / my poem will not save you. / My poem cannot return / all  
 of your losses, / not even some of them, / and those who went far away  
 / my poem won't know how to bring them back / to their lovers. / I  
 am sorry. / I don't know why the birds / sing / during their crossings /  
 over our ruins. / Their songs will not save us, / although, in the chilliest  
 times, / they keep us warm, / and when we need to touch the soul / to  
 know it's not dead, / their songs / give us that touch.



*Vladimir: Con esto hemos pasado el rato.*

*Estragón: Hubiera pasado igual de todos modos.*

*Vladimir: Sí, pero menos rápido.*

**SAMUEL BECKETT, ESPERANDO A GODOT**

—Tiene que identificar un cuerpo en la morgue, posiblemente se trata de un pariente suyo, lleva dos días, y si no pasa a reconocerlo esta tarde, procederemos a enterrarlo mañana a primera hora.

—Exijo un nombre y mayores detalles.

—Lo siento, no cuento con más información —responde la voz lacónicamente.

—¿Qué les hace suponer que es mi pariente?

# Como las iguanas

**José Manuel Torres Funes**

(Tegucigalpa, 1979). Es autor, entre otros títulos, de *Esta tarde vi llover* (Héliotropismes, 2017).

—**Lo siento, no cuento con más información** —responde idénticamente. Deduzco que se trata de una voz automática.

Desciendo a la recepción y explico a los chicos la situación. Intercambian miradas de circunstancia y me aseguran que, aunque aberrante, es el procedimiento habitual, y que por eso me transmitieron la llamada.

—No suelen equivocarse, es mejor que vaya —me recomiendan.

Indican que la morgue queda al otro extremo de la ciudad. Ofrecen llamarme un taxi, desisto de su ofrecimiento, porque conozco el servicio y sé que es caro y poco eficiente.

Salgo a la ciudad malhumorado. Todos mis planes han sido trastocados. A los pocos minutos intercepto un taxi vacío.

—¿A dónde se dirige? —me pregunta el conductor, un hombre mayor y de mirada somnolienta.

—A la morgue.

—¿Qué entrada?

—¿Cuántas entradas hay?

—Muchas —responde.

No sé qué más decir.

—No tengo idea. Me llamaron esta mañana para ir a reconocer un pariente —balbuceo.

El conductor levanta la mano y arranca el motor.

—Está bien, no se preocupe. Tengo una idea.

Mientras avanzamos, llamo a mi amigo para cancelar el almuerzo. En pocas palabras, lo pongo al corriente de la situación. Casi no lo conocí, añado. Un muerto es un muerto, apunta. Me propone que pospongamos la comida más adelante en la semana.

Nunca fui cercano a mi parentela y por eso no siento nada especial. La verdad, no tengo idea de quién pueda ser; según creía, mi familia o estaba muerta o fuera del país. Me doy cuenta de que por las prisas he salido sin efectivo. Pregunto al conductor si puede cobrarme por medio de mi tarjeta.

—No manejo el sistema, va a tener que bajarse en un cajero —dice, con amabilidad, pero haciéndome entender que no tengo otra opción.

Nos detenemos a las afueras de un banco. Después de extraer el dinero, aprovecho que hay un puesto de naranjas para comprarme un jugo, pido otro para el taxista, quien agradece la cortesía animosamente.

Mientras nos detenemos en un semáforo, el conductor se vuelve para hablar.

—La muerte parece un sueño.

—Es verdad —respondo.

El resto del camino lo hacemos en silencio. Una lluvia tenue cae sobre la ciudad.

Al llegar, el taxista me cobra menos de lo convenido.

—El viaje fue más rápido de lo que pensé —se explica.

—Gracias, quédese con el cambio.

Frente al inmenso complejo de edificios (que conforman varias manzanas), comprendo por qué había preguntado a qué entrada me dirigía. El sitio es una ciudadela.

El interior es como el de un aeropuerto; de hecho, lo imita. Una multitud de paneles explican las diferentes direcciones posibles, entre las que se encuentran: Dirección Tanatorio, Dirección Recursos Balísticos, Dirección Accidentes, Dirección Hospitales, Dirección Administraciones, etcétera. Acudo a un mostrador donde me atiende un joven de mirada cansina y ojeras negras y profundas. Le expongo mi caso. Me escucha sin interés, pero me indica que debo dirigirme a Hospitales. Me ofrece un mapa del sitio y hace una cruz para señalar nuestra ubicación actual y a dónde debo ir.

Camino por un largo corredor donde transitan centenares de personas. Por fin, tras cinco minutos de marcha, aparecen las señalizaciones de la morgue. Noto que hay guardias de seguridad por doquier. Al verme titubeando entre dos direcciones con señalización idéntica pero caminos opuestos, uno de ellos se aproxima.

—¿Le puedo ayudar en algo?

Cito nuevamente la llamada matutina, repito exactamente lo que me fue transmitido.

El guardia —¿es una mujer de un aspecto muy varonil o un hombre de aspecto femenino?— se ofrece a acompañarme. Su propuesta me deja perplejo.

—No es necesario, bastaría que me dijera por dónde ir —digo, procurando un tono amable.

El guardia responde con una frase ininteligible. Al verme perdido, levanta un poco la voz y comprendo que me pide dinero. Al ver mi reticencia se aproxima un poco más, y alzando ligeramente su fusil me reconviene, sin contener el malhumor:

—En una hora termino mi turno; aunque sea deme para pagarme el autobús de regreso.

Extraigo unos billetes menudos y se los doy. Los observa inconforme. Nuevamente insiste en llevarme.

—No será necesario.

—Se le irá el tiempo buscando. El camino es enredado, no se lo imagina. Las personas que no son de acá se extravían. Es una cosa de costumbres, no conocen nuestro modo con las indicaciones —explica—. Conmigo llegará sano y salvo. Además, hay asaltantes. Le garantizo que no sobra que lo escolte.

Convencido de que su propósito únicamente es obtener más dinero, me despego cordialmente.

—Pierda cuidado, sé protegerme.

—Usted no sabe lo que hay de maleantes por aquí —insiste.

Resisto aunque me entran dudas.

—Sabré llegar bien —repito. Me pregunto cómo es posible que los maleantes asalten a la gente habiendo tanta vigilancia.

El guardia me estudia con ojo experto. Adivina que no podría defenderme si sufriera un ataque delictivo.

Perfectamente reconozco que en una situación semejante no opondría ninguna resistencia. Por otro lado, tengo confianza en que nada me pasará porque cuando he venido al país siempre he corrido con suerte. No caeré en la treta barata. Soy incapaz, sin embargo, de evitar un sentimiento de culpabilidad y le entrego otro billete. El guardia se aleja sin agradecerme.

Al cabo de quince minutos llego al lugar indicado. Un receptionista toma mis datos. Habla en voz muy alta y su timbre particularmente chillante me molesta.

—Espere su turno en la sala, por favor, lo llamaremos.

Cojo nuevamente un pasillo largo. Hay sectores perfectamente iluminados y pulcros, y otros oscuros y sórdidos. Dos aseadores muy ancianos y encorvados friegan el piso con un trapeador gigantesco. Le pregunto a uno de ellos si al seguir derecho llegaré a la sala de espera.

—Sí, camine un poco más y la encontrará —me responde amablemente.

La sala de espera es un salón espacioso, podría ser como la antea-sala de un banco, pero aquí impera un ambiente mohíno, como en las sedes



policiales que visité frecuentemente el último año debido a un litigio vecinal. Me acomodo en una larga banca roja de madera.

—¿La causa? —me pregunta un hombre, de unos cincuenta años, sentado a unos metros de mí, que revisa un periódico deportivo.

—¿La causa? —interrogo.

—¿De qué murió? —pregunta, interesado.

—No me lo dijeron —respondo, evasivo.

—A todos se nos muere alguien estos días —asegura. Asiento, sin entender a qué se refiere.

—¿Pariente o amigo?

—Pariente.

Cruzo las piernas y me reclino contra la pared. Me repito que la sala está muy mal iluminada. ¿Cómo es posible que existan sectores donde sobra la iluminación y otros tan oscuros? (Son observaciones profesionales, soy arquitecto).

Un guardia de seguridad irrumpe en la sala. La decena de personas que esperamos le dirigimos miradas ofuscadas.

—¿Han visto una señora de falda roja y blusa blanca? —interroga.

Nos examinamos unos a los otros y movemos la cabeza en señal de negación. El vigilante comprueba que no hay nadie con esas señas.

—Les pido que estén pendientes —dice, sin más, azotando brutalmente la puerta a su salida.

El hombre me pregunta si la he visto.

—No sé, creo que no —respondo.

El tipo se levanta y se sienta a mi lado. Bosteza y se estira profiriendo gruñidos.

—Tengo mucho sueño. No he dormido nada en dos noches.

Su aspecto es desaliñado, como si no se hubiera cambiado en semanas.

Tiene las manos gruesas y callosas y el cabello gris y opaco, como los albañiles, probablemente lo sea. Me mira con unos ojos vivaces, que estudian el ambiente con una curiosidad infantil.

—Trabajo como una bestia —suelta.

Su confesión me sorprende pero me abstengo de opinar.

Una mosca gorda y grande se posa sobre su cara. Luego, brinca a mi muslo; consigo alcanzarla de un dedazo. En el suelo y aturdida, la aplasto con el pie.

—¿Cómo puede haber moscardones así en un hospital? —protesto, indignado.

El hombre me mira con una mezcla de benevolencia y desaprobación, como si hubiera dicho involuntariamente algo fuera de lugar. Recibo el mismo tipo de mirada de otras dos personas. Una señora de pelo teñido en negro y la cara ajada, como un papel arrugado, es la única que parece coincidir con mi observación.

El hombre vuelve con su tema.

—Mire, no me ha quedado ni tiempo de cambiarme los zapatos. Cuando camino, siento las piedras en mis pies —añade, despojándose velozmente del calcetín y mostrándome una serie de moretones sobre la planta. Es un pie escamoso y seco. Creo que nunca antes vi tal concentración de callos.

—No es necesario —le digo, cuando amaga con mostrarme la condición en la que está el otro pie.

—Apenas he podido pegar un ojo en estos días, estoy realmente muy cansado —insiste. Lo examino rápidamente: en efecto, se ve agotado, pero no al grado que sugiere—. Si no duermo un poco me dará un infarto —añade.

—¿Y por qué no lo hace ahora que está esperando?

—Porque no puedo. Es imposible —responde, exasperado. Asiento y me levanto para estirarme. Como si fuera un mimo, el hombre hace el mismo gesto.

—Un día de estos me va a dar un ataque al corazón —sigue. La señora de cara ajada se ríe quedito—. Vengo a reconocer a un viejo compadre de negocios. Nos fue muy bien en la época, ¿ah?, pero fue ya hace tanto tiempo —agrega.

Ni me parece que esté tan viejo como para hablar en esos términos del pasado, ni que haya hecho dinero alguna vez en su vida.

—Estaba afanado con otros menesteres, pero qué hacer, una muerte es cosa importante —dice— y no había quién viniera a reconocerlo. Pero estoy bien cansado de trabajar. En treint y ocho años apenas me he tomado tres días libres. Es por los hijos, usted entiende. No son gente de iniciativa, pero son los críos de uno. Universitarios y todo, y todavía dependientes de sus tatas, figúrese. Malitos en lo que hacen, digo yo. ¿Para qué engañarse? No sirven para nada. ¿Tiene hijos?

—De ninguna manera —me apuro a decir.

Me acomodo nuevamente sobre la banca. Él se queda de pie y entreabre la parte inferior de una ventana que da a un patio interior.

Los demás cabecean de sueño. Me pregunto cuánto tiempo llevan esperando. De nuevo tengo la impresión de estar en un aeropuerto. El hombre se sienta otra vez.

Afuera cae un chubasco efímero y potente. Algunos se vuelven con pereza hacia la ventana para contemplar la lluvia. Bostezan y cierran los ojos prolongadamente, como iguanas tomando sol.

Su somnolencia me contagia, pero el hombre carga de nuevo con su plástica.

—Fuimos socios con el finado; llevábamos mercancía hasta la frontera —de pronto, como dislocado bruscamente por otro interés, se detiene. El interés no es otro que yo—. ¿Usted no es de aquí, verdad?

Sin darme el tiempo para responder, añade:

—Es por su forma de ver. Mira con el ojo torcido.

Inútil explicarle que es un problema de vista.

—Los que somos de aquí no nos perdemos, nadie ve así por estos lares. Además, yo conozco de tiendas y esos zapatos no se consiguen acá —dice, admirativo de mi calzado, por cierto, nada especial.

—Soy de aquí pero vivo desde hace años en el extranjero —concedo.

La lluvia mengua y un rayo de sol entra por la ventana.

—¿Hace cuánto?

—Mejor cuénteme qué vendían con su amigo.

—Teníamos una sociedad. Exportación e importación.

Me estaba gustando la idea de dar rienda suelta a los disparates. No era el primer loco con el que me cruzaba en esos días y al menos éste no se veía agresivo.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no siguieron?

—Nos quebró un tratado de libre comercio.

Su respuesta me desubica.

—¿Un tratado de libre comercio?

—Sí, los aranceles se dispararon. Consiguieron destruir el sector.

Inclino la cabeza de lado para estudiarlo mejor con mi ojo torcido. Sus manos reposan apaciblemente sobre sus muslos. De pronto se palpa los bolsillos y extrae una cajetilla de cigarrillos.

—¿Quiere?

—No se puede fumar —observo, contrariado, aunque no puedo negar que de inmediato me despertó el deseo. Caigo en cuenta de que reacciono a la defensiva, como si fuera yo mismo un celador de las reglas institucionales.

Se levanta decidido.

—Está prohibido pero fingiremos ignorancia. Si quiere, ¿eh? Yo, en todo caso, me fumaré mi cigarrito en la ventana.

No recuerdo la última vez que transgredí una regla. Ni siquiera soy capaz de profanar mis propias rutinas. Hoy, me convenzo, es una buena oportunidad para hacerlo. Me envalentono y acepto su proposición. Nos acodamos para fumar al lado de la ventana.

—Por mucho que se haga campaña, no se termina uno de adaptar a la muerte, ¿verdad?

Del fondo de la sala, detrás de unas sillas, emerge la mujer de falda roja y blusa blanca. Es pequeña de estatura y de un físico recio. Salvo la mujer de cara ajada, que la sigue fijamente con la vista, los demás, cabecendo de sueño, no se percatan de su presencia.

—Es ella —dice el hombre.

—Supongo que sí.

La mujer se enfunda en un rebozo de motivos coloridos, acerca otra silla para reposar las piernas y acomoda la cabeza en su cartera para dormir.

—Debería hacer como la señora —recomiendo.

—Soy incapaz de dormirme de esa forma. Es por las crecidas de agua.

Vivía cerca de un río y siempre estaba pendiente de evacuar en caso de inundación.

—Comprendo.

—Después del huracán nos mudamos. Hubo mucha gente que murió soterrada bajo el lodo. En esos años la muerte no era moneda corriente, ¿entiende?

—Creo que tengo una idea —miento.

—No me ha contado cómo murió su pariente —me ofrece otro cigarrillo, que acepto con gusto.

—No lo sé. No me dieron mayores detalles.

—Es la política de la morgue, y como usted no es de aquí, son más reservados.

—Soy de aquí —recitifico.

—Una vez adentro le harán saber qué sucedió. Se sabe que la morgue no gana nada en los entierros colectivos, por eso hacen lo imposible por atraer la atención de los particulares.

Su comentario me ofende.

—Es su deber. Es nuestro derecho.

—En teoría debería ser así.

Un nuevo moscardón, más grande todavía, se vuelve a posar exactamente en el mismo lugar que el anterior. Lo sacudo de un matotazo, y una vez en el suelo, le prodigo el mismo destino que a su predecesor.

—Es asqueroso —me quejo.

—Más bajo, no lo vayan a escuchar —me pide el hombre.

Le doy una calada a mi cigarrillo y sigo con la vista la viruta de humo en forma de círculo perfecto que sube hasta el techo y se deshace al tocar la viga de madera.

—Volvió a ver torcido —me recrimina.

—Como quiera —corto—, simplemente pienso que ustedes son muy dejados. Permiten que les pisen sus derechos.

Se levanta, se lleva la mano al corazón y suspira.

—Está batiendo muy rápido.

—Quizá debería aprovechar para hacerse un examen.

—No sirve de nada, sale uno peor después de esos exámenes —responde.

Terminamos de fumar. Abrimos ampliamente la ventana. Un viento gélido se cuele. La mujer de falda roja y blusa blanca, alterada, exige que cerremos. La puerta se abre. La mujer se envuelve rápidamente en su rebozo.

Es un guardia muy joven y una enfermera también joven, pero menos que él. La enfermera hace una mueca de disgusto.

—Está terminantemente prohibido fumar en el interior de la sala. Artículo 40, inciso C, dice: Prohibido fumar en centros, servicios y establecimientos sanitarios, incluidas las zonas anexas cerradas, se-

La gente hoy en día no se habla, nadie se interesa  
 por el prójimo. Cada uno anda en su mundo.  
 Hay quienes se ofenden cuando les preguntan  
 cosas, y cosas simples, nada extravagante,  
 ¿cómo le llaman? No es ser metido, ya recordé:  
 invasivo. Ser invasivo.

micerradas y al aire libre. Por el momento se trata de una infracción menor. La segunda vez tendremos que detenerlos.

Todo esto lo dice mirando a la mujer del rebozo.

Luego se vuelve a mí.

—Es su turno —afirma, señalándome.

Nadie reacciona. Hubiera esperado que dijeran que soy el último en llegar y que no tengo derecho de pasar antes, pero están tan somnolientos que me pregunto si han olvidado que esperan.

Creo que lo más correcto es señalarlo yo mismo.

—Estas personas ya estaban aquí antes de mi ingreso —afirmo.

—Si desea quedarse, por mí no hay problema —repite la mujer, cogiendo al guardia del brazo, invitándolo a salir.

En la sala, los pocos que están despiertos me ven como diciendo: Anda, no tiene sentido que te resistas.

—La sigo.

—Cierre la ventana —ordena la enfermera.

Me despido del hombre.

—Gracias por el cigarrillo —añado en voz baja—. Que tenga un buen día.

—Suerte para usted.

Camino detrás de la enfermera. Entramos a un cubículo ramplón. Sentado en un sólido escritorio, un adolescente vestido de traje y corbata firma compulsivamente un legajo de papeles. La enfermera me señala una silla, da media vuelta y se va. El muchacho, ¿catorce, quince años? No estoy seguro. Va vestido con traje impecable negro, y por encima de su boca, una boca desdeñosa, se asoma un bigote incipiente. Extrae un grueso folio de documentos apilados en la esquina de la mesa y, sin levantar la vista, me pide llenar el formulario.

—¿Formulario de qué? —pregunto.

—Léalo —responde, con una voz trastornada por la pubertad.

Detrás, en la pared, cuelga el retrato del presidente y al lado, una foto suya dándole la mano y recibiendo un diploma.

—¿Pero antes no tendría que ver al difunto para saber si se trata de la misma persona? —pregunto, sin tomar el formulario.

—No, los formularios se llenan primero; si la persona no es quien usted supone, los deshacemos y nada más simple que eso —dice, forzándome a tomar el papel para volver a sus asuntos.

Puedo meterme en un serio problema si hago referencia a su edad y su falta de experiencia, así que procuro irme con cautela.

—No es lógico —agrego—. Habría que llenar los formularios después de reconocer el cadáver.

El niño-hombre por primera vez me dirige una mirada.

—Entre ochenta y noventa y cinco por ciento de las personas que son requeridas por la morgue preferirían delegar esta responsabilidad a alguien más. Entre sesenta y setenta por ciento de los requeridos aseguran que si tuvieran la oportunidad negarían cualquier vínculo con el difunto con tal de evitar las horas de espera, el papeleo, etcétera. En otras palabras, son prácticamente inexistentes quienes están dispuestos a asumir su responsabilidad voluntariamente, cívicamente. Ni siquiera es un cuarenta por ciento, dado que en nuestras encuestas un alto porcentaje prefiere no manifestar su opinión. Llevamos cinco años combatiendo ferozmente contra la deserción. En un país desarrollado, como el suyo, estos problemas no se ven. Aquí tenemos que hacer otros malabares. Lo siento, pero no está en su querido país sin problemas. Aquí, lastimosamente, la gente piensa únicamente en sus derechos y se desobliga soberanamente de sus deberes.

—Éste es mi país. Y además, afuera es igual.

—No tiene importancia —zanja el niño-funcionario.

—¿Y qué pasa si me niego a llenar el formulario? Estoy en mi derecho.

—Es lo que vengo de decirle. Solamente piensan en sus derechos. Mire, si no firma, no podrá salir de aquí. Es lo que preconiza la ley. Para que sepa, estamos con una puntuación de seis coma tres sobre diez en nuestra adhesión al Estado de Derecho, muy por encima de ciertas potencias extranjeras. Hay un amplio margen de mejora, pero le sorprendería saber que países llamados del Primer Mundo descienden en este momento varios escalones. Ahora bien, dentro del reglamento procede después ofrecerle un abogado; luego, permitirle que contacte a las personas de su confianza para comunicar su situación y, si se empeña en contrariar la disposición, contamos con un juez competente para que solicite un *habeas corpus*. Usted decide.

—No entiendo en qué momento he perdido mis libertades.

—Todo lo contrario. No se equivoque —alza la voz, levantando el dedo doctrinalmente—, no se equivoque —enfatisa—. Usted no ha

perdido ninguna de sus libertades, todo lo contrario, yo lo pongo al tanto de ellas. Vamos a ver, dígame, ¿protesta con la misma vehemencia cuando un oficial de migración le exige sus papeles para ingresar o salir de un país?

—No es lo mismo, es una comparación insulsa.

—Es exactamente igual. Es más, estamos en una zona de tránsito. Aquí damos el certificado para el otro mundo.

—¿Certificado al otro mundo? Que yo sepa, estamos en un estado laico, licenciado —un minuto antes reparé en su diploma de licenciado en derecho.

—No enredemos más la situación. Compórtese como el ciudadano ejemplar que siempre ha sido. Tenemos otras prioridades y, sinceramente, no quiero perjudicarlo. Lo hicimos pasar rápido. Usted ignora la suerte que tiene.

De mala gana cojo el formulario y lo lleno. Una vez concluido, el niño-funcionario me despacha. La misma enfermera que me llevó a él me conduce a lo largo de un pasillo donde cruzamos un grupo de médicos que toman café y charlan acaloradamente. Bostezo y la mujer me observa con reprensión, como si le molestase que pudiera tener sueño. Para fastidiarla un poco más, bostezo de nuevo.

—Me caerá muy bien una siesta después de este día perdido —insisto.

Finge no haberme escuchado. Tocamos una de las puertas, un médico nos hace ingresar en su oficina. La enfermera le entrega un papel y sin mediar palabra se da la vuelta. El hombre, que frisa los sesenta, después de leer el mensaje se lo guarda en la gabacha. Me invita a tomar asiento. Acto seguido, en un tono casi confidencial, pero al mismo tiempo extremadamente rutinario, me explica que el pariente falleció a causa de las contusiones producidas por el derrumbe de su casa.

Salimos por una puerta lateral, que conduce hacia otro pasillo.

—¿Usted no es del país, verdad? —me pregunta.

—No —respondo. Ya estoy harto de explicar mi particularidad.

—Mi mujer dice que soy imprudente y chismoso. Yo lo llamo ser sociable. La gente hoy en día no se habla, nadie se interesa por el prójimo. Cada uno anda en su mundo. Hay quienes se ofenden cuando les preguntan cosas, y cosas simples, nada extravagante, ¿cómo le llaman? No es ser metido, ya recordé: invasivo. Ser invasivo. Que soy un invasivo, dice mi mujer. Aquí vemos a todo tipo de personas. Nada



mejor que un hospital para conocer al pueblo. Y de uno depende si se hace querer o no; a mí yo creo que en general la gente me estima. Es que la relación con los forenses es distinta. Nosotros tenemos una labor más loable, muy sacrificada.

Tornamos a la izquierda, donde se dibuja otro pasillo igual de largo. El lugar me hace pensar en los interiores de las obras de Le Corbusier.

—¿Son consultorios? —pregunto, señalando las puertas que franquean el pasillo y de cuyas peanas se escapa una luz amarillenta.

—No, son laboratorios. Se trabaja muy bien en la morgue. Tenemos unidades de punta.

—Interesante.

—Cuando pueda, en otro momento, venga a darse una vuelta. Con gusto le haré una recorrido.

—Le agradezco.

—Estoy a sus órdenes.

Llegamos al final del pasillo. El médico empuja con fuerza una puerta de vidrio. Por fin procederé al reconocimiento del cadáver. Entramos en un cuarto frío de dimensiones monumentales, absolutamente pulcro. Comprendo que probablemente gran parte del presupuesto va destinado a su mantenimiento, lo que explicaría el descuido de otros sectores.

Nos introducimos a través de una hilera de cámaras frigoríficas. Me figuro en el futuro.

Comparto mi observación con el médico.

—Es muy pertinente.

Revisa su carpeta.

—¿Llegamos?

—Sí, es aquí —me muestra un croquis, añade que a él siempre se le hace complicado leer mapas.

—Yo, en cambio, estoy en mi elemento —observo.

—Llegó la hora.

—Está bien.

El médico abre la cámara, toca un botón que acerca la camilla automáticamente.

Frente a nosotros, el cuerpo, cubierto con una manta blanca. El médico se retira discretamente, antes me ha dicho que me tome el tiempo que sea necesario.

—Ni siquiera sé quién es —repongo.

—Un muerto es un muerto. Véalo con dulzura. Ambos lo necesitan.

Agradezco su consejo. Me digo que es un verdadero profesional, sensible e inteligente, a diferencia de los idiotas con los que me he cruzado previamente.

Viendo a mi pariente tendido sobre la plancha trato de convencerme de que no es más que un cuerpo sin vida. Lentamente descorro la manta. El médico, en la entrada, dialoga con una joven en gabacha. Comienzo por las piernas. Al ver su pie grueso, como el de un obrero, lo reconozco. Me vuelvo para decirle al médico que ya cumplí con mi deber, pero la curiosidad de ver más me vence. Levanto la manta: sus manos, pequeñas y fuertes. Tiene las uñas muy cortas y negras. Descubro su rostro. No es tan desagradable como pensé. La mitad de su cara está inmaculada. Reconozco las facciones de la familia. Lo cubro, toco el botón para reintroducir la camilla y cierro la cámara. El forense se aproxima.

—¿Lo cerró?

—Sí. ¿Hice bien?

—Claro.

Salimos por otro pasillo, según él, para acortar distancias.

—Esto es gigantesco.

—Efectivamente. Cada año se le agregan dos o tres anexos.

—De ahí el abuso de estos corredores. Se podrían concebir espacios más abiertos. Yo botaría paredes y me iría más por una propuesta aérea, para dar más luminosidad y ahorrar energía.

El médico me escucha atentamente.

—¿Es arquitecto, cierto?

—Sí. No deja de ser interesante esta inspiración de la obra de Le Corbusier. No están del todo equivocados. Estos modelos vuelven a la moda.

Al ver mi interés por la arquitectura de la ciudadela, el médico me propone llevarme a lo que llama un área abierta. Técnicamente es más bien un pasaje al aire libre, que, a primera vista, parece pensado para cumplir funciones recreativas y comerciales.

Dice el médico:

—He escuchado decir que van a instalar restaurantes y cafés con terrazas. Nos vendría bien.

Pienso que no hay una planificación urbana meticulosa. Es un desperdicio masivo del espacio. Regresamos al pasillo. Ambos vamos sumergidos en nuestros propios pensamientos. Me siento un poco vaciado de mí mismo.

—Falta poco para que lleguemos. Le van a ayudar con la tramitación.

—Está bien.

—No será largo. Ya estamos en la etapa final.

Mientras andamos, el médico responde con una ligera reverencia de cabeza a las personas que le saludan. Tomamos un elevador y subimos tres plantas. Ahora nos encontramos como en una terminal. El movimiento de personas y la apertura espacial me hacen un buen efecto.

—Espero que no haya más pasillos.

—Sí, no se preocupe, es el final.

Me señala una butaca libre y camina hacia una máquina de emisión de boletas.

—Aquí tiene —dice, dándome el papel.

—¿Hay muchos por delante, no? —observo, comparando la abismal diferencia entre mi cifra y la que señala la pantalla.

Se sonrío.

—No, amigo, para nada, los números engañan. Nunca he entendido por qué ponen cifras tan elevadas. Usted no le ponga cuidado. Será en un abrir y cerrar de ojos.

—Muchas gracias por su atención ✖

# Alicia García Bergua

Mi perro come el pan  
que arrojan a los pájaros.  
Le he enseñado a vivir como yo,  
pero también se sabe como el resto  
y se abalanza sobre las migajas.  
Lo retiro, seguimos avanzando  
y al cabo de un momento él ya las ha olvidado.  
Pienso que en todas las migajas  
pudiera haber el ruego  
de que las aves que coinciden aquí  
no se nos vayan.  
Pero el perro no piensa nada de eso,  
simplemente espera  
lo que el día le ofrece paso a paso.  
Se mueve entre costumbres y certezas  
sin ahondar en ellas,  
sin saber que son frágiles  
como los pájaros  
que un día ya no vuelven.

Cuando se acerca a olerme  
 a la hora en que me duermo  
 con los ojos cerrados le toco la cabeza  
 y también yo desciendo  
 a ese lugar donde está en duermevela,  
 apegado a su hambre, sed y sueño,  
 respirando y perdido en el mar de su cuerpo.  
 Yo también soy un mar pero lo olvido  
 hasta el momento en el que me despego  
 y me dejo mecer por mi oleaje  
 que viene y va por playas de mi infancia  
 donde hubo otro perro  
 con el que jugaba y era yo toda cuerpo.

---

### **El lugar de partida**

Es un solo camino  
 del que ahora me despido  
 como un árbol  
 que aún extiende sus ramas.

La casa aunque es otra,  
 en el fondo es la misma.  
 No veo ya sus puertas y ventanas  
 pero siguen ahí como raíz  
 que rompió una semilla.

Quizá no quede más  
 que una visión de ramas  
 sobre el piso  
 que van del mediodía  
 hacia la noche.



# Carlos Vicente Castro

## Comensales

En la actualidad se conocen cerca de 1,700 especies de pepino de mar —también llamado holoturia u holoturoideo, del griego ολοθουριων— dispersas en el fondo marino de todos los océanos.

Su semejanza con la hortaliza le da este rimbombante nombre, aunque no sería raro confundirlo con una babosa.

Puede caber en la palma de la mano, o medir hasta 20 o 25 centímetros de longitud.

De textura gelatinosa, se le encuentra en color marrón, verde oliva o negro, según le convenga adaptarse al ambiente para sobrevivir.

Cambia de forma en respuesta a la presión del agua y sobresale por su gran capacidad de contraer o expandir su cuerpo a voluntad ante la amenaza de habituales depredadores.

El pez perla (*Carapus bermudensis*) gusta de hallar refugio en su ano, donde se introduce como un supositorio para protegerse de la intemperie marina.

Llega a tanto la simbiosis, que el pez perla ocasionalmente se reproduce en el recto del pepino de mar, se alimenta

de sus tejidos respiratorios

y hasta forma un nido a donde regresar

cuando la fortuna del lecho marino

(Zapopan, 1975). Su libro más reciente es *Salida de emergencia* (Mano Santa Editores, 2020).

no le hace buen placer.  
 Se entiende que la amistad  
 es vista de distinta manera  
 por una y otra especie a cuya relación  
 llaman algunos biólogos comensalismo,  
 es decir, la de aquellos que comparten su comida  
 en la misma mesa.

### **Gusano barrenador**

Una rama seca en un árbol de aguacate  
 sin motivo aparente puede ser la evidencia  
 más plausible de un ataque de gusano barrenador.  
 Se conoce por devorar ganado, pero una especie  
 en particular guarda preferencia por la madera tierna.  
 Los aguacates son vulnerables  
 en el otoño y el invierno  
 si la tierra donde se asientan  
 no ha sido debidamente abonada.  
 Las desgracias, por regla general, ya no botánica,  
 sino humana, hallan su razón de ser  
 en los más débiles. Álamos, sauces, olmos y cítricos  
 son otras especies devoradas por el insecto,  
 que suele transmitir su herencia  
 al depositar huevecillos en los agujeros  
 que escarba en la madera: esta práctica  
 le ha ganado mercedamente el adjetivo.  
 Perdimos algunos mandarinos  
 naranjos y uno de los dos aguacates  
 que daban sombra en el huerto.  
 El remedio recomendado es bañar  
 las hojas y tallos de los sobrevivientes  
 —una vez curadas las raíces—  
 con jabón potásico y extracto de aceite de neem,  
 así como con un fungicida llamado cola de caballo.



# Así comenzó todo

Carola Aikin

---

**¿Recuerdas la noche** que vimos derretirse el cielo? Sólo duró un instante. Fuiste tú quien dijo: ¡Mira, fíjate! Venus va de la mano de Marte, parecen columpiarse. Se columpian, relampaguean y se juntan con otras y otras más. Esto va a ser una flor de estrellas.

Yo estaba impactado porque de pronto, en el caótico firmamento, no distinguíamos ya la luna, caían lágrimas de mis ojos y no sabía si era llanto o puro calor... Ardía el aire de la montaña. Nos refugiábamos entre el brezo, escarbamos como desesperados buscando algo de humedad. Entonces tú empezaste a oler a tierra y toda aquella danza de fuego celestial paró. Tu cuello, tus axilas, tu boca me supieron a raíces y olvidé que apenas un segundo antes había creído que moriríamos abrasados.

El resto de la noche lo pasamos besándonos y besándonos y besándonos... en una lucha de dos cuerpos, el mío-mío, el tuyo que era mío, bajo ese aire negro, azul, extrañamente hueco que coronaba la cima.

A la mañana nos despertó el frío y unos gritos que subían del pueblo: ¡Está nevando! ¡Está nevando!

Así comenzó todo ✦

## Rocío

*Años atrás, el innovador geofísico Teddy Bullard me dijo que tratar de comprender la estructura de la tierra analizando terremotos era como intentar comprender la estructura de un piano escuchando el ruido que hace cuando se lo empuja por unas escaleras. Desde entonces, el tema me fascina.*

JOHN GRIBBIN

La tierra enorme, más grande de lo que podemos imaginar, atada como con un piolín o magia. La tierra enorme con olor a jazmín y a panal, a polvo de amapola y diesel, todo para siempre una tromba sobre el horizonte glacial hacia nuestras fosas nasales saturadas, hacia la mitad del momento y el hecho tropical del latido de la sangre, ahora. La tierra enorme de un cuarto de la edad del universo. La tierra. De madrugada y en silencio oímos el retumbar y el traqueteo de su órbita casi imposible por el sistema solar. Se esfuerza por quebrar la circunferencia. Y confundimos

## Dew

*Years ago, the pioneering geophysicist Teddy Bullard told me that trying to understand the structure of the Earth by analyzing earthquakes was like trying to understand the structure of a grand piano by listening to the noise it made when pushed down a staircase. Ever since, I have been fascinated by the subject.*

JOHN GRIBBIN

The huge earth, bigger than we can / possibly imagine, held together as if by / string or magic. The huge earth smelling / of jasmine and honeycumb, poppy dust / and diesel, everything forever speeding / over the glacial horizon towards / our saturated nostrils, to the middle / of the moment and the tropical fact / of the blood's beat now. The huge earth / a quarterof the age of the universe. / Earth. Late at night in the

esa ferocidad con el lejano  
 ruido de la industria. Pero el sol  
 reúne sus planetas y todos nosotros  
 nos lanzamos por los confines espiralados  
 de la galaxia, donde la distancia  
 es tan grande que arrojar podría parecer a todas luces  
 la palabra equivocada. Retumbamos entonces. Retumbamos  
 por los confines. La galaxia misma  
 en una desolada serenidad arando  
 por años luz de vacío a años luz  
 de todas partes. Nada más que neutrinos  
 ahí: sin masa y silenciosos nos atraviesan  
 a raudales, por los vastos vacíos  
 de nuestras moléculas. Nada más que fotones,  
 que hacen llover la luz por el espacio hasta nosotros,  
 para que el universo se despliegue ante nuestros ojos  
 como el Cine de la Gracia Brutal que explota  
 cuadro por cuadro. Una gran  
 belleza inestimable. Esto puede  
 ser demasiado o todo lo que siempre  
 quisiste. Y porque sólo lo que se puede  
 contener es infinito (o infinitamente  
 memorable) lo rebobinamos, del espacio

---

silence / we can hear the rumble and clack / of it almost impossible orbit  
 / through the solar system. It strains / to shatter circumference. And we /  
 mistake such ferocity for the distant / noise of industry. But the sun /  
 gathers its planets and all of us / hurtle through the spiral fringes / of the  
 galaxy, out here where distance / is so great that hurtle can seem entirely  
 / the wrong word. Rumble then. Rumble / through the fringes. The galaxy  
 itself / in desolate serenity ploughing across / lighth years of emptiness  
 light years / from anywhere. Nothing but neutrinos / there: massless and  
 silent they stream / through us, through the vast empty spaces / in our mol-  
 eculas. Nothing but photons, / raining light through space to us / so the  
 universe unfolds upon our eyes / like the Cinema of Brutal Grace explod-  
 ing / frame by frame. Pop Pop. A great / unassessable beauty. This can be /  
 too much or everything you've ever / desired. And because only what is /

a los espacios locales. La tierra enorme se estremece.  
 Las viejas rocas gruñen y un viento negro aúlla  
 pero en las grietas no se puede sentir  
 más que quietud. En Foxground  
 quietud en la hora antes del amanecer, como si  
 fuéramos todo lo que hay. La niebla colgada  
 como una hamaca por el valle  
 y meciéndose en los gruesos rayos amarillos  
 de la luna. La yegua apareció  
 de entre las sombras, resopló, pateó dos veces,  
 queriendo frenar el silencio  
 monolítico. Ah, ruido, noche, suelo. Nuestros pies  
 y sus cascos. La luna como un mensaje,  
 «Usted está aquí». En la luz reside la memoria,  
 en el ruido el gran rechinar de las piedras  
 de la tierra, que arrastran sus tristes almas  
 por la oscuridad del calor tectónico. Tan  
 fácil el poder de las rocas y el aire,  
 que brotan y que aguantan y nosotros  
 en el medio. Alegría en la sacudida del rocío  
 en las plantas de nuestros pies en la cuchilla  
 afilada del amanecer. En la paz del latido de la sangre.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE EZEQUIEL ZEIDENWERG.

containable is infinite (or infinitely / memorable) we reel it in, from space /  
 to local spaces. The huge earth shudders. / The old rocks groan and a black  
 wind howls / but in the cracks it is possible to feel / nothing but stillness.  
 At Foxground / stillness in the hour before dawn, as if / we were all there  
 is. The mist hung / like a hammock across the valley / and swayed in the  
 thick yellow rays / of the moon. The horse emerged / from shadow, snort-  
 ed, stamped twice, / desiring to break the monolithic / silence. Ah noise,  
 night, ground. Our feet / and her hooves. The moon like a message, / «You  
 are here.» In light resides memory, / in sound the great grind of the stones  
 / of the earth, hauling their sad souls / through the dark tectonic heat.  
 Such / easy power in the rocks and in the air, / welling up and bearing  
 down and us / in-between. Joy in the shock of the dew / on the soles of  
 our feet in the knife— / edge of dawn. In the blood's beat peace.

# Rui Zink

## La naturaleza no nos odia

La naturaleza no nos odia

El odio es humano

La naturaleza no nos ama

Para eso tendríamos que ser amables

La naturaleza no nos quiere

Para eso era necesario perderse algo

La naturaleza no nos mira, mirar no es ver,

La naturaleza no es dios, eso sería perder cualidades.

La naturaleza no nos escucha, ¿cómo, si no sabemos hablar?

La naturaleza nos siente, eso es lo que

En el sentido francés del verbo, oler = sentir

Eso sí, sin duda la naturaleza nos siente

Olemos a quemado, olemos a fuego no deseado

Olemos a un futuro aniquilado

La naturaleza tiene una extraña relación con los humanos:

Somos los que nos hemos alejado, los que nos hemos olvidado,

los que nos hemos descarriado  
La naturaleza nos encuentra cómicos, patéticos, divertidos  
(Y sobre todo miserables)  
La naturaleza nos encuentra la gracia y en ella  
(si tuviéramos el coraje, el ingenio, el alma)  
Tendríamos todo, amor y gracia, amor y mirada  
Calle, avenida, mundo, plaza  
Y (si dios y naturaleza lo desean)  
Un lugarcito para aparcar.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DEL AUTOR.

### **A natureza não nos odeia**

A natureza não nos odeia / O ódio é coisa humana / A natureza não nos ama / Para isso era preciso nós sermos amáveis  
/ A natureza não nos quer / Para isso era preciso sentir falta de algo // A natureza não nos olha — olhar é não ver, / A  
natureza não é deus — isso seria perder qualidades. / A natureza não nos escuta — como, se não sabemos falar? / A natu-  
reza sente-nos, isso sim / No sentido do verbo em francês, sentir o cheiro / A natureza sente-nos, isso sim, sem dúvida /  
Cheiramos a queimado, cheiramos a fogo indesejado / Cheiramos a futuro aniquilado // A natureza tem uma relação es-  
tranha com os humanos: / Somos os que se afastaram, os que se esqueceram, os que se extraviaram / A natureza acha-nos  
cómicos, patéticos, engraçados / E, sobretudo, desgraçados / A natureza acha-nos graça, e nela / (se para tal tivéssemos  
ânimo, engenho, alma) / Teríamos tudo, amor e graça, amor e olhar / Rua, avenida, mundo, praça / E (se deus e natureza  
quiserem) / Um lugar para estacionar.

# Sólo yo y Abú y el desierto

Antolín Olgíatti

No quiero ser un capullo, quiero cruzar los ríos a nado,  
quiero caminar ciudades enteras,  
quiero beberme la vida de un sorbo rápido como mi café negro.

Libre como el viento que vuela a su antojo.

Pasear por el páramo vestido de espantapájaros. No importa cómo luzco.  
A los lugares a donde voy nadie puede verme.

Se me derritió la sombra bajo la nube negra.

Las ideas son más bonitas que los proyectos.

Ha pasado demasiado tiempo.  
Todo se pudre aquí, hasta las piedras.

Sólo yo y Abú y el desierto.

El suelo de la negrura del cosmos es duro como ebonita pulida.

Ojos perseguidos, cara cansada, casi enloquecida, adorable.

Definitivamente ya no estoy al mando de mis propias decisiones.

Y no te olvides: en una pelea entre el viento y los pinos,  
siempre ganan los pinos.

En medio del abra, ya semiinvadida de malezas, en el campo de los Mendihondo, se puede ver una tapera de dos piezas corridas y galería a los lados, con techo de zinc donde el sol se apoya con saña. El abra de una legua escasa está rodeada por la selva de Misiones que, como un nudo corredizo, en cualquier momento podría estrangularla. Es una isla seca esa abra a la que solamente llegan, a veces, ñanduces o monos, o, muy de cuando en cuando, un chasque que, como yo, por alguna razón de pobreza, se aventura a cruzar la selva y el páramo de tierra colorada.

# El abra

## Luisa Mercedes Levinson

(Buenos Aires, 1904-1988). Autora de *A la sombra del búho/ La isla de los organilleros/ La casa de los Felipes* (Corregidor, 1986).



**En un tiempo**, la tapera del abra estuvo blanqueada y el campito poblado por algunos vacunos. Un pozo exiguo, con una mula atada a la noria, era la única provisión de agua. De las vigas del techo de la galería colgaba la hamaca paraguaya, y, en ella, estirada, una mujer morena de miembros cortos y redondeados que se abanicaba con una pantalla de junco. A pesar del tinte mate de su piel, no parecía del país; la sombra exagerada de sus ojeras acusaba el kohl. Se cubría con un vestido claro que dejaba transparentar sus formas pronunciadas. La hamaca se ondulaba con el peso de esa figura pequeña y maciza. Alrededor de ella se formaba un vapor confuso, una especie de orla o halo. Pero quizás era sólo la nube oscilante de moscas y mosquitos.

Don Alcibiades la había traído de Oberá, una noche, y ahí se había quedado. No la llamaba por ningún nombre, solamente eh, decí, mirá. Tenía un nombre difícil de pronunciar. Ella había creído que ese hombre barbudo, con ojos muertos, movimientos rápidos y una rastra emparchada de plata, la hubiera llevado a ciudades con ferias y ruedas que vuelan por el aire, o a campamentos donde se escuchan las fanfarrias lejanas, y la caña, en cantimploras, rueda de boca en boca, suavemente hinchada por los votos secretos de muchos hombres, al anochecer.

Se quedaron allí, sin una guitarra ni un perro. Después, él conchabó al Ciro, el peón. El peón, además de arrear los animales al bebedero, castrar y carnear de cuando en cuando, hacía la comida, cebaba el mate y a veces lavaba la ropa. También cargaba con la hamaca de una a otra galería, con o sin la mujer adentro, en busca de sombra. Hablaba poco; contra el último pilar de la galería, se quedaba por las noches apartado y oscuro. Como no pitaba, sólo se percibía, muy de cuando en cuando, el brillo de sus ojos encandilados. Las estrellas brillaban fuerte en la gran noche, pero más allá, al raso.

Don Alcibiades, ya en el oscuro, tiraba el pucho y se acercaba a la hamaca. Se quedaba ahí un buen rato de pie. De pronto cargaba con la mujer hacia la pieza. Muy de mañana cebaba el Ciro. La mujer ya estaba en la hamaca otra vez, como si no se hubiera movido, abanicándose eternamente, con los ojos sombreados de kohl. La expresión de esa cara era igual a la de muchas mujeres que se encuentran en el pueblo o las ciudades: una máscara de melancolía o de tedio y detrás de la máscara, nada.

El Ciro le pasaba el mate en cuclillas, la pava un poco más allá, en la tierra roja, y, prosternado, le ofrecía un cigarro de chala, una fruta

o una perdiz traída de la laguna, a quince leguas. El patrón se prendía la rastra de plata y observaba desde adentro, afinados los labios resecos. El muchacho era duro para el trabajo y rendidor. Le iba cobrando ley.

Una madrugada en que la mujer estaba comiendo las frutas de las palmeras invisibles, por lejanas, vio una culebra y le tiró a la cabeza, como tantas veces lo hiciera con el revólver que estaba ahí nomás, en la hamaca. Don Alcibiades salió de la pieza.

—Buen tiro, che. Te premiaré por la puntería. Me voy pa la feria arreando los novillitos; te traeré la blusa.

—¿Lo acompaño, patrón? —preguntó el Ciro.

—No.

Don Alcibiades añadió, dirigiéndose a la mujer:

—Te queda un tiro. Es bastante pa vos —y se fue. No cambió la máscara ambigua en el rostro de ella.

El Ciro montó la yegua y salió a recorrer el campito, como siempre; arreó de la selva a tres vacas alzadas, curó a un ternero abichado, libró a otros de uras y garrapatas y acomodó las ramazones que servían de alambrado. Cuando volvió a las casas empezó con la fajina doméstica: prendió fuego para el asado, entre la polvareda y el viento; en cuclillas, como siempre, miraba de reojo a la mujer. Ella se desperezó, después se desprendió la blusa, como si la botonadura le lastimara el pecho. Estirada en la hamaca, abanicándose, su rostro permanecía impassible; sólo el cuerpo, en ondulaciones sobre la red, cambiaba, se multiplicaba en su aleteo, como si muchos peces submarinos y brillantes se debatieran en una atmósfera antinatural, en intentos inútiles un poco monstruosos. Y en todo había una belleza remota y agresiva. El Ciro fue acercándose despacio, silencioso, de rodillas, y empezó a acariciar la mano que colgaba fuera de la red. La mano se alzó hasta el pecho y con ella arrastró a la otra mano. El Ciro saltó sobre la red, alucinado, desesperado, como una tormenta que se desencadena. Y su sudor caliente se mezcló con las sales profundas y por fin el secreto del mundo fue revelado. La mujer entreabrió los labios. Una paz corpórea, blanca, se elevó sobre la tierra rojiza, sin pájaros. Un grito de la mujer la ahuyentó de pronto. Sonó un tiro y el Ciro, en un estertor rígido, cayó hacia afuera, sobre la tierra apisonada, bajo la hamaca.

—No me esperaban tan pronto, ¿eh? —y después—: No lo hice caer encima tuyo, no te podés quejar.

Alcibiades se acercó y metiendo el revólver en el cinto tomó los bordes de la hamaca, empezando por arriba, y fue cerrándola sobre ella, trenzándola con el lazo. La mujer estaba quieta, callada, abiertos los ojos sin mirar, bajo la sogá que iba cerrándose, primero sobre su cara, todo a lo largo de su cuerpo, después. Él trabajaba concienzudamente, práctico en la tarea con el lazo. Terminó en lo alto, en el lado de los pies, con un gran nudo doble.

Ella no sabía aún qué había pasado. El lazo le daba sobre la cara, sobre los pechos. Algo pegajoso le había salpicado los muslos y un brazo. Y el olor subía desde la tierra apisonada, una mezcla de pólvora y de amor, y de cosas muy lejanas y profundas; mares, tal vez. En una contorsión que hizo oscilar la hamaca, se volvió boca abajo; vio a un hombre muerto que fue el Ciro: a la frente destrozada seguía la nariz indecisa y los labios, herida irremediable, dulce y agradecida; eran los labios recién besados de un niño.

La mujer estaba todavía aletargada por esa paz ya huida. No entendía mucho de miedos. Sabía que era difícil que algo fuera peor. Ya hacía tiempo que había tocado fondo; la felicidad podía ser sólo una memoria confusa y fugaz o un momento sin futuro. Recién había bebido de la felicidad hasta lo hondo, por primera vez, y a pesar de todo, un bienestar la invadía; un baño de bienestar que pesaba más que los acontecimientos, que trastocaba el tiempo y la mantenía en un presente que ya había pasado. En casa de doña Jacinta había conocido el apremio de muchos hombres, pero nunca había conseguido ese bienestar que le hacía recuperar las cosas remotas; la infancia y un barco y una imprecisa canción. Sintió que los pechos y el vientre le pesaban como si fueran el centro del universo. De pronto abrió los ojos. El Ciro estaba quieto, allí abajo, en el suelo, largo. Ella se retorció, adentro de la red, y empezó a crecer en ella, como si fuera desde la entraña misma de la tierra roja, un odio pétreo, gris; un odio de greda que la traspasaba, la superaba. Raspándose los flancos logró darse vuelta de costado. Su odio nada tenía que ver con la angustia o la debilidad o el estar allí, vejada, entre cuerdas, prisionera. Era un odio duro hacia un hombre que tenía poder, el patrón, Alcibiades, que estaba ahí junto al pilar; en ese sitio que había sido el apoyo de la espera, de la paciencia, de la pobreza, del amor; del Ciro.

La máscara en el rostro de la mujer no expresaba nada más allá de la ambigüedad, como siempre. Pero ahora revivía esa escena pasada,

cuando el hombre de la barba entró en el patio de doña Jacinta, en un atardecer, chirriando las botas, como si fuera matando la luz con sus pisadas y vio el desfilar de las muchachas —la Zoila, tan delgadita que parecía que iba a quebrarse; la Wilda, con su pelo motoso, sus labios abultados y sus ojos verdes, y las otras—, y cómo la eligió a ella y la hizo tenderse y subir los brazos detrás de la nuca y cómo una arcada de asco le subió a la garganta, algo que no le había sucedido antes. Él prometió mostrarle ciudades y le ofreció cigarros de chala y ella olvidó ese asco inicial y se fue, dejando el atado de ropa para las otras, total, a ella ya le comprarían vestidos nuevos en la ciudad, y una combinación de seda celeste. Y llegaron allí, al abra, y lo mismo que en el patio, en el pueblo, los días fueron iguales, más iguales todavía, pasando de amaneceres a ocasos, de noches a días, de calor a calor.

El rencor la ahogaba, le subía en bocanadas desde el vientre. Se parecía a aquella primera arcada insólita que le acometió cuando Alcibiades la besó por primera vez. Algo que había estado quieto en sus adentros, como una laguna estancada, se echó a correr, a desbordarse por su cuerpo y por su mente, arrastrando los espejos rotos impregnados con sus imágenes recientes, estúpidas y asombradas. Y al lavarla de lo anterior, la volvía clara, lúcida para intentar una venganza. Se oían las idas y venidas del hombre, en la pieza, cómo contaba las monedas de plata, cómo abría la valija y metía, adentro, la ropa y el poncho de la cama. Eso quería decir que se iba, que la dejaba, para que ella se consumiera hasta el fin, bajo el sol que ya daba vuelta hacia esa galería, entre la nube de moscas verdosas, pastosas, que subían desde la cabeza destrozada del muerto hasta ella. Lejos, esperaban los caranchos y los cuervos.

La lengua, seca, se le pegaba al paladar; el estómago se le endurecía y la apretaba con cien uñas nuevas, adentro, pero no se le ocurrió

\_\_\_\_\_ El sol le daba en el hombro derecho y en la  
 \_\_\_\_\_ cadera; después, en todo lo largo de ese costado.  
 \_\_\_\_\_ Se acomodó boca arriba, de espaldas al muerto,  
 \_\_\_\_\_ el sol sobre el seno pesado, justo bajo la sogá,  
 \_\_\_\_\_ sobresaliendo el pezón morado por un cuadradito  
 \_\_\_\_\_ de la red.

pensar que tenía hambre y, sobre todo, sed. Su odio podía más que los apremios. Un olor blando se alzaba desde el piso. Un olor dulce que se parecía a ese sudor reciente de ellos dos, mezclados. Y a los yatais que él le traía desde lejos. Y también al bebedero de la mula.

Alcibiades, con la valija en la mano, se detuvo ahí cerca, los labios estirados en una especie de sonrisa. Tal vez su reciente acción le quedaba grande; lo sobrepasaba. Se admiró de sí mismo, de su decisión; había matado a un hombre, al muchacho. Limpiamente se había librado de algo que lo incomodaba. Ahora había que huir. También era molesto, no sabía qué hacer. Hacía calor, era la hora de la siesta.

La mujer parecía un puma, con sus miembros cortos y su vientre y busto abultados, la piel con algunos manchones rojos bajo la red emparchada de sol. Ella empezó a retorcerse. El sol le daba en el hombro derecho y en la cadera; después, en todo lo largo de ese costado. Se acomodó boca arriba, de espaldas al muerto, el sol sobre el seno pesado, justo bajo la soga, sobresaliendo el pezón morado por un cuadrado de la red. La cabellera negra se desparramaba y le escondía la cara; toda esa masa de pelo apenas entreabierta para dejar que ardiera la mirada. Un quejido monótono, un poco ronco, acompañaba el contoneo, algo así como un arrullo, si las fieras pudiesen arrullar, mientras a la frente angosta, deprimida bajo ese pelo que caía, llegó desde sus entrañas una sabiduría antigua: si ella sabía llamarlo, ese hombre se acercaría, se abalanzaría sobre ella y desataría el nudo y destrenzaría el lazo y se aflojarían los bordes de la hamaca y eso significaría el reinado de la hembra, la vida, el poder y, después, la venganza.

Alcibiades estaba inquieto junto a ese pilar. Dejó la valija en el piso y dio un paso adelante. Se detuvo de nuevo.

—Te estás asando al sol, che —dijo con una voz extraña, pastosa.

Ella se retorció, rugía un poco. El hombre añadió, con voz honda, como si le costara hablar.

—Aura naides nos molestará, aunque sea al sol.

Se iba acercando, deteniéndose y dando un paso adelante otra vez. Ella lo veía crecer, agigantarse. En cualquier momento se abalanzaría, por sorpresa. Tal vez su impaciencia le haría cortar el lazo o la red con el facón.

En los sacudimientos de la mujer hubo un cambio de ritmo, un estremecimiento que el hombre no notó. El odio, por arcadas, por oleadas, iba adueñándose de sus pequeñas astucias, de su pereza, de su

deseo, de todo aquello que había sido ella, hasta entonces, y la invadía en flujos y reflujos. Toda ella era una marejada de odio caliente que la endurecía. Su odio era más impaciente que el deseo de él, más apremiante. Ya nada significaba el plan de venganza, ni siquiera la vida. Era un odio exigente, tiránico, de una majestad feroz. Y se agrandaba adentro de ella, la estiraba, ya no lo podía contener... Estalló un tiro.

—Perra —murmuró el hombre, entre dientes; dio una voltereta y cayó de espaldas al piso. Tenía una mano sobre el pecho y escupía aún confusas maldiciones.

Adentro de la hamaca quedó el revólver inútil, vaciado. Ella también quedó así. Era la última bala, el último ruido para quebrar el rumor, la pesadez y la sed. Era el último ruido del mundo para ella. El hombre, Alcibiades, tendido, contorsionándose, oscuro, era una sombra empecinada contra la luz; juramento y estertor. Y, por fin, nada, apenas la muerte bajo el pilar, un poco más allá de la valija vieja e hinchada. Y un hilo de sangre dibujando la camisa no muy blanca bajo la barba renegrida.

La mujer se rindió al sol que la poseía prolijamente. Su odio, satisfecho, la abandonó como un hombre, nomás, y ella se sumergió en una especie de paz opaca, sólida, que poco tenía que ver con aquella que había atrapado luego del amor. Pero ésta era, por lo menos, duradera.

Todo el sol destinado al abra de tierra roja estaba concentrado, ensañado en ese cuerpo desnudo bajo la red, húmedo, que se iba secando poco a poco. Y la lujosa corte de moscas tornasolándose al pasar de la sombra al sol, estiraba las alas y las patitas, iba y venía desde los cuerpos de los hombres muertos hasta el de ella, sin hacer distinción entre la cabeza destrozada, el pecho donde la sangre parecía correr aún, y su sed. Ella alimentó el odio a costa de esa sed; algo estaba cumplido, saciado. Se estuvo un rato quieta, soñolienta. De pronto empezó a roer la red, desesperadamente. Un cuadrito se cortó, después otro. Ardía la piel, los labios, los ojos. Todo se incendiaba en ella aunque la noche ya caía lentamente y pesaba como cien hombres y la selva comenzó a desperezarse a lo lejos, arrastrándose primero, galopando con furia, después, estrechando el círculo del abra, estrangulándolo. Cegaba el resplandor de las lagunas y de los ríos mentirosos que avanzaban y huían. Noche, sol, noche otra vez. Y morder los hilos del frío, del miedo, de la soledad. Sus propios gritos engendraban otros que

tomaban formas, que la rodeaban y la aturdíán y atronaban la noche. Luego el silencio la envolvía y el nudo del lazo, allí arriba, sobre sus pies, se agrandaba en el aire, inalcanzable, todopoderoso.

Redobla el galope de la selva. Sombras, graznidos, alas pegajosas le abofetean la cara, le picotean los muslos y las caderas, la salpican de negrura y de muerte: «La Wilda y la Zoila duermen bajo el mosquito. ¡llegan los hombres! Doña Jacinta se va a enojar. Se me enredan las guías en las piernas y las manos de los hombres aprietan los pechos de las muchachas donde rebosa la leche amarilla y amarga para engañar la sed de los hombres. ¡La comadrona! No, que quema las entrañas, se incendian con las palmeras y las culebras. En lo hondo, más abajo de la tierra apisonada, arden las monedas de plata, la barba negra; ya son un líquido negruzco...

»Rueda la rueda redonda por las ciudades. ¡Ciro, Giro, desatame de la rueda! Abajo, en el patio de jazmines, están los soldados con sus fanfarrias y su bonito uniforme azul. Y los ángeles vuelan por el aire y cantan. Traé las blusas de seda para las muchachas. Vamos a rezar todas juntas a la Virgen para que se cumpla el milagro; una combinación con randa y un hombre que se quede. La selva me cubre, me esconde entre sus hojas, entre su lujo, entre la selva... Virgencita, nudo del aire, no me ciegues con tu luz...».

La hamaca, en el vacío, como un puente o un sueño murmurante aún, se mecía sobre la muerte, cuando yo, el chasque pobre, llegué ✕





# Tres poemas sobre naturaleza

Claudia Hdez. de Valle-Arizpe

## I

**Ha despertado el calor antes de tiempo** Hace cincuenta años, en febrero, la mujer llegaba al embarcadero de la Laguna del Toro a las 5:00 de la mañana Sus pasos rompían la escarcha y del hielo ascendían vapores Se formaban pequeñas olas Con su cuerpo avanzaba, remo en mano, hasta alcanzar su kayak A la redonda, un silencio que rompían primeros pájaros, la miraba erizado

Ahora, en febrero, el calor respira a sólo 10 centímetros de profundidad Cada garza sobre el lodo es un milagro cercano a los criaderos de puercos, a cada nueva casa con sus varillas al cielo

Canales de agua por canales de lodo y concreto Canales de agua por canales de mierda Canales para remar aquel deporte con largas inhalaciones de aire puro por canales malolientes Y en lugar de estrellas, la luz robada

Diez de febrero y la mujer se destapa en la noche antes de dormirse Sueña con el invierno en Xochimilco, con el canal de Cuemanco de hace medio siglo Sus brazos hacia adelante y hacia atrás A cada lado, una columna de sauces tejiendo su enjambre

Frente a ella duerme de pie una garza blanca

(Ciudad de México, 1963). Estos poemas se tomaron de su libro inédito *Cuatro palabras*.

## II

**Como fragmento de selva**, la Costilla de Adán ha cubierto la ventana  
 El nacimiento de cada hoja marca los días Luego de semanas ha vuel-  
 to el gato más ágil a cazar gorriones hambrientos Ahora —fantasmas  
 azules que espían casas— hay dos cacomixtles También un nuevo es-  
 tanque con carpas bajo la sombra del papayo El mundo es igual en  
 todas partes

## III

**Cuando ya no resten flores en El Paraíso**, viejos libros con láminas  
 ilustrarán un poco el día y la noche: su alfabeto con tres tomos de  
 rosas, dibujos de pequeñas aurículas con pétalos que reunidos forman  
 orejas entre las piedras

lirios, bromelias, amarilis, esas flores con eles que al pronunciarse bro-  
 tan senderos Lagunas donde duermen lotos que despiertan frente a  
 templos de hace siglos

jacintos, iris, tulipanes de ascendencia turca

alhelís, geranios, hongos que dejaron sus ojos, su advertencia de un  
 registro sin premoniciones

rosas de Bengala, piensa la mujer, rosas de Redouté, rosas borrándose  
 en las manos

**La abeja**

Brillante como la idea de Einstein,  
 a esta abeja  
 no es posible pensarla como una cosa.  
 Igual que el sol, está siempre en curso.

Como si nada más existiera,  
 salvo sus flores.

Ni montañas, ni vacas, ni playas, ni tiendas.

Sólo las olas irisadas de sus flores.

Un temblor en el vacío.

Una alfombra voladora de flores

**The Honey Bee**

The Honey Bee / Brilliant as Einstein's idea / Can't be taught a thing. /  
 Like the sun, she's on course forever. // As if nothing else at all existed  
 / Except her flowers. / No mountains, no cows, no beaches, no shops.  
 / Only the rainbow waves of her flowers // A tremor in emptiness // A  
 flying carpet of flowers //

(Mytholmroyd, 1930-Londres, 1998). Es autor de *Cartas de cumpleaños* (Faber and Faber, 1998).

—el vaivén

de un tejido muy suelto—  
donde ella resuelve sus planes.

Hirsutos duendes enanos  
(los pensamientos del apicultor) pegajosamente trepan  
sobre la cara del sol: guantes de sombra.

Pero la abeja,  
en su esplendor, no puede imaginarlo a él,

un polizón en su alfombra de  
olas luminosas,  
y bebe su néctar.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE JORGE ESQUINCA.

---

—a pattern / Coming and going—very loosely woven— / Out of which  
she works her solutions. // Furry goblin midgets / (The beekeeper's  
thoughts) clamber stickily / Over the sun's face—gloves of shadow. //  
But the Honey Bee / Cannot imagine him, in her brilliance, // Though  
he's a stowaway on her carpet of / colour-waves / And drinks her sums.

# Edna St. Vincent Millay

## Primavera

¿Con qué propósito, abril, vuelves de nuevo?  
 La belleza no es suficiente.  
 Ya no puedes callarme con el color rojizo  
 de las hojitas que se abren pegajosas.  
 Sé lo que sé.  
 El sol calienta mi cuello mientras observo  
 las puntas del azafrán.  
 El olor de la tierra es bueno.  
 Tal pareciera que no hay muerte.  
 Pero, ¿qué significa eso?  
 No sólo bajo tierra los gusanos  
 devoran el cerebro de los hombres.  
 La vida en sí misma  
 no es nada,  
 una taza vacía, un tramo de escalera sin alfombra.  
 No es suficiente que, año con año, bajando esta colina  
 venga abril  
 como un idiota, balbuciendo y dispersando flores.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE JORGE ESQUINCA.

## Spring

To what purpose, April, do you return again? / Beauty is not enough.  
 / You can no longer quiet me with the redness / Of little leaves opening  
 stickily. / I know what I know. / The sun is hot on my neck as I  
 observe / The spikes of the crocus. / The smell of the earth is good. / It  
 is apparent that there is no death. / But what does that signify? / Not  
 only under ground are the brains of men / Eaten by maggots. / Life in  
 itself / Is nothing, / An empty cup, a flight of uncarpeted stairs. / It is  
 not enough that yearly, down this hill, / April / Comes like an idiot,  
 babbling and strewing flowers.

(Rockland, Maine, Estados Unidos, 1892-Austerlitz, 1950). Autora de *Aria Da Capo: A Play in One Act* (Forgotten Books, 1920).

Viernes  
14 de  
junio

Iván Rojo

(Valencia, 1976). Autor de *El último buda atraviesa Fargo* (Rasmia Ediciones, 2019).

**Había pensado bajar a Valencia** después del trabajo. Pasar el fin de semana en casa, en mi sitio. Tomarme algo con éstos. Me refiero a Ángel y a Marcos, en puridad mis dos únicos amigos. Tengo allí abajo el mes de alquiler pagado y si el sueldo me alcanza seguiré así un tiempo. Quiero disponer de un lugar al que ir cuando me canse de Las Cumbres. Ocurrirá. No sé cuándo pero ocurrirá. Además me convendría traer más ropa, más libros. Pero con las horas que son ya no creo que lo haga. Casi mejor. Si me bajo igual no vuelvo. Por otra parte, hoy le he echado valor y he fumado por primera vez en el trabajo. Había observado que Eduardo sale por lo menos tres veces a lo largo de la jornada a hacerse sus marlboros en la parte de atrás. En la puerta del garaje. He querido encontrar en su conducta cierta legitimación para la mía. Claro que Eduardo lleva media vida en la oficina. Bueno, a mitad de mañana me animé. Evité coincidir con él. Fumando, fumando me acerqué hasta una chopera un poco más allá. El sol la atravesaba graciosamente. Pensé que la imagen que estaba contemplando habría sido exactamente igual en el siglo XV o en el III antes de Cristo. Pensé en los Ivanés Rojo de la Historia, más o menos perplejos, más o menos desplazados, más o menos desterrados de sus propias vidas. Entre mis pocas nociones de botánica se encuentra la de que donde hay chopos hay agua. Lo sé porque a mi madre le encantan. En efecto, los chopos de donde la oficina crecían en un terreno que se inclinaba hacia un río. El Bergantes. Lo averigüé en Google desde mi móvil mientras ya puestos me fumaba el segundo. El río es más propiamente un arroyo, un riachuelo. Dos zancadas de ancho. Limpio y centelleante al sol y sombra que caía desde las hojas blanquiverdes como un móvil de luz. Murmullo de corriente humilde. Eses líquidas, seda. También la letra te y la letra ele juntas a cada breve salto de agua. Un chapaleo algo denso, salival. Como de torrente cansado, viejo. Olor a renacuajos. Me acordé del río Blanco. Me acordé de Chelva.

A eso de las ocho me he acercado a los soportales. Es el tramo más alto de la calle principal, que por cierto he sabido que se llama calle Conquista. También el más ancho, deviniendo en breve plazoleta. La zona noble del pueblo, su corazón porticado. Sin duda un rincón hermoso y bastante decadente. Entre las columnatas y lo estrecho de la calle se crea una penumbra melancólica. No obstante hay allí unos cuantos bares. Porque en España hay bares en todas partes. Hay bares para abu-

rrir, también en la aburrida España vacía. Estoy a favor. Me he sentado en la terraza de uno llamado Jesuso. Era el único que no tiene un nombre innegociablemente ridículo. Copitas, Malas Compañías, Aromas del Cielo. Me he pedido un vino blanco. Por fin. Un verdejo que no lo era. Me ha dado igual. El camarero, puede que el mismísimo Jesuso, me ha dicho que le sonaba mi cara. Yo le he dicho que no creo. Tiene voz de adicto, la cara bastante torcida y la tocha larga y partida. No me explico que no se deje la barba. Por aquí casi todos las llevan. Barbas a medio crecer o a medio afeitarse, desde luego no cortas pero que tampoco alcanzan nunca la categoría de barbón. Barbas destartadas, eso sí, siempre. Barbas de las estepas mongolas que nunca he pisado. Volviendo a Jesuso, es imposible que a nadie le quede peor un pirsin en la ceja. Un pirsin de brillante, además. Dios santo. Total que si lo conociera lo recordaría. Él ha insistido. Que sí, que sí, que ya se acordará. Pero sin ponerse demasiado pesado. Cuando me he puesto a toquetear el móvil me ha dejado en paz. Al cabo de un rato ha vuelto con otro vino. Regalo de la casa, me ha dicho. Este sí que era un verdejo. Gracias. Después he estado un buen rato examinando a la gente que se movía a mi alrededor en la terraza, en las otras terrazas, que iba o venía por la plaza. Nadie parecía tener frío. Nadie parecía haber tenido frío en su vida. Todos lucían cómodos en el espacio-tiempo. Incluso a gusto. La solvencia de su estar en el mundo me ha convencido de que se trataba de lugareños. Sí, sin duda las personas que contemplaba eran de este pueblo. Sin duda este pueblo era suyo. Les delataba ese aspecto saludable. Excesivamente saludable, si es que tal cosa es posible. Lo que quiero decir es que estas gentes me parecen fisiológicamente puras. Me bastó con ver la decisión gozosa con que sus bocas despachaban sus comidas y bebidas para comprender que tienen una noción despreocupada de la salud. Y, por extensión, de la vida. En modo alguno irrespetuosa, al contrario: de festivo cuidado. Digo que había algo pagano en sus movimientos y voces. Algo ancestral y jubiloso. Algo arrolladoramente sano. Natural. Humano. Voy a tener que moderarme. Temo estar hipersensible. Soy un hombre observador y reflexivo. Soy un hombre con tendencia a la grandilocuencia de pensamiento. Voy a tener que moderarme. Me lo he repetido unas cuantas veces sentado en la terraza con demasiadas cosas en la cabeza y bastante frío en las manos, en los brazos, en la sangre. Pero cada vez menos. Empiezo a aclimatarme. No obstante me retiro por hoy ✖



# Claudia Berrueto

*miraba los árboles vencidos caer uno tras otro,*

los huesos de los pájaros crujían,

pero no dejaban de entonar su carnoso gorjeo.

desorientados por su dolor sin bastilla,

llenaron la casa con una bruma de ritmo óseo.

sus cuerpos cabían en mi mano como una trinante piedra fracturada.

los saqué a la calle;

puse a correr su canto colapsado por las cunetas.

# Poemas rurales

## Subhro Bandopadhyay

### Entrada al pueblo

Comparar y crear jerarquías, incluso entre la luz  
La entrada del otoño trae alegría a esta parte del mundo

Ir hacia la cosecha, fuera del único tono de la lluvia  
Comparar y esperar a que nos salve un ser superior  
La verbosidad de los rezos

Entre suspiro y llanto se abre una senda, ya seca  
Es la vena llena de color de madera oscura y mohosa

Dejo el susurro y la sal del antaño allí  
todo se celebrará

El pueblo que se pone más robusto cada día  
celebrará las vueltas sin idas

Desde la rama plateada del baniano bajarán  
las raíces del plenilunio

### La primavera

Aquí la primavera arrambla  
los árboles de hoja caduca  
Es una intemperie  
para respirar la humedad desecada  
del estanque

(Calcuta, 1978). Autor de varios títulos, entre ellos *Poemas metálicos* (Amargord, 2014).

No es fácil dar cabida a una estación extra  
para ningún calendario  
sobre todo la que lleva las serpientes de colores  
y los insectos que echan aroma  
sin ton ni son

Todo pesa, rompe la frontera de los meses  
Sólo es el fulgor de la llovizna  
que agrieta el estar de los zapateros  
sobre la superficie del agua

Todo es una espera  
El aire tropical de las tres de la tarde  
tiene el color de limón

Ahora es el descanso del horno  
El fuego que era una ardilla azul  
hace unas horas  
Es la brasa de un día más

Volvemos hacia lo etéreo  
fuera de la tensión superficial que nos sostiene

---

## El fuego

Indagar el aroma,  
abrir las capas de la tarde  
donde se guarda la blancura amarilleada  
de las flores nocturnas,  
los pétalos que caían sobre tu cabeza dolorida  
cuando la blandura de la oscuridad  
devoraba la aparente geometría del árbol de mango

En el mundo tropical  
cada día se fosiliza el fuego  
al tardecer

Cavar y descubrir la fruta  
que prepara el nicho de la luz  
al morderla nos penetra la ceniza  
de la iluminación

### I. Acaban de llegar a su destino,

avanza la mañana. Mientras se aleja el barco que los trajo a la isla, ella descubre un sitio delicioso para comer junto al mar. Él asiente. Tienen joven el hambre y el amor. En las copas rebosa un vino tan dorado y brillante como el cabello de la chica, que se junta con los rizos oscuros de él en cada beso. Flotan aves marinas junto al acantilado, se mecen en las corrientes cálidas del mediodía. Él acerca su mano al cuello firme de su amada y acaricia con un dedo el medallón, donde dos olas de nácar y de ébano se acoplan en un círculo. Un leve punto del color contrario en cada una hace más perfecto el dibujo. Sonríe, la mira recibir en su lengua pequeña y juguetona el cuerpo aún vivo de los caracoles. Tienen sabor a algas, mar y sal. Le gusta verla comer, comer con ella. Quiere verla saciada, saciarse de su dicha él mismo.

### II. En el íntimo cuarto alquilado, se enredan en la tarde.

Duermen y se despiertan, se vuelven a buscar. Pierden límites, entran uno en el otro, crean la rueda donde se borra en espiral quien era cada quién.

Salen a respirar el aire leve de las últimas horas, la suavidad de los colores antes de la noche. Caminan su placer por la orilla. El agua fresca es una tentación, la luz invita. Se sumergen de la mano, nadan en el inicio de la oscuridad, se acoplan en las olas que la brisa levanta, suaves en un principio, pero que van creciendo con el viento entre chillidos de gaviotas, sin que ellos lo noten, hasta que les abrazan en su torbellino y les arrastran hacia las zonas más profundas donde lamen sus cuerpos y los deshacen, mezclados con algas y con sal.

### III. Como un espejo el mar

en calma refleja en el amanecer el primer sol, que contemplan inmóviles, pájaros de la orilla. Los caracoles estiran perezosos sus cuerpos como lenguas en las pequeñas pozas que deja la marea. Se sumergen en el agua que trae su alimento con las olas más suaves. Toman las diminutas algas y construyen las espirales de sus conchas con restos de lo que fueron alguna vez escamas, huesos, piel, espinas ✕

# Un verde pensar

## Nurit Kasztelan

---

### Salimos del amor

Las langostas son pequeñas  
pero de repente  
por algo que no se explica  
crecen tanto  
que tienen que cambiar  
el caparazón que las cubre.  
Entonces se esconden unos días  
debajo de una roca  
hasta que su cuerpo  
produce un caparazón nuevo  
para poder volver a la arena  
con otro envoltorio.  
Y eso que les ocurre es tan natural  
que lo realizan varias veces en su vida.  
Así está mi corazón hoy  
ensanchándose  
debajo de la roca.

Como la ballena que pudo salir del océano  
pero decidió volver  
vuelvo hacia dentro de mí.  
Este exceso de realidad me confunde.  
Distribuir la energía es un arte, como todo.  
Dejo en suspenso lo que estaba haciendo.  
Por más elástico que sea  
el corazón no es un músculo voluntario.  
No se puede bailar con el corazón roto.  
Dejar atrás el Paraná  
es una experiencia abrumadora  
algo se expande  
pero mi pensamiento urbano lo reduce.  
¿dónde queda la serenidad?

Como a la ballena que de tan pesada  
le cuesta avanzar  
me muevo despacio.  
Todo lo que veo  
parece pertenecer a otro lugar, a otro orden.  
Todavía no me acostumbro a las cosas  
moviéndose mas rápido que yo.  
Siempre fue al revés  
iba mas rápido que los demás.  
Trataba de tener  
un punto de referencia estable  
desde el cual organizarme.  
Acá, todavía, hoy, estoy  
en el lugar de mayor inercia del cuerpo  
pero hasta dónde puede un cuerpo  
hasta dónde un corazón.

## La vara

---

Insisto en que el jazmín  
se trepe a la vara  
y crezca  
usándola de apoyo.  
Pero necio  
como toda planta trepadora  
se suelta  
y ya invadió el cedrón, la cretona  
y el palo borracho.  
Delicadamente los separo  
con cuidado de que no se rompan  
pero es inútil  
soy lenta para aprender  
las penas de las plantas.

## Begonia del aire

---

¿Florecerá el brote que le di  
y plantó en la isla?  
¿El bulbo se hará flor?  
¿Lo veremos desaparecer juntos  
cada otoño  
para después  
volver con más fuerza?  
¿Creeremos en algo  
que nos exceda?  
¿Tendremos fe  
paciencia para mirar  
la tierra  
el vacío  
donde parece que todo  
está por terminar  
y aun así?

# Tormenta

## Daniel Centeno

***Viene la tormenta**, me dijo al entrar. Pensé que chocaría. Dijo también: Mientras venía para acá las nubes ennegrecieron el camino. Los relámpagos me seguían desde lejos y creí que un rayo atravesaría mi auto. Qué bueno que ya estoy aquí.*

Llevaba consigo provisiones en bolsas de plástico que colgaban de sus dedos y luego soltó sobre la mesa. Pareció dejar una carga que no se limitaba a su cuerpo. *Tengo tantas ganas de tirarme en tu colchón y no saber nada del mundo por al menos una noche*, dijo. Tras una pausa en la que respiró más hondo que de costumbre, continuó: *Y de paso la estúpida tormenta. ¿Desde cuándo vivimos en un lugar tan tormentoso?*

Le dije que no era verdad, que hasta ese momento no había asediado ninguna. Dijo que me equivocaba: *¿Me vas a decir que no te da miedo?* Se asomó por la ventana y apuntó hacia la oscuridad: *Tú no lo ves, ni lo escuchas, pero el infierno está ahí, oculto entre las nubes.*

Nos sentamos a la mesa. Se ajustó el cuello con sus manos y tomó una cerveza de sus provisiones. *¿Quieres?*, me preguntó. Le dije que sí y me extendió una. Las abrimos y bebimos, sorbiendo en silencio. Era fácil ignorar lo que pasaba; afuera no se oía nada: ni autos, ni personas, ni siquiera el par de pajaritos que descansaban antes de esa noche en un nido frente a mi casa. *Ahora la oyes*, dijo al fin, *es la calma... es la tormenta acercándose. Maldita sea.*

Se acabó la primera cerveza y una segunda. Para la tercera, comenzó a decir: *Me preocupa el trabajo. La ciudad se vuelve estúpida con una simple lluvia. Los autos salen del camino y se cruzan contigo de*



frente como en una guerra. Incluso cuando conduces con tranquilidad. Van detrás de ti. Te arrastran consigo. Hace poco, dijo, hace poco un hijo de puta me jodió la puerta del carro. Yo iba a cambiarme de carril. El tipo se había detenido por casi un minuto y yo quería avanzar. Sólo era una llovizna. Los otros autos avanzaban. Sólo quedaba el mío detrás. Entonces giré el auto y comencé a rebasarlo, cuando él se adelantó de prisa y, sin verme, golpeó mi puerta. Lo dijo con molestia, pero su expresión de alivio parecía decir: Antes di que sólo pasó eso y nada más, que sólo fue la puerta.

Hacía días que no me fijaba en su auto. Supuse que ya habían hecho las reparaciones y me pregunté si quedó algún daño, si de algún modo los mecánicos no repararon en algún detalle. Me asomé por la ventana y me preguntó: *¿Ya la ves? ¿Ves la tormenta?* Pero yo sólo miraba la puerta roja de su auto. Tenía en un costado líneas blancas, como si se tratara de las estrías de una criatura que recreaba los relámpagos con su piel. El auto se había estriado y esas cosas no desaparecen, como las cicatrices. *No lo he llevado a reparar*, apuntó siguiéndome. La cerveza sudaba como sus manos. *No he tenido tiempo, ni dinero. Hoy pensaba llevarlo pero... la tormenta. ¿Cómo iba a volver?*

Imaginé que los camiones irían llenos de gente y las agencias quedan lejos del tren. Tengo auto, pensé, ¿por qué no me lo preguntó a mí? Pero no le dije nada. Tomé otra cerveza y me senté.

En la televisión local sólo hablaban de la tormenta. *Será terrible*, decían. *Terrible*. ¿Es terrible una tormenta, o sólo es? ¿Puede ser benevolente? ¿No sería entonces una fugaz llovizna? Me pareció que si una palabra así podía ser usada tan a la ligera, cualquier cosa podía ser sujeta a exageración.

*El otro día escuché una noticia terrible*, me dijo mientras me alcanzaba en el sillón. *Escuché la noticia de unos pies dejados en la costa. Unos pies. ¿Puedes creer eso? Imagina cuán retorcida debía ser la persona que dejó ahí esos pies*, dijo con exaltación. Yo escuchaba y me puse a pensar. ¿Es eso lo terrible?, acabé verbalizando, con mirada severa. *¿No te parece que lo es?*, preguntó, *¿cómo le llamarías?* No es eso, le dije, ¿pero es el asunto de los pies lo que lo vuelve terrible? ¿No lo es el asesinato en sí? Debieron de matarlos, le dije. *No sé si los mataron*, me contestó, *pero no es lo mismo matar y enterrar que ponerse a cortar pies*. Lo dijo como si aquello fuese tan obvio y yo un estúpido por no notarlo. Me encogí de hombros. Apagué el televisor.

Había escuchado un estruendo fuera de la casa. *¿Lo oíste?*, preguntó. *Es la tormenta.*

Pasado un rato fuimos hasta la cocina y buscamos en el refrigerador algo para comer. Había guardado ahí las cosas que trajo. Le costó trabajo acomodar sus víveres. Me dijo: *Deberías tirar algunas cosas.* Parecía que el interior del refrigerador jamás se vaciaría. *¿Jamás?* Eso pensé yo, que mi vida no alcanzaría a ver cómo aquellas provisiones desaparecían. *¿Qué decía eso de mí? ¿Mi vida sería tan breve?*

Comenzamos a comer. El sonido de los truenos se aproximaba. En cualquier momento un rayo atravesaría la cortina e iluminaría el interior de nuestras venas.

Me contó entonces de su vida. Hacía ya mucho que no hablamos así, tan cerca uno del otro. *Ha sido todo un desastre*, me dijo. *Trabajo sin fin y mi jefe me odia, pero sigo trabajando y no alcanzo a salir de una cuando la otra me alcanza. No creí que así fuera la vida, pero tampoco debería sorprenderme. Trabajo desde los quince y tengo ya casi treinta. He hecho esto sin descanso y no alcanzo a vislumbrar cuándo dejaré de hacerlo, o si dejaré de hacerlo alguna vez.*

Me contó, días atrás, que las pensiones desaparecerían. Me contó también que la civilización habría de colapsar en algunos años. *No puedo aspirar a un descanso, ¿verdad?*, me dijo. *Yo colapsaré antes, ¿no es así? Ni siquiera alcanzaré a ver cómo las cosas se derrumban.* Se echó algo a la boca, no vi qué, y con la boca medio llena, crujiendo sus muelas, me dijo: *Yo ya estaré abajo. Seré parte de los escombros.* Apenas lo dijo me sonrió. Era una sonrisa resignada, pero una sonrisa a fin de cuentas.

Una hora después, la televisión comenzó a fallar. Su señal se iba cada tanto. La habíamos encendido para escuchar sobre la tormenta, que interrumpía nuestras conversaciones, acercándose desde lejos. La mujer en la tele decía que no debíamos preocuparnos, que la tormenta pasaría antes de que nos diéramos cuenta. Pero nosotros ya nos habíamos dado cuenta. Sólo advirtió, y lo dijo con voz tan calma que obedecimos como niños al mandato de una madre: *No salgan.*

No salimos.

Le dije que se quedara conmigo esa noche y me respondió que era obvio, que para eso había traído las provisiones. Nos reímos, aunque no escuchamos nuestra risa porque el cielo tronó como una muela que se rompe antes de extraerse.

Recuerdo que al acompañarme al dentista hace años me dijo: *Sentirás mucho miedo, pero no te preocupes. Preferible sufrir una vez y ya, ¿no lo crees? Te juro que amarás la postextracción. Te la pasarás comiendo helado. De limón, sobre todo. Bajarás de peso. Te verás genial y mi cuñada, la dentista, te amará sin duda. No creas que no he visto cómo te mira, o cómo la miras a ella. Te estallan los ojos. Da igual, hay química ahí. Así que no pienses en el sonido del taladro en tu boca, o el de la cirujana.*

Entró conmigo al consultorio.

La cirujana me abrió la boca, escarbó en mis encías y extrajo las muelas. La dentista, mientras tanto, me acariciaba el cabello y la frente y me decía en voz baja que no me preocupara, que todo acabaría pronto.

Un segundo después la cirujana me abrió tanto la boca que ya no podía sostenerla sin sentir que se haría pedazos. Partió mis muelas dentro de mi boca, empujando sus manos con fuerza contra mi cara. La dentista me dijo: *No temas*, y luego escuché el crujido horrible que de pronto reaparecía esa noche en el cielo sobre nosotros.

Recuerdo que, al terminar la cirugía, tuve prisa por sentarme. La cirujana no me dejó, tampoco la dentista. Vi las expresiones de ellas y otra más. Alcancé a ver cómo me miraba desde el asiento frente a mí. No se había ido. Había horror en sus ojos. Su expresión era terrible, terrible en verdad. Cuando al fin pude erguirme, contuve el dolor. Durante casi dos horas había pensado: Ya, basta, esto es demasiado. No puedo seguir con la boca abierta. No quiero morderle el dedo a la dentista o a la cirujana, a ninguna de las dos. No quiero hacerles daño. No puedo pagarle estriando sus manos de puro dolor y miedo. No quiero perder el habla. ¿Y si muevo la lengua? ¿Y si pasa la anestesia? ¿Y si jamás pasa? Me aferré al asiento con mis manos engarrotadas, luego ya no pude contenerme. El dolor era más grande que yo. La cirujana me preguntó cómo estaba, pero no respondí porque ya no tenía la fuerza para separar mis labios. Fue tal la impotencia, pensar que ya jamás podría decir nada, que todo mi cuerpo comenzó a temblar. Entonces escuché su voz, la voz de quien me acompañaba pese al horror, pidiéndoles un vaso de agua. Les sonreía. Apenas las dos mujeres se fueron del consultorio hacia la recepción, se acercó hasta estar a un paso de mí. Vi sus ojos, horrorizados, y comencé a llorar. Fue un llanto contenido. No quería que me oyeran afuera, que ninguna de ellas supiera

todo el dolor que había sentido. Entonces se puso en dirección hacia la puerta, impidiéndome ver a las mujeres, si estaban lejos o cerca. Lloré, más y más fuerte, hasta que el asiento tembló conmigo como un vendaval. El aire me dejaba, me hacía falta, y mi corazón atormentado temía que de pronto todo el proceso no hubiese servido para nada. Intenté decir algo, pero mi boca estaba exhausta sopesando las ruinas de mis dientes. Escuché entonces su voz, carraspeada primero y luego calma como nunca lo había sido: *Llora. Está bien. Llora.*

La noche en que se avecinaba la tormenta, tomé su hombro y me dijo: *¿No te parece terrible? Nos hemos quedado sin tele y sin cervezas. Ya no sabremos cuándo llegará la tormenta ni tendremos con qué pasarla.* Le dije entonces: Es probable que a media noche, si sigue avanzando así. Le dije: Mañana, cuando pase la tormenta, vamos a que reparen esa puerta. Luce terrible. Se lo dije sonriendo aunque ninguno sabía cuándo habría de pasar, o si alguna vez pasaría. Quizá amaneciéramos en un día tormentoso que daría paso a otra noche como ésa. No sabíamos nada.

No sabíamos si nosotros seguiríamos ahí para cuando el cielo se despejara ✕



# Albert y Mileva

## Luis Fernando Verissimo

**Albert Einstein y su mujer Mileva** vivieron separados durante cinco años antes de divorciarse en 1919. Fue Einstein quien telefoneó a Mileva para decirle que quería el divorcio.

—¡Albert, qué bueno escuchar tu voz!

—¿Tú cómo estás, Mile?

—Bien, bien. Y tú vas muy bien, ¿no, Albert? Eres famoso y llamado genio.

—La gente exagera un poco.

—¿Y nuestra separación, Albert? ¿Cuánto tiempo más va a durar?

—Era sobre eso que quería hablar contigo, Mile. Pienso que nos deberíamos divorciar.

—¿Divorcio, Albert? ¿Después de todo lo que pasamos juntos?

—Mileva...

—¿Recuerdas cuando nos conocimos en el Polytechnische de Zúrich? ¿Nosotros dos estudiando matemáticas y física?

—Lo recuerdo, Mile. Tú eras incluso hasta mejor alumna que yo.

—¿Recuerdas nuestra boda en 1903?

—Claro.

—¿Te acuerdas de 1905?

—¿Cómo olvidarlo? El año milagroso en que fueron publicadas las cuatro tesis que revolucionaron la física e hicieron mi reputación. Y tú estabas a mi lado.

—¿Y todo eso no significa nada para ti?

—Significa, Mile. Pero terminó. Pienso que el divorcio será lo mejor para nosotros.

—Para ti, ciertamente.

—Mileva, no seas así...

—Ahora tú podrás casarte con Elsa. ¿No es eso lo que quieres? ¿O tú piensas que yo no sabía del asunto entre ustedes, incluso cuando todavía estábamos juntos? Elsa, Albert. ¡Tu propia prima!

—Yo esperaba que fueras más comprensiva, Mile.

—Soy comprensiva, Albert. No sé si Elsa va a ser tan comprensiva como lo fui yo.

—Ella me ama y me apoya.

—¿Pero será que ella haría el sacrificio que yo hice para que nuestro matrimonio funcionara?

—¿Qué sacrificio?

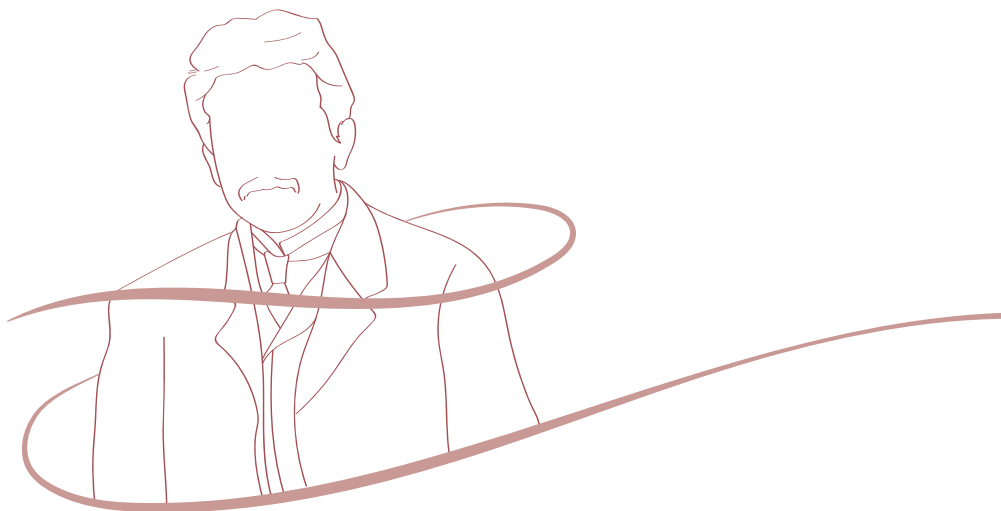
—¿Olvidas cómo fui comprensiva cuando acepté que tú firmaras los cuatro artículos revolucionarios que escribí yo sola y te llevaras la gloria? Yo no lo olvidé.

—Después de aquellos artículos, publiqué muchos otros igualmente importantes, Mile.

—Como aquéllos no, Albert. Aquellos que hicieron historia. Aquellos que cambiaron el modo de pensar sobre el Universo. La ciencia nunca más fue la misma después de los cuatro artículos publicados en 1905. Mis cuatro artículos.

—Yo nunca negué tu capacidad.

—Pero el mundo nunca lo supo, ¿no es así, Albert? Tal vez ahora sea la hora de que lo sepa.



—¿Me estás chantajeando, Mileva?

—No. Sólo estoy pensando en reparar una injusticia.

—¿Recuerdas por qué yo quise firmar los artículos en vez de ti?

—Me acuerdo. Dijiste que nadie creería que habían sido escritos por una mujer. Y yo, comprensiva, para no amenazar nuestro matrimonio, estuve de acuerdo.

—¿Y tú crees que hoy, en 1919, sería diferente de 1905, Mileva? Nadie va a creer que tú eres la autora de esos artículos. Van a decir que es la invención vengativa de una mujer despechada. Para que se acepte que una mujer pueda ser un genio de la física como un hombre todavía falta mucho tiempo. ¿Olvidaste la importancia del tiempo en tu propia teoría, Mile?

—Lo sé. Todo es relativo. Y el tiempo más que nada. Pero si hubiera una confrontación entre nosotros dos para saber quién está diciendo la verdad, yo probaría mi autoría. Tú nunca entendiste muy bien mis teorías, ¿no es así, Albert?

—¿Tú harías eso, Mile? ¿Sólo para evitar que me casara con Elsa?

—No, Albert. Quédate con tu reputación, con tu genio y con tu Elsa. Yo no haría esto. Yo continué siendo una mujer comprensiva. Agraviada, despechada, pero comprensiva.

—¿Me perdonas, Mile?

—Tal vez con el tiempo, Albert ✖

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE FELIPE DE JESÚS HERNÁNDEZ RUBIO.





## La alegría

*La más honda verdad es la alegría.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ

¿De qué oscuro latido,  
en qué filamentos de luz  
nace la alegría?

¿Por qué aún en medio de las sombras  
surge, obstinada como flecha  
que la tormenta no desvía  
del blanco?

Recién nacida eterna,  
sus manos ávidas  
no se cansan de lo simple,  
de la tierra y su olor elemental,  
y ni el revés ni el golpe la destruyen.

No es necesario que llegue en medio  
de la novedad o el fuego,  
no desplaza mareas ni continentes  
pero mírala aquí, en el pico  
del gorrión que busca el pan de la mañana.

Hay alegría  
en el vértigo del sueño  
en las sombras de los árboles del patio  
en la serenidad de los encuentros merecidos.

Es una principiante la alegría,  
alzando en el aire sus pequeñas alas  
antes de que la razón las corte.

# Contra el amanecer

Héctor Hernández  
Montecinos

**Me interesó el planteamiento de Emanuele Coccia** que leí en una entrevista hoy. Ciertamente todo lo que está vivo en el planeta desciende de una sola especie, de unos pocos corpúsculos que en cierto momento hicieron un pliegue y comenzaron a mutar. La vida a la vez lucha por ser la misma siempre, por conservarse, pero también por expandirse. Un imperio y el capitalismo actúan de la misma manera. Y aquí ya hay algo que nos inquieta. Una flor y una galaxia, un banco y el fascismo nacen, se desarrollan, se expresan, se expanden, se transforman y mutan, ya sea como una forma de muerte o de resurrección distinta. ¿Por qué? ¿Es la vida imperialista? Lo más probable es que sea neutra, ni buena ni mala: sólo quiere sobrevivir como sistema y replicarse, que es lo que hemos hecho todas las especies vivas a lo largo de millones de años. La historia de la humanidad y de los virus en estos términos es prácticamente la misma. La transformación es la forma de sobrevivir, por más que se quiera pensar la evolución como competencia de las especies, y no. No compiten, colaboran. El asunto es bien sencillo, se evoluciona o se desaparece. La vida no escatimará recursos en abrirse paso por su propia subsistencia. El virus va de cuerpo en cuerpo transformando el espacio donde decide habitar sin que perezca y que le sea útil hasta el último momento. Sí, tal como el capitalismo. La paradoja con el coronavirus es que muere con jabón y aún no hay una vacuna que lo mate. Ese límite de su sobrevivencia es lo que tiene en vilo al planeta. ¿Qué quiere de nosotros? Nada más que un poco de material genético. ¿Falló la ciencia? Es probable, pero más bien falló el espíritu que le dio a la ciencia todo el poder que hoy tiene desde fines del siglo XVIII. Desde los estudios de los seres vivos se pasó a la biología, de las gramáticas generales se pasó a la filología y del estudio de las riquezas se pasó a la economía política, señala Foucault. Lo viviente está bajo revisión con el capitalismo como mentalidad que no es otra cosa que una economía de guerra. Lo vemos en las deudas millonarias que deben pagar quienes pueden salir con sus dos pies de los hospitales. La deuda como la cara del capital y el hambre como el sello. Por eso esa sola palabra proyectada en el corazón de la ciudad caló tanto: es la esencia del mercado. El que tiene hambre será siempre un consumidor, hambre de lo que sea, consumidor de lo que sea. El problema detrás de todo esto es el

lugar que le hemos dado a lo humano, al hecho de medir todo con la medida de ese hombre universal e infinito como si su vida fuera también universal e infinita. La mirada antropocéntrica resume el mundo al lenguaje con que podemos enunciarlo y ése es el límite contra el cual quiere definir su sobrevivencia. La naturaleza y la vida no son entidades sublimes ni bienintencionadas, sino que es justamente una red de fuerzas en constante entropía. No hay equilibrio sino pura sobrevivencia. La muerte para los humanos es el fin de su lenguaje, de poder recordar e imaginar, y de allí que toda la literatura sea el intento de que esa voz perdure un poco más que el cuerpo que la encarnó. Toda la poesía es un eco. Todos los muertos resuenan allí. Todas las especies, las que recordamos y las que podemos imaginar. La gran crisis es que nunca nos pensamos como especie, y cuando aparece un problema a su continuidad justamente lo que nos une es lo que siempre nos separó: el miedo. Coccia en la entrevista lo dice mejor y expone sin eufemismos nuestro gran error de creer que somos un cuerpo, una unidad, un sujeto. Dice: «Todos somos cuerpos que transportan una increíble cantidad de bacterias, virus, hongos y no humanos. Cien mil millones de bacterias de quinientas a mil especies se instalan en nosotros. Esto es diez veces más que la cantidad de células que componen nuestro cuerpo. En resumen, no somos un solo ser vivo sino una población, una especie de zoológico itinerante, una casa de fieras. Aun más profundamente, múltiples no humanos, comenzando con virus, han ayudado a dar forma al organismo humano, su forma, su estructura». Vuelvo a la poesía. ¿Qué podemos escribir cuando somos millones de cuerpos, subcuerpos, infracuerpos? Nuestras vidas personales y como homínidos son sólo segundos del planeta. Si desaparecemos ya vimos que todo mejora, pero nuestra lucha será por no morir porque es lo que harían las estrellas de mar y los ríos. Sabemos que todo terminará concentrado en un solo punto al término del Universo. Que finalmente todo eso que fue el *Big Bang* terminará sobre sí otra vez. Los aviones y las migas de pan serán lo mismo en ese momento terminal. Ya no habrá palabras y ni siquiera átomos. Ése es ciertamente el objetivo de la vida, que todo muera, para luego volver a empezar. En un microscopio o un telescopio la imagen que vemos acá no sabemos si es un nuevo virus o una nueva galaxia. Y de verdad no importa mucho saberlo porque son y serán lo mismo.

**Siempre hubo un algo en la ecología** que no me sonaba bien. Creo que es ese tono paternalista en vías de «protección», «conservación», etc. De hecho, las especies del reino vegetal y animal existen millones y millones de años antes que los humanos. Más bien, nosotros llegamos al último a depredar el macroecosistema, Gaia, pues de algún modo no somos «naturales» aquí. Nuestra aparición es forzada en la lógica natural de la evolución. La Naturaleza no es nuestro patrimonio, no es nuestra, no nos pertenece. Nosotros más bien somos parte de ella, una especie que fue acogida en su seno, adoptada. Incluso es probable que seamos el patrimonio de las bacterias, que ellas nos hayan creado para reproducirse y transportarse en serie, como señalan algunas teorías. O seamos un suplemento del reino *fungi* (hongos), al cual tanto le debemos, o del reino mineral. El ser humano es una interrupción en la evolución del planeta, de allí que la ecología no puede adscribirse a su rescate, pues los procesos y flujos vitales son mayores que los alcances humanos. Lo que son los virus y bacterias al cuerpo humano, somos nosotros a la Tierra. Quizá sea necesaria tanta devastación, quizá le estemos haciendo el trabajo a otra especie de vida que desconocemos. De más está decir que muchos de los intereses de la ecología están al servicio de las grandes empresas que hoy son las contaminantes. Vemos que el cambio de combustibles fósiles a electricidad, agua o luz está en manos de las mismas compañías. Lo mismo que los dispositivos que consumen menos luz o la comida *light*. El hecho de que McDonald's venda ensaladas nos muestra el interés económico del «negocio verde». La ecología es rara, gris, tiene un algo que no termina de convencerme. Y más ahora pensando en que quizá el gran invento humano haya sido el «efecto invernadero», digo el mayor logro como especie, nuestro éxito como civilización. Pues si llegara a haber un colapso en la Tierra tendríamos que ir y huir a Marte que está congelado, pero con el efecto invernadero de manera controlada ya podríamos calentar un planeta en menos de cincuenta años y sería nuestra salvación. La ecología aún es moral, ve lo bueno y lo malo en una perspectiva muy a corto plazo.

**Mi amigo Nicolás López-Pérez** en su *blog* tradujo «El hábitat del lenguaje: un manifiesto ecopoético», de James Engelhardt, y me interesó leerlo. Llevo casi dos décadas, desde que conocí a Guattari en la universidad, pensando en la ecología, la ecosofía: imaginando una ecológica. No obstante, el texto mismo me provoca varias distancias. De partida hay una suerte de enredo entre sus nociones de naturaleza y cultura. Ese empate moral de que una es buena y otra es mala es justamente la mirada del siglo XIX que funda las ciencias humanas teniendo como lo bueno lo bueno para el hombre. Ése es el contexto de todo lo que nos rodea como cultura escrita. Además hay una apología de la noción de «familia» que se corresponde con eso mismo sobre lo bueno, lo benéfico, lo beneficioso. Ese paso del consumo de una moral a una economía de producción es justamente uno de los puntos que incomodan. Lo utilitario de la naturaleza, de lo vivo sólo mediable a través de una lógica que el texto exige sin plantearlo de ese modo. La relación vida-lenguaje-trabajo es lo que cuestiona Foucault en *Las palabras y las cosas*, es decir, cómo el saber científico disciplinó esos conocimientos previos sobre lo existente, lo enunciable y lo vivible, respectivamente. Mi reparo general con el concepto de ecocrítica o ecopoesía pasa por ahí. No deja de ser una disciplina que se mide desde el lugar de lo humano, del hombre, que es lo que uno ve cuando el autor les llama «primos» a los animales, hermanos lejanos. No se deja de mirar desde afuera, desde otro lugar, desde donde justamente su capacidad de enunciar lo separa del resto de las formas-de-vida. Ése es el límite, creo yo, en que estos conceptos aplicados me hacen ruido, en esa fijación occidental con la escritura, en lo que debe ser el ecopoema. Lo *eco* es mucho más que lenguaje. De hecho, lo más interesante e importante de la relación con la naturaleza es, en efecto, lo que no es lenguaje. Hay una larguísima tradición de milenios de experiencias no escritas. En ese lugar previo al logocentrismo es que hay una potencia de imaginación interesante que un saber disciplinado por el logos no podrá entender o no querrá. El límite de nuestro mundo son las palabras. Ése pareciera ser el borde infranqueable del que no queremos salir, y creo que las experiencias *eco* son, en efecto, ese volver a habitarse en nuevos lenguajes que no son necesariamente escritura, un retorno de la oralidad que nunca se fue. Entiendo habitar como la no contradicción entre pensar y sentir. Uno habita una casa como habita en el lenguaje que es pensando y

como habita en el Cosmos que es sintiéndose parte de él. En su sentido de *oiko*, que es la unidad de medida que podemos justamente habitar: habitarse y sentirse/pensarse habitado como proceso de vida entre todas las demás. Quiero insistir con la figura de la casa como lo he hecho en mis libros, que son también una forma de casa, como la unidad de medida en que es posible el cuerpo y el cielo. Y de eso se trata todo esto. El mundo oriental lo tiene más que claro. Separar es el modo como Occidente entendió el conocimiento y vemos que es el origen y la lógica de toda violencia. Los griegos tenían el pensar como parte de un concepto mayor que era el preocuparse, cuidar, atender. Es lo que dice Pierre Hadot y luego lo repite el Foucault de las hermenéuticas del sujeto. No era conocerte a ti mismo sino ocúpate de ti, de tu entorno y del mundo. Dicho en palabras desde la poesía, sería un «hábitate» en los poemas y vive en ellos como ellos viven en ti. Esta mirada se fue perdiendo y nos quedamos con un logos criminal porque era más fácil culparlo a él que aceptar que el mal también puede acceder a la verdad. Lo *eco* recupera ese pensar no escindido porque es pensarse dentro de algo que sentimos. E, insisto, habitar es el verbo que da para ejercer una relación con los espacios, los lenguajes y el propio cuerpo como si fuera el de los demás. Desde Heidegger y antes incluso que la idea de habitar, funciona como metáfora para el ser. No obstante, creo que en ese límite de inteligibilidad es que por fin suspendemos un rato el antropocentrismo de configurar lo que nos rodea a la medida del discurso humano. El lenguaje es una tecnología y la ecocrítica pareciera haber descubierto un yacimiento de silencio al que habría que darle forma. De hecho, la idea de lo animal ya es cuestionable si pensamos en «lo viviente» como ese algo donde somos todas las formas-de-vida. No el *bíos*, que es humanizado, racional y enunciable, sino el *zoe*, que tenemos tan abandonado. Por eso me ponen nervioso estos conceptos de ecopoesía o ecocrítica. Me da la impresión de que quieren hacer del mundo un lugar enunciable y siento que la experiencia de la poesía es todo lo contrario. Hay que imaginar todo de nuevo. Estamos en el momento oportuno ✖

## Verónica Grossi

**Suspendido**

Me asomo a la orilla  
 columbro un abismo  
 mientras tanto  
 ella cuelga de una roca  
 un juego incomprensible  
 estiro la mano  
 el equilibrista transita  
 una y otra vez  
 de la punta filosa de la montaña  
 a la otra  
 la frente enhiesta  
 carga un cuadro  
 paso a paso  
 lentamente  
 midiendo con la punta de los dedos  
 el hilo  
 avanzar  
 el regreso  
 es el mismo  
 pero ahora lleva una silla  
 con los brazos entreabiertos  
 una y otra vez  
 de una punta a la otra  
 imposible discernir desde esa sima  
 vapores  
 musgos  
 un río al fondo  
 caracoles  
 ecos o más bien silencio  
 la transparencia de las aguas  
 el viaje  
 sucede  
 cada noche  
 hacia esas alturas  
 las piedras sostienen el camino  
 sin embargo



el peligro  
es despeñarse  
caer del hilo  
aunque la mirada busque conocer  
con la ligereza  
del ave  
vuelve  
el equilibrista  
sobre  
el acantilado  
sin mirar  
en sus caliginosas faldas  
celajes, colores y misterios.

---

### El tallo doblado sobre sí mismo

Ya no pude alcanzar  
con la mirada  
o el tacto  
esas modulaciones fugitivas  
incendiadas  
naranjas, rojos  
terciopelos delicados  
en las puntas  
las orillas desbordadas  
florecidas  
encajes transparentes  
con la delicadeza de la gracia hacia la luz  
ya no pude alcanzar  
con el tacto  
la mirada  
ese florecimiento giratorio  
enhiesto  
desfogado  
en una pirueta  
tenue  
hacia arriba

sinfonía escarlata  
cantos  
murmuraciones  
ya no pude alcanzar  
veo mi mano  
y en ella se transparentan  
las rugosidades  
de esos pétalos caídos  
ennegrecidos  
sucesivo hundimiento  
enroscada en su nada cada vez más nada  
busco con la mirada  
la tensión de la vida  
me encuentro  
con la opacidad  
en su caída gradual  
hacia el polvo  
destejiéndome  
cada momento  
las venas se aflojan  
como ríos agotados  
un erial  
duerme sin poder despertar  
la piel  
dormita incesantemente  
hacia el no ser  
como esos pétalos  
ya sin extensión  
confinados en sí mismos  
de tonos desvaídos  
púrpuras  
ya sin forma  
en el suelo  
el tallo  
doblado  
sobre sí mismo  
se entrega  
poco a poco  
a la desaparición.

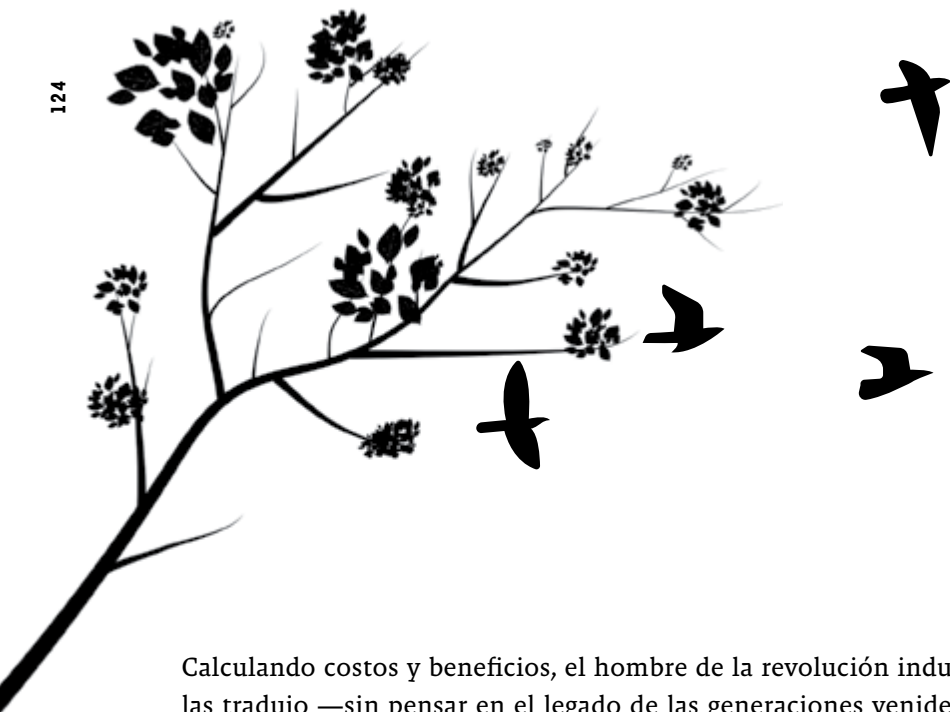


# *A contranatura*

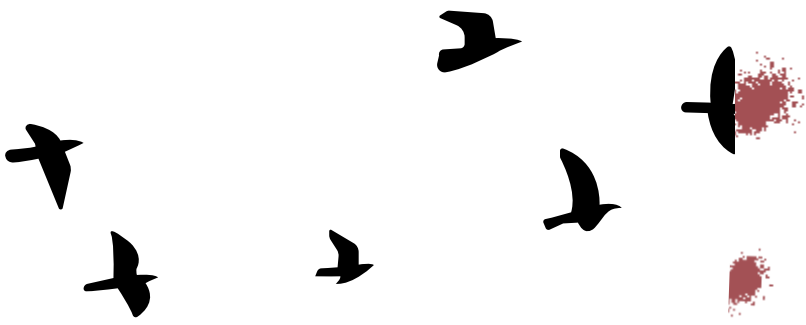
## Ernesto Lumbreras

**Mientras viví en Oaxaca**, habitando un departamento en la calle Macedonio Alcalá, provisto de un balcón que me permitía expiar las negras intenciones de la estatua del compositor Álvaro Carillo —dar serenata a mujeres casadas, por ejemplo—, frecuenté los jardines de la llamada Antequera novohispana. Me gustaba caminar, especialmente en horas de insomnio, por el Paseo de «El Llano», donde se cuenta que José María Morelos y Pavón habría plantado un fresno y un higo del valle —todavía sobrevivientes— durante su estancia en 1812. Hombre de luces, el insurgente mexicano estaba enterado de la iniciativa de la Asamblea Nacional, emanada de la Revolución francesa, de levantar un inédito contrato con la naturaleza en correspondencia con los nuevos tiempos de libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres. Otro remanso que procuré para mi desconexión del mundanal ruido, imitando al personaje del poema «Domingo en la mañana», de Wallace Stevens, sería el Jardín Etnobotánico del exconvento de Santo Domingo, una obra de rescate del patrimonio histórico y natural capitaneada por Francisco Toledo, Alejandro de Ávila y Luis Zárate; dicha iniciativa, llevada a buen puerto, se propuso reunir en poco más de dos hectáreas la mayor parte de la flora de la región, desde los cactus y las biznagas de la Mixteca a los pochotes y lluvias de oro de los Valles Centrales. Siglos antes, en este mismo espacio, los diligentes dominicos de los siglos XVI y XVII tuvieron un jardín y un huerto, interesados en conocer los sabores alimenticios y medicinales de los antiguos zapotecos y mixtecos.

Convivir y cultivar acaso son dos acciones que han desembocado en equívocos desastrosos e irreversibles para la naturaleza.



Calculando costos y beneficios, el hombre de la revolución industrial las tradujo —sin pensar en el legado de las generaciones venideras— como dominar, arrasar y explotar. El espíritu de los verbos conjugados por Morelos, en sintonía con los asambleístas franceses, y claro, con los dominicos oaxaqueños, con el pintor Toledo y sus compañeros de empresa, revela un sentimiento de comunión y de mutua dependencia entre los árboles y las plantas —los seres sedentarios y enraizados—, por una parte, y, por la otra, los animales y el hombre que van y vienen en sus faenas sin alejarse demasiado del ámbito común. Cavilo, en las coordenadas presentes, acerca de que el mito de la expulsión del Paraíso se ha resuelto en un permanente conflicto de culpa y añoranza. El saldo actual de esa batalla es de terror. Un dato macabro puede ser éste: la comunidad científica internacional ha concluido, casi de manera unánime, que tres de las últimas pandemias catastróficas a nivel mundial —la del VIH, la del ébola y la de la covid-19— están relacionadas con la devastación de amplios ecosistemas; ante la destrucción o afectación de sus hábitats naturales, múltiples especies han migrado a zonas rurales y urbanas, lo que ha facilitado el salto de enfermedades de animales a los humanos. Pese a tan funestas e imprevisibles consecuencias, los dueños de la producción y de la distribución de la riqueza planetaria —y sus cómplices hipócritas, los gobiernos nacionales— no han cambiado sustantivamente las formas y los sistemas de explotación de tierras, subsuelos y mares.



La naturaleza como espacio sagrado fue una condición sustantiva del movimiento romántico, especialmente en la escuela alemana y en la inglesa. Lamentablemente, aquella causa sería desestimada por sus nietos de comienzos del siglo xx, los insumisos artistas de las vanguardias. Para muchos rebeldes del *statu quo* cultural, la naturaleza encarnaba el cuerpo y el alma de una muchacha provinciana, bobalicona y mal vestida. La broma de Oscar Wilde respecto de que «la naturaleza debería imitar al arte» sirvió de pretexto para el argumento del *Pigmalión* de Bernard Shaw: convertir a una vulgar florista en una dama sofisticada. Por lo visto, el llamado del hombre moderno estuvo dado por los silbatos de las fábricas, de los buques y los ferrocarriles, por la metralla y las bombas en los campos bélicos, por el rugir de los motores y las calderas. Las serenas y gozosas reflexiones de Emerson y de Thoreau, surgidas de sus caminatas por el campo civilizado y de sus estancias en el bosque salvaje, parecen, en los oídos del hombre contemporáneo, las aburridas efusiones sentimentales de un abuelo taciturno y delirante. En la siguiente cita del primero de los escritores norteamericanos no puedo dejar de leer una sutil y afable reprimenda: «En presencia de la naturaleza, una amplia alegría embarga a los hombres a despecho de las tristezas reales. La naturaleza dice: Es mi criatura, y a pesar de todas sus impertinentes contrariedades, se alegrará conmigo». Pero no todo el mundo comparte esa sordera generalizada. En el contexto de la actual pandemia, el escepticismo de Byung-Chul Han, a contracorriente de la postura de Slavoj Žižek, vuelve a poner el dedo en la llaga respecto del incesante desastre ecológico sobre el cual el capitalismo salvaje —en su versión china, rusa, norteamericana o europea— no ha movido, ni moverá, su maquinaria política y financiera en aras de revertir la actual situación de tintes apocalípticos.



Entiendo que la realidad demográfica, siete mil millones de seres humanos, no favorece para marcar un cambio de timón o al menos disminuir la velocidad de la vida moderna. Después de la invención de la escritura y de la imprenta, la llegada de internet ha iniciado un tercer movimiento de reconfiguración en todos los órdenes de la actividad humana. Tal vez en la *paideia* que se está estructurando para esta nueva era —a destiempo y a trompicones—, la visión y el estatus de la naturaleza recobren para las nuevas generaciones su dimensión espiritual, estética y sagrada. La encrucijada de la civilización presente debe plantearse y remontarse bajo principios éticos, desterrando salidas de biología de superhombres, como las noveladas en *Un mundo feliz* (1932), de Aldous Huxley, o, más recientemente, en *Las partículas elementales* (1998), de Michel Houellebecq. La pesadilla del botón atómico que pasmó a la humanidad durante la guerra fría se torna —¿quién lo diría?— casi un ensueño respecto a las actuales amenazas que se ciernen sobre el planeta. Bueno, me corrijo, no sólo amenazas sino hechos consumados, calamidades brutales que han provocado hambrunas, enfermedades, migraciones multitudinarias y muertes masivas en numerosas regiones. ¿Tendremos tiempo, como civilización, para retomar el contrato natural propuesto en Francia a finales del siglo XVIII? ¿O sólo nos resta esperar, Robert Frost *dixit*, si el mundo terminará en fuego o en hielo? Ajeno a estos temores y disquisiciones, aumentando un gramo de optimismo, mujeres y hombres de todos los rincones cultivan un pequeño jardín o un huerto, atienden las necesidades de un bonsái plantado en una maceta, podan y abonan un rosal, pintan de cal el tronco de un limonero, combaten la plaga del moscón blanco que ataca la albahaca... La humanidad, ciertamente, puede contar con ellos. ¿Pecaré del idealismo más cursi y deleznable? La emergencia mundial agota su tiempo de prórroga. El leviatán postmoderno —elíjase el mote de la catástrofe— no tardará en derribar las puertas de nuestros búnkeres de confort ✖

# *La naturaleza no decidirá*

## Savita Singh

Un ave entra a mi cuarto  
está confundida  
era antes su espacio  
busca su nido.

Ahora ramitas destrozadas, desperdicios  
La preciosa naturaleza no hace nada  
sólo deja crecer más arbustos, más árboles

El compañero del ave entra también  
hace presión en la puerta del patio, pide justicia  
toca más fuerte ahora  
ciertamente era su espacio  
no hace mucho

### **Nature Will Not Decide**

A bird has entered my quarter / she's confused / It was her space back  
in time / Looking for her nest. / Now trashed, wasted twigs / Precious  
nature does nothing / Just grows more shrubs, more trees // The bird's  
mate has flown in too / pressing at the patio door, asking for justice

(Delhi, India). Autora de *The Story of an Indian Girl* (Authorspress, 2018).



Veo unas ramitas que quedan en el balcón;  
 en la ventana izquierda del estudio

Una resistencia se registra sin embargo

Escucho asombrosos ruidos cada día  
 de muchas aves;  
 están protestando,  
 no confundidas;  
 están golpeando el aire acondicionado  
 El cristal de la cocina se rompió hoy

sé quién lo hizo,  
 persistiré  
 en pensar cómo regresarles lo que es suyo

VERSIÓN DEL INGLÉS DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA.

---

/ now knocking hard / certain it was his space / not too long ago //  
 I see some twigs left in the balcony; / on the left side window of the  
 study // A resistance has been registered though // I hear stunning noi-  
 ses each day / of many birds; / they are protesting, / not confused; /  
 they are thrashing against the air conditioner / The glass in the kitchen  
 window broke today // know who has done it, / I am persisting / Thin-  
 king how to return what's theirs

## Un rincón de la Tierra

Me gustaría descansar  
 en un rincón de la Tierra  
 donde sólo  
 me visitaran el anonimato  
 y el vientre obstinado  
 de la vida.

Somos un obstáculo  
 de la luz del sol.  
 No, espera.  
 Explosiones que se purifican  
 en una pestaña.

La tierra cubre  
 todas las reliquias:  
 es lecho de una sed  
 permanente.  
 No me entregues  
 la ruina  
 de tu tránsito.

## Um canto da terra

Gostaria de repousar / num canto da terra / onde apenas / me visitassem o anonimato / e o ventre obstinado / da vida.

Somos uma complicação / da luz do sol. / Não, espera. / Explosões refinando-se / numa pestana.

A terra cobre / todas as relíquias: / é leito de uma sede / permanente. / Não me tragas / o destroço / da tua passagem.

Lo que llevo dentro de mí  
 son sobre todo cosas  
 a punto de derrumbarse.  
 Como un cimientito de lo efímero,  
 algo que germinó  
 bebiendo sombra.

La vida cortada al ras,  
 como una uña,  
 palpitando.  
 Allá afuera  
 sólo el demorado depósito  
 de los siglos.  
 Que tu cuerpo  
 oculte siempre  
 la penuria del mundo.

Queda poco,  
 llegados al fin del fingimiento.  
 Los días nos perforaron:  
 es evidente que estamos solos.  
 Lo que más quisimos guardar  
 fue lo que nos separó.

---

O que levo dentro de mim / são sobretudo coisas / prestes a desabar. /  
 Como um alicerce do efémero, / algo que germinou / bebendo sombra.

A vida cortada rente, / como uma unha, / a palpitar. / Lá fora / só o  
 demorado depósito / dos séculos. / Que o teu corpo / tape sempre / a  
 penúria do mundo.

Sobra pouco, / chegados ao fim do fingimento. / Os dias picotaram-nos:  
 / é evidente que estamos sós. / O que mais quisemos guardar / foi o que  
 nos isolou.

Nuestros viajes  
 serán discretas migraciones.  
 De la suavidad infantil  
 a la arruga de las páginas memorables.  
 En el papel del rostro, claro.  
 Y un solo punto final.

Cuelgo los ojos  
 de un diente de león  
 para extraer del día  
 un secreto panorámico.  
 Quiero ver lo que sólo la levedad  
 puede ver.

Las cosas perduran  
 porque se corrompen.  
 Si fallé  
 fue para seguir siendo.  
 Date cuenta: la belleza  
 es ver en los fragmentos.

---

As nossas viagens / serão discretas migrações. / Da lisura infantil / ao vinco das páginas memoráveis. / No papel do rosto, claro. / E um único ponto final.

Penduro os olhos / num dente-de-leão / para extrair do dia / um segredo panorâmico. / Quero ver o que só a leveza / pode ver.

As coisas perduram / porque se deturpam. / Se falhei / foi para continuar a ser. / Repara: a beleza / é ver nos cacos.

Llegaste tarde  
 a lo que querías proteger.  
 Aflicciones, rencores,  
 clausuras, victorias:  
 todo te alejó  
 de la floración del pasmo.

Lugares  
 por donde no pasaremos,  
 la primavera  
 selectiva del azar.  
 Un trazo, es lo que somos.  
 Y, a lo lejos,  
 el abismo de las cosas que no vimos.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO.

---

Chegaste tarde / ao que querias proteger. / Mágoas, rancores, / clausuras, vitórias: / tudo te afastou / da floração do pasmo.

Lugares / por onde não passaremos, / a primavera / selectiva do acaso. / Um recorte, é o que somos. / E, mais além, / o abismo das coisas que não vimos.

# Un espacio de revelaciones

## Silvia Eugenia Castellero

**Fue en el jardín de mi abuelo paterno**, Silvio (a quien, por cierto, debo mi nombre), donde vi por primera vez una flor. Era una rosa, amarilla, muy extraña porque tenía pétalos suaves y justo debajo unas espinas con las que me pinché el dedo. Un descubrimiento asombroso, ese como papel con vida, espléndido, fúlgido, esa flor tan frágil parecía venir de otro mundo, nada tenía que ver con los muros que circundaban el jardín ni con la misma tierra. Parecía haber salido de la nada. A un lado había otras de color rojo, rosa y blanco. Imaginé que eran seres mágicos como los chaneques, habitantes de las ceibas.

Desde entonces cada domingo visitaba las flores de la casa de mis abuelos. Había geranios, alcatraces, bromelias, obeliscos, azaleas, lirios, violetas, geranios, claveles, anturios y hasta tulipanes. Colores exóticos y, sobre todo, un mundo misterioso. Me atraía su mutismo y, a la vez, la luz que cada una tenía. Era una sinfonía como de papel cortado: formas, tonos, texturas. ¿Y cómo nacían? Ese misterio me sigue asombrando. Vi un tallo romper la tierra como si fuera un cascarón: rasgar un límite para sobrevivir. Luchaba ciegamente hasta que alcanzó la claridad, perdido en la ceguera del crecimiento de su raíz, a tientas supo —ese tallo— que tras la capa espesa y negra de tierra, encima de sus filamentos fragilísimos, estaba la intemperie y que ahí alcanzaría el sol.

El jardín se volvió un espacio de revelaciones. No se trataba del campo al que íbamos de vez en vez, donde la exuberancia y el desorden convivían; éste era un lugar cultivado, la naturaleza aquí se transfiguraba para dar un sentido a mis sentidos. Entre las flores organizadas me sentía acogida, acompañada, hasta comprendida. Parecía haber un equilibrio entre todos

los habitantes: flores, insectos, árboles, todo convergía en un movimiento perpetuo, todo se comunicaba y fluía una especie de viento purificador.

Fui descubriendo su naturaleza compleja, las plantas en su mutismo entablaban un diálogo con los insectos y los pájaros. Atadas a su sitio —sin locomoción alguna— fui percatándome de cómo las semillas, esos fragmentos tan insignificantes en apariencia, se iban lejos gracias a los animalillos que se las llevan dentro o fuera, y también pude verificar que las semillas que caían ahí mismo, junto a los tallos de su propia planta, casi siempre morían: descubrí entonces que una clave de la supervivencia es volar fuera del cobijo de los progenitores. Flores sabias que atraen con su néctar a mariposas, abejas, aves, para que su descendencia se desplace. Existen también semillas que son pequeñas espirales y, al viajar con el viento y volar, caen suavemente para no dañarse. Otras poseen una tecnología más conservadora y están dentro de una vaina, más protegidas pero menos aventureras. Algunas más forman esferas como de estambre y se van a buscar suerte en grupo, o, por el contrario, las microscópicas esporas. En este mundo que yo percibía escondido, encontré una maquinaria natural desarrollada, una cadencia de sistemas avanzados funcionando de manera rigurosa y puntual.

Muchos años después supe que ese jardín era todos los jardines, era el origen, la unidad primordial; era el paraíso. Permanecer me daba la sensación de cobijo y una armonía me rodeaba; a veces, cuando llegaba la noche antes de irnos a casa, veía desde ahí las estrellas y me parecía que estaban hechas del mismo material que las flores. Había entre ellas un diálogo —un pacto— y yo era el eslabón. Después, irnos significaba caer en una soledad sin fondo. Quería en mi imaginación construir ese cuerpo de la flor, hacerla crecer tal cual era en mi recuerdo, en mi experiencia recién vivida. El jardín restaura —dice Octavio Paz. Por ello no dejo de visitar, en la memoria, ese jardín de mi infancia. Las imágenes de las que está hecha nuestra memoria —según Giorgio Agamben— tienden de manera incesante a quedar fijadas como espectros y justo al recrearlas mediante el arte, se las restituye a la vida (*Ninfas*, Pre-Textos, 2010).

Además de picarme con las espinas de las rosas, fui descubriendo que donde hay luz también hay sombra: en ese jardín cultivado, había vegetación anómala y venenosa. En cierta ocasión toqué una flor llena de espinas minúsculas, era un atractivo bulbo rosáceo, cuando lo acaricié me di cuenta de que en realidad era una boca cerrada, me mordió y sangraron mis dedos; era una flor carnívora. También encontré, enredada entre los diferentes tallos, una planta muy verde de hojas ovaladas, la toqué y me quemó los dedos,

ocasionándome de inmediato una urticaria. Eran ortigas, de las plantas más agresivas por la sustancia ácida que desprenden. Paradójicamente, con grandes poderes medicinales.

En la Antigüedad se concebía el mundo vegetal y el cósmico con vasos comunicantes; la botánica fabulosa fue dotando a ciertas raíces con poderes divinos, como la mandrágora, casi animal porque grita cuando la arrancan (Borges), hechicera mayor entre las alucinógenas (Lizalde) y cuyos jugos han sido considerados a lo largo de milenios en páginas sagradas y literarias la sustancia idónea para adormilar las penas de amor. O la circea, la droga que Circe dio de beber a Odiseo en copa de oro para retenerlo en su poder. O la cicuta mayor (que no es raíz sino hierba), con la que se preparaba en Grecia el brebaje mortífero para los condenados a muerte y que Sócrates bebió frente a sus discípulos.

Los arios de la edad védica conocían el poder simbólico de las raíces, su empleo dio origen al arte mágico malévolo que conecta con el *mûlavat*: el monstruo, el ogro, y que en Occidente llamamos brujería. La mitología vegetal se basa entonces en los poderes divinos y diabólicos de las plantas, dando lugar a supersticiones tan antiguas como el espíritu humano. Los helenos veían en cada árbol una divinidad. Una de las formas más antiguas de Baco es donde aparece pintado en un jarrón su busto de dios imberbe y juvenil saliendo del follaje de un arbusto (Fr. Lenormant, *Dictionnaire des antiquités grecques et latines*). Más adelante éste se convertirá en la vid sagrada y el dios se irá transformando en Dionisos, adornado para su fiesta, coronado de pámpanos y hiedra, con una máscara, ropas que simulan su vestimenta, un altar y una mesa destinada para las ofrendas y libaciones.

En su *Tratado de las ninfas, sirenas, pigmeos y otros seres* (1566), el médico renacentista Paracelso afirma que el ser humano, o lo que él llama la generación de Adán, es de una naturaleza mixta, por un lado formado por la tierra, lo tangible y material, y por el otro por lo invisible, espiritual y sutil. Eduardo Lizalde agrega que «Entre los vegetales que habitaron la tierra varios miles de millones de años antes que las especies zoológicas, se encuentra seguramente el verdadero eslabón perdido del género humano, y no entre los arcaicos antropoides como creía Darwin» (*Manual de flora fantástica*, Cal y Arena, 1997). Y en ese tránsito de organismos inmóviles a máquinas verdes y perfectas, enloquecieron y enfermaron, tal cual aparecen en el jardín de Rappaccini, donde las bellas plantas y flores —bajo el manto de belleza y efluvios llenos de perfumes— envenenan a quien las aspira y toca (Octavio Paz, *La hija de Rappaccini*, 1956).



Fray Bernardino de Sahagún, en el *Códice Florentino*, describe cientos de hierbas y plantas mexicanas alucinógenas que existían en el México prehispánico. El peyote (tan caro a Antonin Artaud cuando vivió en la Sierra Tarahumara), utilizado por los chamanes huicholes para ver y modificar durante los estados visionarios la otra realidad que se halla en los fenómenos de este mundo. El toloache, que servía para enloquecer de amor a una persona. El hongo sagrado mexicano, llamado por los aztecas *teonanácatl*, que significa «carne de los dioses», y lo ingerían en las ceremonias.

El soma, antiguo narcótico divino de la India, no es un mediador sagrado como todos los demás, es un dios, pues se creía que beberlo confería la inmortalidad. Similar a la ambrosía griega, este néctar de la inmortalidad es lo que los dioses beben y es lo que los vuelve dioses. El mismo que utilizará siglos después Aldous Huxley en su novela *Un mundo feliz* (1932) para determinar el soma como una droga en tabletas que se ingería diaria y reglamentariamente para prevenir depresión, inadaptación personal, inquietud social y difusión de ideas subversivas.

En la Modernidad las drogas fueron clasificadas por Albert Hofmann en analgésicos y eufóricos como opio y cocaína, tranquilizantes como la reserpina, hipnóticos como la kava-kava y alucinógenos o psicodélicos como el peyote, la marihuana y otros.

Pero volvamos a las flores: entre ellas, la supremacía real suele concederse a la rosa. Ya citada en la Biblia y cultivada desde tiempos muy antiguos, civilizaciones diversas, creencias, religiones e ideologías han utilizado su imagen. Proviene de Persia, desde donde se extendió, a través de Mesopotamia, a Palestina, Asia Menor y Grecia. Se impuso sobre la flor del loto egipcio y el narciso griego. En Roma, las rosas rojas se consagraban a Venus y la fiesta de las rosas, las rosalías, formaban parte de las ceremonias ligadas al culto de los muertos.

La rosa blanca y la rosa roja son los nombres que se dan en la alquimia a las tinturas lunar y solar. En el *Diccionario de símbolos* (Siruela, 1997), escribe Juan Eduardo Cirlot: «La rosa única es, esencialmente, un símbolo de finalidad, de logro absoluto y de perfección». La rosa, esa diminuta pieza extraordinaria: «¡Ave rosas, estrellas solemnes! [...] Solitarias, divinas y graves, / sollozad, pues sois flores de amor, / sollozad por los niños que os cortan, / sollozad por ser alma y ser flor, / sollozad por los malos poetas / que no os pueden cantar con dolor, / sollozad por la luna que os ama, / sollozad por tanto corazón / como en sombra os escucha callado, / y también sollozad por mi amor» (Federico García Lorca, *La oración de las rosas*, fragmentos, 1918) ✘



# Flavia Garione

## ¿Hasta cuándo viviré bajo el gobierno de los instintos?

No pude conectar con la naturaleza  
exuberante, amazónica  
que tantas fantasías produce.  
Una maqueta, un escenario  
en el que sacaban fotos  
y más fotos  
para después subir a internet,  
el aire denso, las plantas dan calor.  
Cualquiera se saca una foto con las palmeras,  
no es un talento.  
Un paraíso transporta la basura de millones  
al océano,  
islas de botellas plásticas  
corales de latas y bolsitas.  
Por otro lado, amo lo real:  
esta mujer en silla de ruedas  
que tiene gatos atados a su silla  
gatos negros y salvajes.

—Wey, ¿faltará mucho para llegar a la tienda?

—No es mi culpa que haya embotellamiento.

—Nunca dije que fuera tu culpa. Te pregunté, wey, ¿faltará mucho para llegar a la tienda?

—Revísalo en Google Maps si tanto te urge.

# Los osos que aprendieron a hacer fuego

Martín García López

—**Sólo era una pregunta, wey**, no es para que te pongas así.

—Así cómo.

—Así como te pones cuando te pido un pinche favor y parece que haces un puto sacrificio.

—¿Un sacrificio?... ¿Sabes lo que le pasó a uno de los osos que tanto te gustan?

—No, ¿me la harás de pedo por eso?

—Uno de esos osos se suicidó en la playa.

—¿Qué raza era?

—¿Eso importa?

—Ay, wey, así sabré si lo estás inventando sólo para molestar-me o si neto se murió un oso.

—No se murió, se suicidó.

—¿Qué raza era el oso que se murió?

—Era un oso polar... Busca en YouTube: Oso se suicida.

—Si es neto, no lo sigo en Instagram.

—Bueno, pero es un oso y se suicidó. Si no me crees, mira el video.

—A ver... verga... debe de ser *fake*, no leí nada de esto en Reddit.

—Es reciente, sucedió en la mañana.

—¿Y tú cómo sabes?

—Me salen los videos de tus osos porque compartimos YouTube Premium como compartíamos el perro.

—Verga... ¿Por qué nadie lo impidió? ¿Por qué lo grabaron?

—Ya sabes, desde que los osos aprendieron a hacer fuego, todo lo que hacen es un espectáculo.

—Wey, pobre oso, se mete al agua tan desganado.

—¿Y tú cómo sabes cómo se mete un oso al agua?

—Por Alexander, wey. Aún te acuerdas de él, ¿no?

—Te dije que compartíamos perro, obviamente me acuerdo de él.

—Qué culero eres, pero sí, Alexander se ponía bien contento con el agua.

—Alexander no siempre se ponía contento con el agua. No le gustaba cuando lo bañábamos, sólo cuando lo llevábamos a la playa.

—¿Por qué pinches me ajeras? Sólo porque recuerdo a nuestro perro...

—No, es porque no entiendes que hay animales que le temen al agua. ¿Sabías que los monos no salen de sus islas porque saben que se pueden ahogar? Prefieren morir de hambre que ahogados.

—Pues wey, por eso los osos evolucionaron antes que los putos monos. No le tenían miedo al pinche fuego ni a la pinche agua.

—Pues a algo le temía ese oso. Si no, ¿por qué se suicidó?

—No sabes si le tenía miedo a algo o no, sólo se metió al agua y ya. A lo mejor ni se murió, a lo mejor sólo nadó y salió por otro lado de la playa.

—Hallaron el cadáver.

—Wey, te encanta molestarte y más con lo de los pinches osos.

—Qué bueno que al fin los llamaste pinches.

—Wey, ese oso no es un pinche. A lo mejor se metió a nadar y lo jalaron las olas y se murió por eso, no putas sabes, no estabas ahí, no lo grabaste, ni siquiera intentaste salvarlo. Era un animal, los animales no se quieren morir, está en su instinto vivir.

—Los osos aprendieron a hacer fuego, eso no estaba en su instinto.

—Putra madre, es por Alexander, ¿no?

—No.

—Está bien, wey, el oso se suicidó, ¿feliz?

—No.

—Ya nada te gusta, chinacos... Wey, ya no te aguanto.

—Si supieras manejar, no tendrías que aguantarme.

—Sí, es por pinches Alexander. Ya bájame aquí y camino a la pinche tienda.

—No llames pinche a mi perro y no te voy a bajar.

—Wey, cállate el hocico, tú sacrificaste a Alexander, así que bájame.

—...Me da miedo que te pase algo.

—Qué, wey, ¿que me pase qué? Ya dilo.

—...La ciudad es peligrosa, hace unos días mataron a un niño por sus tenis y lo hallaron en un baldío.

—¿Cómo sabes que era por sus tenis? A lo mejor vendía drogas y debía dinero y por eso lo mataron.

—Eso decía en las noticias, Niño muere por sus tenis.

—Neto, te crees todo lo que dice el pinche internet: Un oso se suicida...

—No puedo creer que volvamos con los osos, no puedo creer que te importen más los animales que un niño.

—Wey, ese oso aprendió a hacer fuego. ¿Un niño qué aprende a hacer?

—Aunque sea el niño no se intentó suicidar.

—Pues tú eres un pinche asesino.

—¡Pues puta madre! Si supieras conducir, hubieras llevado a Alexander al veterinario en lugar de estar esperándome.

—Yo quería más a ese perro que a ti, wey.

—No, tú quieres más a esos osos que a ti.

—Esos pinches osos me mantienen con vida, a ti ya nada te mantiene con nada.

—Qué importa eso. La única verdad es que los osos aprendieron a hacer fuego y uno de ellos se suicidó ✖



# Re- sur reç ción

Alejandro Badillo

(Ciudad de México, 1977). Autor de *Efectos secundarios* (Paraíso Perdido, 2018).



# UNO

Había una vez, en un gran edificio, una colonia de cucarachas. Marrones y brillantes patrullaban las cañerías de la ciudad. ¿Su número? Muchas, tal vez miles. Quizás una cifra aun mayor. Las cucarachas vibraban en pequeños terremotos y se metían en todos lados. Sus cuerpos eran tan flexibles que parecían hechos de éter. Se deslizaban, casi líquidas, por los tubos que transportaban fluidos de todo tipo. No se sabe cuándo colonizaron el edificio. Lo cierto es que parecía que siempre habían estado ahí, como antenudos fantasmas, cuchicheantes y diminutos granujas.

Quizás el elemento clave para que las cucarachas salieran en desordenados batallones no era la búsqueda de alimento. Era el calor en el ambiente. Un calor que pudría el vientre de las frutas. Un calor que maduraba las ideas hasta volverlas impracticables. El calor, en resumen, afilaba el perfil de los perros callejeros, le ponía estática al vuelo de las moscas. Hubertus Matthius, eminente entomólogo del siglo XVII, afirmaba que los cuerpos de las cucarachas dependen de un frágil equilibrio térmico. Buscan, enfebrecidas, el punto medio. Meditan, estoicas, sus decisiones. Cuando sueñan, se internan en la temperatura de la tierra y piensan que sus largas antenas se enredan en las raíces de los arbustos. Quizás imaginan que la lluvia menguará el calor en su mundo subterráneo y así no tendrán que medrar entre platos sucios y restos húmedos de comida. En varios lugares del mundo se conservan minuciosos dibujos —incluso daguerrotipos experimentales— que exploran la cartografía de estos insectos: las patas con espolones, el caparazón cuyas múltiples partes dejan el espacio suficiente para que queden en libertad las finísimas alas. Sin embargo, escondido en las imágenes, hay un corazón que late, una oscura granada del tamaño de la cabeza de un alfiler. Ahí, en los vericuetos microscópicos, en las venas que emiten pulsos nerviosos, anida el gen de la plaga, de los tormentos bíblicos, de la suciedad, de la molestia reptante por los muros, por las tuberías y, acaso, en la madrugada profunda, hay una voz que dice: escuché algo, ¿no has oído?, ¿qué?, algo está cerca de la ventana, puedo ver una mancha oscura en el rincón, no puede ser, no veo nada, déjame dormir, de verdad, hay algo por ahí, ¿no será un bicho?, voy a echar un vistazo, espera, voy yo, cierra los ojos porque prenderé la luz... ¿qué pasó?, pásame mi pantufla, ¿qué es?, pásamela, y viene el golpe definitivo. Silencio.

## Dos De aquel verano queda el

recuerdo de una ciudad sometida a una densa oleada de calor. Las siluetas de los edificios se fundían en el resplandor de las mañanas. Los ojos ciegos de las ventanas parecían potenciar los rayos del sol. El asfalto estaba pulido como un espejo oscuro. El sudor entorpecía los movimientos de millones de ciudadanos. Las cucarachas empezaron a salir de las tuberías del edificio. Parecían tímidas viajeras, temerosas en pleno desembarco, oteando un horizonte desconocido. Ahí iban, cucaracha tras cucaracha, internándose en recovecos, esquinas salobres, sombras que crecían conforme avanzaba la tarde. Los habitantes del edificio intentaron varias estrategias para deshacerse de ellas. Cuando fracasaron insecticidas y trampas caseras, decidieron llamar a una empresa de fumigación. Llegó una camioneta con cinco hombres vestidos con uniformes azules. Parecían pilotos de carreras. Se repartieron por los pasillos y ubicaron los registros del drenaje. Luego metieron una máquina parecida a una pequeña aspiradora que soltó a presión un líquido verdoso. Los vecinos se hicieron a un lado. Un olor salobre ascendió y trepó por las paredes del primer piso. Después de cobrar, los hombres dijeron que verían, en las siguientes horas, a algunas cucarachas deambulando en el primer piso y en el recibidor. No habría que preocuparse: ellas estaban impregnadas de una sustancia que paralizaba su sistema nervioso. Dijeron que era el método más efectivo para eliminar a las cucarachas americanas, variedad común en la zona, que salían en la temporada del calor. Los vecinos escuchaban atentos, como si conocer esa información fuera vital para acabar de una vez por todas con el bicherío. En la noche se cumplieron los pronósticos: una decena de cucarachas, acaso los primeros exploradores nocturnos, contagiadas de calor y del veneno verdoso que impregnaba el fuselaje de sus alas, salieron a morir en el recibidor. Dicen que los vecinos del primer piso —un par de familias— escucharon ruidos toda la madrugada. Eran como susurros. Eran llamados a la muerte. Alguien preguntó, tiempo después: ¿cómo se puede percibir el transitar de una cucaracha moribunda? Dicen que alguien soñó con los detalles de las decenas de muertes que ocurrieron esa noche: vientres oscurecidos y temblorosos; patas encogidas, antenas dislocadas reptando en busca de una última luz. Otros soñaron que las cucarachas, en un último intento de sobrevivencia, comenzaban a ascender por las tuberías. So-

ñaron que salían, en lento goteo, de las coladeras que servían para desahogar el agua de lluvia. Después entraban secretamente, en calculadas legiones, bajo el quicio de las puertas para atormentar a sus moradores.

## TRES Al día siguiente, la vecina

del departamento 6, solitaria habitante del noveno piso, bajó al recibidor para revisar la correspondencia que se acumulaba bajo las cajas de los registros eléctricos. Lo hacía todas las mañanas y cuando regresaba del trabajo. Removía con los pies los papeles amarillentos y cubiertos de polvo. Después de su exploración recogía un par de cartas que, probablemente, no le correspondían. La mujer había estado al tanto de la fumigación. La mañana aún no caldeaba el ambiente. Por eso dedicó un par de minutos a observar las cartas en el piso. Iba a agacharse para tomar una cuando miró una cucaracha. El insecto, patas arriba, mostraba su vientre y las largas antenas que, acaso, habían intuido un último escape antes de la muerte. Quizás había sido la última en morir. Quizá las demás ya habían sido barridas por un vecino diligente y sólo quedaba ésa, inútil trofeo para los que salían rumbo a su trabajo o a dejar a sus niños a la escuela. La mujer trató de imaginar todas las posibilidades. Había intentado acostumbrarse a las cucarachas. Desde su llegada al edificio había visto deambular a algunas, pero con el aumento del calor los encuentros eran cada vez más frecuentes. A veces un vecino descubría alguna y trataba de eliminarla lo más pronto posible. El animal, quizás advertido por la sombra de su victimario, se movía rápidamente hasta llegar a algún hueco inaccesible. Ahí estaba, paciente y medrosa, esperando a que pasara el peligro.

La mujer decidió, por el momento, no recoger ninguna carta. Separó un poco las piernas y se arregló un poco el cabello mientras decidía si lo que sentía era desazón o asco. Se preguntó qué habría pasado si, en el afán de mirar los papeles en el piso, hubiera pisado por accidente a la cucaracha. Llegó a su cabeza, en una fugaz oleada, el crujido que rompería el silencio del recibidor. También, con el sonido, la explosión en pequeña escala de cada órgano del animal. Una reacción en cadena que generaría detonaciones líquidas, cartílagos comprimidos, arquitecturas resquebrajadas. El bicho muerto estaría ahí, disgregándose, convirtiéndose en un rompecabezas. Sintió escalofríos.

Estuvo un rato meditando si debería empujar a la cucaracha para sacarla de su punto de observación o dominar el asco y revisar los papeles en el piso. Le molestaba pensar que algún vecino pudiera sorprenderla en esa disyuntiva. Quizás alguien la había visto en el recibidor mientras se ponía en cuclillas y trataba de escoger alguna carta abandonada. La mente de la mujer se saturó y dejó el asunto por la paz. Regresaría más tarde. Dio media vuelta y caminó rumbo al elevador. Cuando las puertas metálicas se cerraron, la cucaracha comenzó a sacudirse. Era como si estuviera sometida a diminutas y persistentes descargas eléctricas. Las patas temblaron con frenesí y, un instante después, como si fuera un juguete que recupera milagrosamente la energía, se volteó de un solo impulso. El animal se desprezó y, con precisos movimientos, articuló la armadura exterior, comprobando que todo seguía en orden después del letargo. Enfiló a paso veloz, con una convicción casi inteligente, a las puertas del elevador. Un leve viento se coló y agitó, como hojas recién caídas, las cartas.

## CUATRO La mujer entró a

su departamento y miró la desolación de su sala. Los dos sillones de terciopelo parecían más viejos en las mañanas. Se acercó a una esquina y conectó el ventilador, que empezó, trabajoso, su rutina. Las aspas de plástico removían el ámbito caliente. Eran una mano ciega agitando los restos de un incendio. Necesitaba más aire, así que fue por una revista para abanicarse el rostro. Sentía que el camión se le pegaba a la espalda. El año entrante sería peor. Cada año el mundo ardía un poco más. Cada amanecer en el calendario era un paso más hacia el desastre. El tinte rojizo de sus cabellos no podía ocultar las raíces blancas. Estuvo un rato sin pensar en nada, atenta a los estímulos exteriores. Escuchó los ruidos del departamento de arriba. Arrastraban una silla y, aguzando un poco el oído, se podía escuchar a alguien, impaciente, sintonizando canales en la televisión. Sentía hormigueos en las manos. Se había hecho una limonada y le había puesto los últimos cubos de hielo disponibles en el congelador. El frío del vaso en la palma de su mano la reconciliaba con el mundo. Recordó que alguna vez había sido una mujer casada. Después fue una mujer sola porque su esposo había desaparecido un verano de hacía varios años. Intentaba recordar la fecha exacta pero se le escapaba de la memoria. Segura-

mente estaba en los oficios de la policía cuyas investigaciones no dieron ningún resultado. ¿Debería ir al último cajón de su escritorio y sacar el papel foliado, repleto de numerosos sellos, para saber el día en el que ya no lo volvió a ver? El resultado, de cualquier forma, era el mismo. Por eso prefería recordarlo inspeccionando cada espacio del departamento, acomodando las tazas para el café en un pequeño mueble de madera clara, limpiando una esfera de cristal llena de un líquido azul, con un barquito en su interior. La base decía: «Recuerdo de Acapulco». Era el único viaje que habían hecho antes de que lo despidieran de la fábrica. Él no aceptaba con facilidad la derrota. Intentó buscar empleo y, cada vez que regresaba, desesperanzado, al departamento, le daba un beso en la mejilla, iba a la esfera de cristal y la miraba largo tiempo. Su reflejo, entonces, parecía redimirlo, transportarlo a una mejor época. Ella estaba segura de que la observaba en las madrugadas, mientras le daba la espalda y la oscuridad parecía un légame silencioso. En aquellas ocasiones fingía un sueño profundo mientras sentía cómo él contenía la respiración y exploraba en silencio sus hombros, la línea de su cuello, los cabellos desordenados en la almohada. Lo que no sabía era que, un poco después, procurando no despertarla, se calzaba las pantuflas e iba a la sala. Agitaba la esfera de cristal para que el barquito navegara en un mar repleto de brillantina y peces de colores. Ella nunca volvió a Acapulco, ni a ninguna playa. Sin embargo parecía que aquel recuerdo, comprado en una tienda abandonada, apenas visible para los turistas, mantenía al departamento en una sola estación, una órbita calurosa que persistía sin importar la época del año. En Navidad, cuando decoraba la sala para ella sola, sentía leves bocanadas de calor colándose por las ventanas, como si aún fuera junio. Entonces tenía la certeza de que la presencia de él era indisoluble al verano. Eran eventos similares. Ese misterio la dejaba aun más sola, naufragando en un montón de preguntas, imaginando cualquier cosa que justificara por qué él ya no había vuelto. En lugar de pensar en su muerte, si su cuerpo estaba en una fosa común, si una cadena de confusiones desastrosas habían vuelto imposible la identificación de su cadáver o si, en realidad, ella no se había esforzado lo suficiente para encontrarlo, prefería contemplar la posibilidad —que ganaba fuerza mientras pasaban los años— de que él hubiera decidido desaparecer, buscar una nueva vida en la que ella fuera un rastro borrándose lentamente. Por estas razones la fecha no era im-

portante. Era sólo un número, algo para celebrar con íntima vergüenza, con una nostalgia que, en el futuro, se transformaría en un sentimiento inasible. Entonces se dedicó a reconstruir las últimas horas con él. Recordó que había llegado del trabajo un poco antes de las 11 de la noche. La saludó con un lacónico «¿Cómo estás?» y se sentó en uno de los sillones. Ahí, mientras tomaba aire, le dijo que el elevador del edificio lo había dejado atrapado por unos minutos. A la distancia de días y meses casi podía ver, de nuevo, el gesto de fastidio, la frente sudorosa y los ojos cansados. Él le explicó que el calor había aumentado mientras esperaba que alguien se diera cuenta de su situación. Había intentado hablar por el teléfono celular pero estaba sin carga. A veces el elevador era víctima de los apagones o, simplemente, fallaba por razones que nadie conocía. Era como si tuviera inteligencia propia y pusiera a prueba a cierto tipo de personas, acaso los que aparentaban poca seguridad al abordar. Si la falla era eléctrica habría que esperar a que alguien llamara a la compañía de luz y que la electricidad echara a andar los vetustos mecanismos, las poleas desgastadas, los números rojos que a veces no prendían. Su esposo le dijo que esperó hasta que, de pronto, las puertas se abrieron. Mientras buscaba algo en el refrigerador para cenar se reprochó no haber cargado el celular antes de salir al trabajo. Ella asentía a cada una de sus palabras, sabedora de que necesitaba desahogarse. Más tarde, en la cama, antes de dormir, él continuó con la historia y le dijo que el calor le había obligado a quitarse la camisa. Unos minutos más y habría comenzado a deshidratarse. Parecía que, a pesar de estar a salvo, esos minutos en el elevador le habían cambiado la vida. Sin embargo, en ese momento, cuando el noticiario estaba a punto de terminar y el ventilador les lanzaba leves rachas de aire tibio a la cara, ella no pudo percibir la importancia del acontecimiento. Él era obsesivo con los detalles y le daba muchas vueltas a un asunto. A ella, ese combate, esa manera de repensar, una y otra vez, sus decisiones, le parecía intrascendente, una pérdida de tiempo. Por eso optó por dejar que hablara mientras ella asentía con la cabeza y lanzaba uno que otro monosílabo. Quizá le deseó buenas noches o se quedó en silencio, como si las palabras pesaran en su boca y se anclaran en algún punto de su lengua para no salir más. En el esforzado recuerdo que, desde entonces, trató de revivir, él miraba la ventana y su expresión era la de un hombre triste, agobiado por algo que ni siquiera podía entender a cabalidad. ¿Ahora

tendría canas? Si seguía vivo quizá tendría la espalda encorvada, dolor en las rodillas. Tal vez ingería medicamentos para la presión alta. La noche de la desaparición el sueño la fue venciendo. Sólo escuchaba su voz grave, el matiz monótono con el que siempre le hablaba. La presencia de él se reducía a un eco. Le había llamado la atención su voz cuando lo conoció en un restaurante que ya no existía. Era confortable, segura. Tiempo después, al recordar aquellos últimos segundos en los que pudo percibir su cuerpo a unos centímetros de ella, pensó que no debía concentrarse en la voz sino en las palabras, porque cada una de ellas encerraba un discurso oculto, una llamada de auxilio, tal vez una declaración de principios o una confesión de culpa. Sin embargo, aún no podía explorar los límites improbables de las palabras y volvía a hundirse en los movimientos de él, en las inflexiones de voz, en la cadencia de los pestañeos o en la mirada que interrogaba al televisor apagado. A veces creía que él seguía en el elevador o, incluso, en la calle, deambulando, mirando la luz de la ventana, esperando que ella se asomara. Había semanas en que todas sus suposiciones le parecían tonterías. Después de haberse quedado sola las cucarachas comenzaron a ser más frecuentes en el edificio. El calor aumentó. En la ciudad había una sensación de falsa tranquilidad, como si estuviera a punto de ocurrir una tragedia imprevisible. A veces los vecinos encontraban varias cucarachas muertas, amontonadas en la puerta principal del edificio. La mañana posterior a la desaparición de su esposo había despertado más tarde que de costumbre. Tenía la boca pegajosa. Miró a su lado derecho y no lo encontró. En las sábanas apenas había una leve huella de él, arrugas que pronto se desvanecieron. Pensó que había salido a comprar fruta para el desayuno, pero nunca volvió.

## CINCO Había una vez una

mujer cuyo esposo había desaparecido. La mujer, desde entonces, odiaba los veranos. Había pensado en huir de la ciudad, pero la ataba su trabajo como secretaria en un consultorio. Después de la desaparición había sobrevivido un par de semanas con sus ahorros. Era maestra de inglés pero desde hacía tiempo estaba desempleada. Una vecina le recomendó visitar a un amigo médico que necesitaba ayuda en su consultorio. Era eso o seguir mandando solicitudes que nadie contestaba. Ahora tenía la compañía de papeles, recetas, citas, agen-

das, pendientes. También, muchas preguntas: ¿A qué hora está disponible el doctor?, ¿Puedo pagar con tarjeta de crédito?, ¿Dónde puedo conseguir esta medicina? Espere, tengo una llamada. ¿Tiene cita? El doctor no puede atenderlo ahora. ¿Dónde está el baño? En las noches, después de cerrar el consultorio, se ponía una gabardina y tomaba un camión que la dejaba a una calle del edificio. A veces se detenía en la calle y esperaba varios minutos. Recorría con la mirada las siluetas que se movían en un parque cercano. No podía evitarlo y pensaba que él andaba por ahí, perdido entre la gente, quizá sentado en una banca, mirando las luces brillantes de los edificios, ajeno a todo porque había perdido la memoria y sólo podía estar ahí, sin pedir ayuda, sin irse a otra parte. Pero conforme esa idea se desarrollaba perdía fuerza y le parecía inverosímil. Entonces, decepcionada y aliviada al mismo tiempo, se dirigía a la puerta principal del edificio. En el recibidor, antes de dirigirse al fondo del pasillo, revisaba las cartas que se acumulaban bajo los medidores de luz. El edificio concentraba el calor de la calle. Era como una gran caja en donde resonaba la ciudad, donde dejaba sus latidos inmensos y oscuros. Había de todo: pagos atrasados de tarjetas de crédito, publicidad de una pizzería, propaganda política, el anuncio de una vidente que aseguraba recuperar los amores perdidos. Una vez, mientras recogía el recibo de luz que correspondía a su departamento, miró los demás papeles abandonados. Recorrió de un vistazo los membretes de los demás sobres y trató de imaginar a quiénes pertenecían. En uno de ellos —de color amarillo— creyó reconocer el nombre de ella escrito a mano. Quizá se estaba volviendo loca. Quizás estaba vivo y, como había pensado en un inicio, por alguna razón no podía regresar al departamento. Nadie sospecharía de una carta olvidada, confundida entre propaganda, estados de cuenta intrascendentes, algunos de inquilinos que ya no habitaban el edificio. Era una manera de evadir a sus supuestos captadores. Su mente se colapsó. La emoción fue tanta que recogió el sobre de un solo impulso y volvió rápidamente al elevador. No quería que alguien atestiguará su lectura. No quiso leer ni comprobar nada hasta que estuviera en el departamento. Una vez allí se dirigió a la recámara y, sentada en una silla de madera, frente a un espejo ovalado en el que se miraba para maquillarse todas las mañanas, contempló de nuevo el sobre y su nombre escrito con bolígrafo color rojo. Sintió un abismo en el estómago cuando desplegó el mensaje y descubrió que era para una



mujer con su mismo nombre. En el papel le avisaban, entre otras cosas, que pasarían por un depósito en efectivo esa misma tarde. A pesar de la decepción, a partir de ese día, comenzó a mirar detenidamente la correspondencia. Con el tiempo fue llevándose cartas que no eran para ella. Iba a su departamento, se sentaba en la silla de madera, se miraba en el espejo ovalado y abría con cuidado el sobre, como si estuviera dispuesta a regresarlo intacto para así no despertar sospechas. Después, sin ninguna prisa, casi mecánicamente, leía alguna amenaza de un despacho de cobranza hacia un inquilino moroso con los pagos de su tarjeta de crédito. Leía avisos de desalojo. Leía estados de cuenta bancarios y trataba de descifrar, con base en los retiros de efectivo y los lugares donde se habían hecho, las costumbres de los propietarios. Lo que más le interesaba era la correspondencia que contenía mensajes personales. Pensaba que, tarde o temprano, encontraría uno de él. Una vez, en la tarde solitaria, mientras el aire acondicionado del consultorio mantenía a raya el calor, le comentó a un paciente sobre la desaparición de la correspondencia tradicional. «Ahora todo es en computadora», le dijo. El paciente asintió en silencio, más preocupado por el diagnóstico de su enfermedad que por las disquisiciones de una desconocida. Pronto comenzó a revisar dos veces la correspondencia: en las mañanas y al regreso del trabajo. También entraba, cada vez que podía, a su correo electrónico.

## SEIS **Esa mañana,** después de mi-

rar a la cucaracha bajo la correspondencia, sintió que, desde hacía mucho, habitaba los rescoldos de su vida. Era domingo. Tenía comida en el refrigerador, así que no había necesidad de salir. En algunas ocasiones disfrutaba estar sola, pero no sabía si esa conformidad la seguiría acompañando los años venideros. Desde hacía mucho las noticias eran un ruido de fondo. Apenas se concentraba en las palabras. Con el paso del tiempo surgió un nuevo dato que, hasta entonces, había permanecido olvidado. Recordó, con una nitidez sorprendente, que aquella última noche, mientras le contaba del calor y de su salida del encierro, le dijo que había encontrado una cucaracha muerta. Al principio ese descubrimiento era sólo un detalle, un soporte a la historia de su estadía en el elevador. Sin embargo, volvía una y otra vez a la cucaracha, a describir que estaba patas arriba, con las alas descubier-

tas y desmadejadas, como si alguien la hubiera colocado, a propósito, en esa posición. Era difícil encontrar cucarachas en los últimos pisos. Nunca se había preguntado la razón. Quizás era la fuerza de gravedad que presionaba sus cuerpos a la tierra. Tal vez era la facilidad de medrar entre las bolsas de basura que dejaban los vecinos tres veces a la semana. La observación de la cucaracha no era gratuita, pues a él le gustaba recordar esos detalles. Sin embargo había algo más. Un día pudo recordar que las palabras, al mencionar al bicho, habían salido lentas de su boca y, en ese momento, los labios permanecieron entreabiertos, como si tuviera al bicho frente a sus ojos y no supiera qué hacer y el insecto lo siguiera retando con sus patas entumidas, con su aparente indefensión. Por eso ella había sentido miedo al ver a la cucaracha muerta junto a la correspondencia. La mañana transcurrió, calurosa. Puso el ventilador a la máxima velocidad. El ronroneo parecía el festín en una ciudad lejana. Pasaron las horas. En el inicio de la noche se asomó por la ventana. Desde el noveno piso la ciudad se veía como las vivas entrañas de un animal luminoso. Descorrió un poco la cortina para que entrara un poco más de aire. El vaso de limonada seguía ahí, en la mesa de centro, como un pensamiento a medio formar, un murmullo en un callejón oscuro. Se preguntó si las cucarachas seguirían saliendo a morir. Se preguntó si, como alguna vez había soñado, como habían confesado algunos vecinos, los bichos subirían por las tuberías hasta llegar a los últimos pisos. Pensó en una empecinada migración, un exilio demorado y persistente. Se sintió un poco tonta. Debería haberse acostumbrado a la ausencia de su esposo. ¿Por qué empeñarse en saber su destino? Al inicio, lo que la angustiaba más era suponer que había sufrido en sus últimos segundos de vida. Quizás había intentado hablarle, dejarle alguna señal. Pero el celular no había registrado, hasta ese momento, ningún número misterioso; tampoco había recibido alguna llamada en la que alguien, al otro lado de la línea, dejara crecer el silencio hasta que ella dijera «Bueno» por segunda vez para, enseguida, colgar con determinación, sin titubeos. Las investigaciones de la policía no condujeron a ningún lado. Era como si se hubiera evaporado en el aire. A veces le parecía mirar la silueta de un hombre al final del pasillo del noveno piso, junto a una maceta de barro. Cuando se acercaba descubría que era un vecino nuevo o algún visitante que trataba de encontrar el número de un departamento.

## SIETE **Se despertó** en la ma-

drugada. El bochorno oprimía su cuerpo, sus pulmones. El calor era una mano que le abría los párpados y le ponía la mente en blanco. Su cama le pareció más pequeña. El sudor era un demonio recorriendo el perfil de su espalda. Recordó el cuerpo de él sobre ella. Nunca había necesitado del sexo tanto como esa noche. A pesar de haber cumplido sesenta años tenía la urgente necesidad de él moviéndose sobre sus caderas, apretando su cintura, descansando su peso en ella. Porque su aliento tibio, cuando iba a su garganta, menguaba, de alguna manera, el sopor de las noches. La cucaracha, aquella que se había recuperado milagrosamente después de haber estado casi muerta, patas arriba, junto a la correspondencia, estaba ahora en el noveno piso. Se movía, testaruda, por el pasillo ✱



# Los estados de la materia

## Eva Manzano

**En la escuela** el bullicio era silencioso y las algas de las paredes se desplazaban cada vez que los niños movían sus aletas para hablar.

El maestro no supo qué decir cuando los niños le preguntaron por los cuentos sumergidos, aquellos que hablaban de esos animales extraños que se llamaban pájaros.

Los pájaros, pensó, cómo explicar esas criaturas, explicaría decir que fueron los únicos que no se adaptaron, explicaría decir que su corazón latía más rápido que los de los demás animales, que vivían deprisa y volaban veloces. Y que tenían una temperatura más alta en su cuerpo.

¿Son apropiados los adjetivos *volátil*, *ligero*, *leve*, *inflamable*, *nutritivo* para definir el aire en el que vivían? ¿Son acertadas las palabras *muerte*, *extinción*, *tristeza* para expresar el vacío por no volver a ver a la persona que más quieres?

—Los estados de la materia... —dijo el maestro.

Y cientos de burbujas se alzaron de su boca para explicar el origen del mundo ✕

# Los lirios amarillos

## Luciano Erba

Los muchachos que salieron en la mañana  
de junio cuando el aire bajo los plátanos  
parece dentro albergar otro aire  
los muchachos que salieron de pesca  
con un solo sedal pero provistos  
cada uno de una cesta en bandolera  
van ahora silenciosos en el trolebús  
que se dirige raudo hacia la terminal  
y sueñan de nuevo que Milán  
tiene valles azules más allá del Castillo  
donde saltan los peces en los torrentes.  
En los prados queda algo de niebla  
la tenca en su pozo de fango  
se vuelve a dormir. Madrugadora

### **Gli ireos gialli**

I ragazzi partiti al mattino / di giugno quando l'aria sotto i platani /  
sembra dentro rinchiudere un'altra aria / i ragazzi partiti alla pesca /  
con un'unica lenza ma muniti / di un paniere ciascuno a bandoliera /  
in silenzio ora siedono sul filobus / avviato veloce al capolinea / e  
il sogno rifanno che Milano / abbia azzurre vallate oltre il Castello  
/ dove saltino i pesci nei torrenti. / Sui prati rimane un po' di nebbia /  
la tinca nella sua buca di fango / ricomincia a dormire. Mattiniera /  
la carpa perlustra attorno ai bordi / di un tranquillo canale.

(Milán, 1922-2010). Uno de sus últimos libros es *Le contraddizioni* (Quaderni di Orfeo, 2007).

la carpa explora por las orillas  
 de un tranquilo canal. La carpa  
 es astuta y no pica jamás.  
 Los pescadores no tendrán suerte. Pero  
 al remontar los canales y las acequias,  
 de prado en prado, de hilera en hilera,  
 llegarán los muchachos donde es denso  
 el verdor de los regueros, donde amarillas  
 son las flores de los lirios y como espadas  
 las hojas cortan frescas corrientes  
 bajo la sombra de los sauces.  
 ¡Llegarán hasta las flores lejanas  
 los pescadores sin fortuna  
 los muchachos de excursión por la llanura!

De *Il male minore*, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, 1960.

---

La carpa / è astuta e non abocca mai. / I pescatori non avranno fortuna. Ma / risalendo i canali e le rogge, / di prato in prato, di filare in filare, / arriveranno i ragazzi dove è fitta / la verzura dei fossi, dove gialli / sono i fiori degli ireos e come spade / le foglie tagliano fresche correnti / sotto l'ombra dei salici. / Arriveranno fino ai fiori lontani / i pescatori senza ventura / i ragazzi in gita nella pianura!

# *El papel de las naranjas*

## Pietro De Marchi

*y con ardiente afecto al sol aguarda*

DANTE, *PARAÍSO*, XXIII, 8

Aquel papel de seda variopinto,  
crujiente entre los dedos  
de quien lo extendía, lo estiraba con mimo,  
por las esquinas sobre todo, para levantar  
bajo nuestros ojos un frágil cilindro,  
una precaria torre y después incendiarla  
con una cerilla, en la cima;  
y nosotros que esperábamos absortos  
para ver aquel sol de Sicilia  
impreso en el papel elevarse  
del plato con una ligera sacudida y  
transmutarse después en vuelo trémulo...

### **La carta delle arance**

*e con ardente affetto il sole aspetta*

DANTE, *PARADISO*, XXIII, 8

Quella carta velina, variopinta, / fruscante tra le dita / di chi la disten-  
deva, la stirava con cura, / specie negli angoli, per innalzare / sotto i  
nostri occhi un fragile cilindro, / una precaria torre e poi incendiarla  
/ con uno zolfanello, sulla cima; / e noi che aspettavamo intenti / di  
vederlo, quel sole di Sicilia / stampato sulla carta, sollevarsi / dal piatto  
con scrollo leggero / tramutantesi poi in volo tremulo — // ma più

(Seregno, Italia, 1958). Su libro más reciente es *Con il foglio sulle ginocchia* (Casagrande, 2020).



Pero cuanto más subía más se consumía  
y quedaba suspendido un instante en el aire:  
un trozo de sol ennegrecido,  
un fragmento de torre en llamas  
cayendo de vuelta al plato;  
y entonces, mientras revoloteaba aún  
sobre nosotros el confeti de papel quemado,  
incluso ya sin hambre  
pedía otra naranja para pelarla,  
imploraba que lo hicieran otra vez, que repitieran  
aquel juego con el fuego.

De *La carta delle arance*, Casagrande, Bellinzona, 2016.

VERSIONES AL ESPAÑOL DE TERESA LANERO,

ganadora de la tercera edición de *M'illumino d'immenso*. Premio Internacional de Traducción de Poesía del Italiano al Español, convocado por el Instituto Italiano de Cultura de la Ciudad de México, la Embajada de Suiza en México y el Laboratorio Trädūxit, con el patrocinio de Biblioteche di Roma. El jurado estuvo compuesto por Barbara Bertoni, Fabio Morábito y Hernán Bravo Varela.

---

saliva più si consumava, / e, rimasto un istante sospeso nell'aria, / ecco un pezzo di sole annerito, / un frammento di torre in fiamme / ricadere sul piatto; / e allora, mentre ancora volteggiavano / sopra di noi coriandoli di carta strinata, / anche senza più fame / chiedevo un'altra arancia da sbucciare, / imploravo di rifarlo, ripeterlo, / quel gioco col fuoco.

# NATURAL PERSISTENCIA



Ireri Topete



La naturaleza es persistente.

Aunque sufra múltiples ataques, no se detiene; ella responde, ya sea por medio de sus fenómenos cíclicos o sorpresivos (nunca dejan de serlo aunque se esperen), ya sea por medio de fenómenos nuevos que son consecuencia de las presiones humanas.



*Semáforo volcánico. MEXIX. Popocatépetl.*

Libro de artista. Tusche sobre lámina de cobre, transferencia litográfica, tinta china y acuarela sobre siete fragmentos de papel Guarro Super Alfa de 28.2 x 70 cm, cosidos, formando un gran acordeón. Medida del libro abierto: 197.4 x 70 cm; cerrado: 14.1 x 70 x 2 cm, más contenedor.

Ejemplar único. Agosto de 2019.

IV

La erupción de un volcán y un alud debido a la deforestación inducida son fenómenos parecidos (afectan a las personas), pero no iguales. Uno es esperado/inesperado, el otro es un bumerán que el ser humano pensó que nunca regresaría para golpearlo.



**Fuego y viento... MMXIX.** Incendios forestales.

Libro de artista. Acuarela, monotipo, transferencia litográfica y xilografía sobre tres fragmentos de papel Kozo de 100 x 38 cm. Ejemplar único. Agosto de 2019.





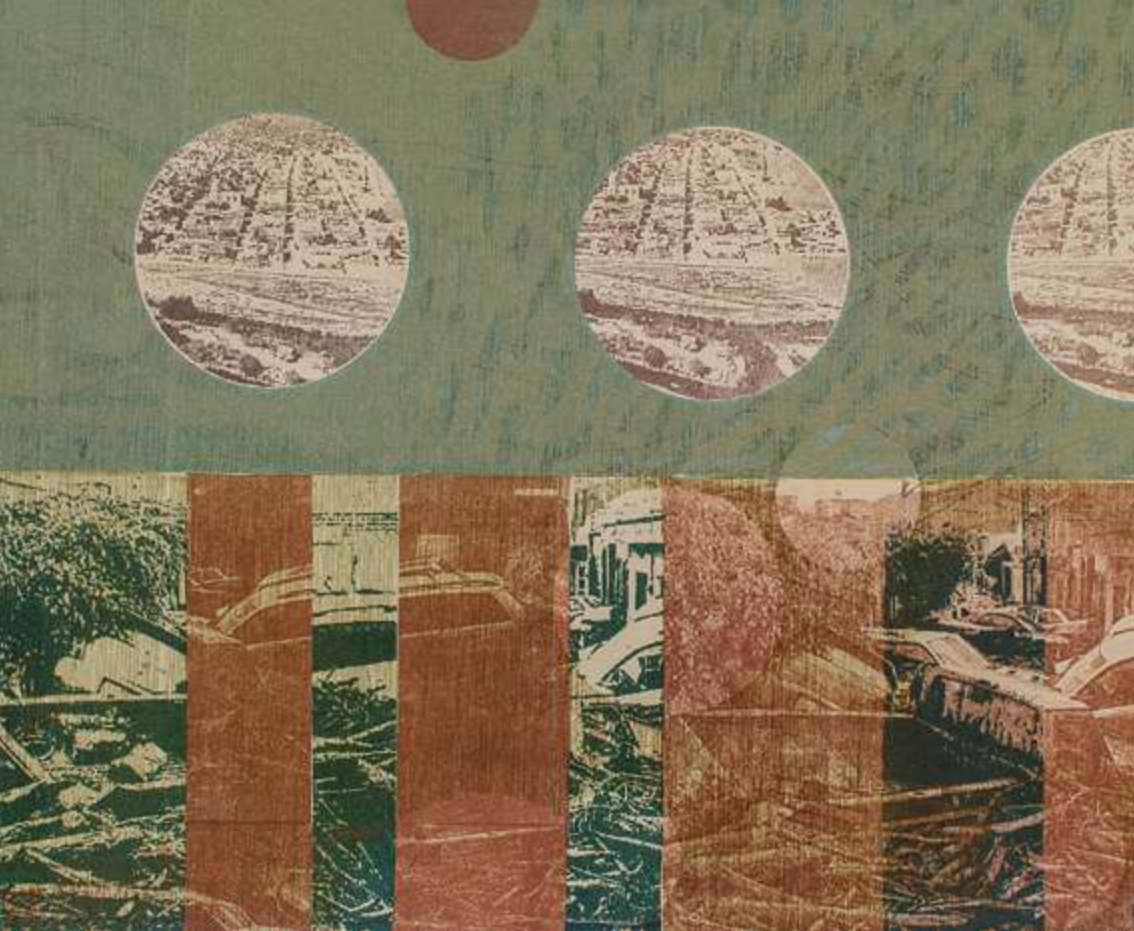
***Salsipuedes. Junio MCMXIX.*** San Gabriel, Jalisco.

Libro de artista. Grabado en relieve en lámina pvc, transferencia litográfica y xilografía y láser sobre madera, sobre cuatro fragmentos de papel Somerset de 38.5 x 58 cm, y tres fragmentos de papel Guarro Super Alfa de 38.5 x 58 cm, cosidos, formando un gran acordeón. Medida del libro abierto: 269.5 x 58 cm; cerrado: 19.3 x 58 x 2 cm, más contenedor. Ejemplar único. Agosto de 2019.

Con la fe de una científica, Ileri Topete ha ido anotando las respuestas de la naturaleza. Rodeada de ella, la artista creció sintiendo los fenómenos del medio ambiente lleno de montañas, ríos, playas, crecidas, lluvias, vientos, ciclones.







**Tornado. EF4. 27 de enero MXXIX.** La Habana, Cuba. Libro de artista.

Dibujo con tinta china, transferencia litográfica y xilografía sobre tres fragmentos de papel Miad de 76.5 x 51.2 cm, cosidos, formando un gran acordeón. Medida del libro abierto: 229.5 x 51.2 cm; cerrado: 19.12 x 51.2 x 2.3 cm, más contenedor. Ejemplar único.

Agosto de 2019. (Págs. X, XI y XII).

En papel, por medio del trabajo artístico de la estampa, Ileri Topete nos relata esas aventuras de la naturaleza de su entorno, pero también las de otros lugares en los que los fenómenos han llamado su atención.



x Esta narrativa gráfica se concentra en libros de artista: páginas estampadas con temas específicos (relacionados con una geografía o un tema) reunidas para formar objetos únicos que pueden ser hojeados o exhibirse suspendidos en una galería, donde se despliegan para apreciarse en todo su esplendor.







La lava y otras manifestaciones volcánicas, el viento y el fuego que viven en los incendios, el desbordamiento del río, el tornado mortal, la temporada de huracanes que acecha y el vórtice polar, que sumerge a los seres humanos en un frío cada vez más intenso, son algunos de los temas que Ileri Topete ha abordado con una imaginación visual original que capta los elementos sustanciales de lo real, gracias a una pericia técnica muy refinada y al oficio de años.



***Agua y viento... ММХІХ. Temporada de huracanes.***

Libro de artista. Dibujo con tinta china, transferencia litográfica y xilografía sobre tres fragmentos de papel Kozo de 100 x 38 cm. Ejemplar único. Agosto de 2019.

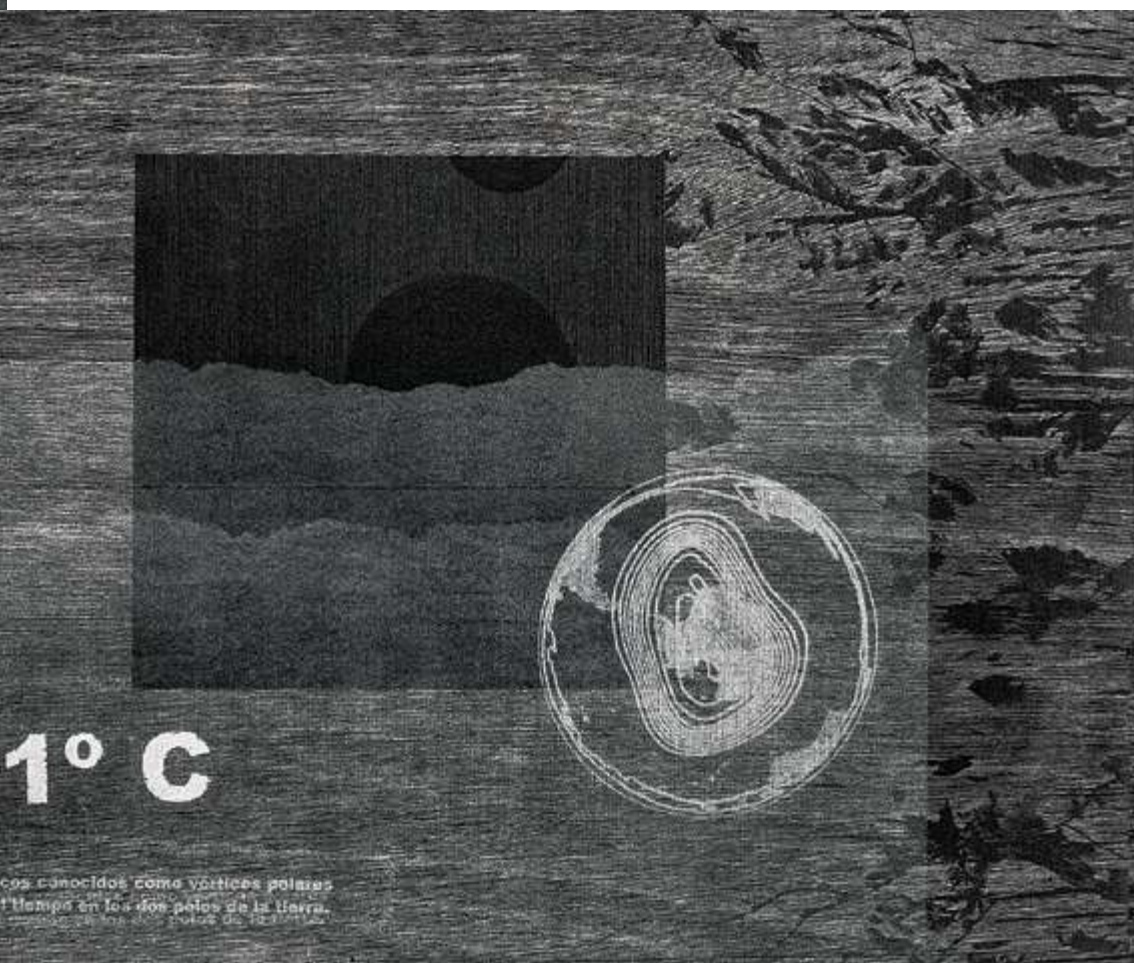
**Termómetro. 0° C. ММХХ.** *Vórtice polar.* Libro de artista. Tusche sobre lámina de cobre, transferencia litográfica y xilografía sobre ocho fragmentos de papel Somerset de 38.5 x 58 cm, cosidos, formando un gran acordeón. Medida del libro abierto: 308 x 58 cm; cerrado: 19.3 x 58 x 2 cm, más contenedor. Ejemplar único. Agosto de 2019.

I. Termómetro - 0°C, se anuncia Vórtice Polar, las masas de aire frío y de bajas presiones se ven en la troposfera y la estratosfera. Inicios ММХХ, Antártica del norte, entre en la Historia Climática del Planeta.

0° C

II. Los fenómenos climáticos están presentes todo el tiempo.

La naturaleza acechante se vuelve naturalidad en las imágenes de Ileri Topete; es decir, las múltiples capas, texturas, veladuras, formas y colores de sus piezas artísticas nunca pierden la sencillez y la espontaneidad: el espectador se sumerge en ese bello mundo natural, persistente y peligroso, que se puede contemplar y disfrutar sin perder el asombro ni el miedo.



1° C

cos conocidos como vórtices polares  
l tiempo en los dos polos de la tierra.





Las imágenes que aquí se presentan forman parte de diversos libros de artista que Ileri Topete creó para su proyecto **Termómetros**.

**Registro visual de la naturaleza y sus cambios** (SNCA, 2018-2021).

Los libros fueron realizados en Arte Estudio Caracol, en Puerto Vallarta, Jalisco, con la colaboración de Sergio Gutiérrez el Tocayo en la impresión y encuadernación. Registro fotográfico de Yésika Félix. Texto de Víctor Ortiz Partida.

Ileri Topete (Puerto Vallarta, 1969). En 2019 fue profesora invitada en la Universidad de Newcastle, Reino Unido, donde inauguró **Termómetros**, la más reciente de sus veintiséis exposiciones individuales. Es docente investigadora de la Universidad de Guadalajara, promotora cultural y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

## PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE



Iván Soto Camba

**Una dosis** de literatura cuántica para evitar la aburrida costumbre de comenzar a narrar por el principio. Incluso la más televisiva de hacerlo por el desenlace y luego explicar cómo se llegó a él. Lo ideal es comenzar en varios momentos a la vez (mientras más, mejor). Comenzar, si bien no por el final de la historia, sí por un auténtico final: «Ulises esperó a que todos se fueran y en la madrugada recorrió una de las esquinas de la lona, se metió a la alberca y nadó hasta el otro extremo para no poder salir». (*Principio de incertidumbre*, la nueva novela de Cecilia Magaña, tampoco comienza técnicamente allí. Comienza por el primer verso de un poema de Alejandra Pizarnik: «Pero ¿quién me dará la respuesta jamás usada?»). ¿Será que las novelas comienzan por el epígrafe?, ¿o dos páginas después?, en su principio real, cuando: «Marta se sienta en el sillón de hule espuma y aspira el aroma combinado con el del tabaco. Olor a su hermano»).

El departamento de Ulises apestaba a cloro. Estaba justo debajo de la alberca, separado sólo por un bloque de concreto de los azulejos del fondo, formaba parte del club deportivo para el que él trabajaba como técnico. Junto a (prácticamente dentro de) la sala de máquinas que calentaba la misma agua en que se ahogó. Más que departamento parecía un submarino empotrado bajo tierra, donde ahora Marta inicia la investigación de las razones del suicidio de su hermano. (¿«Ahora»? ¿Texto es siempre presente o el pasado en que fue escrito? ¿Vuelve a empezar cada que se abre el libro, igual que una caja de música? ¿Se almacena de la misma manera que un recuerdo, que con el tiempo se nubla como visto bajo agua clorada, deja de funcionar en tanto memoria y se adhiere a las reglas físicas de los sueños?).

Quizás el principio de *Principio de incertidumbre* esté ubicado antes del epígrafe. Antes incluso de la hoja blanca que colocan

después de la portada. Según ha contado la autora durante su presentación virtual, algo tiene que ver quizá con el accidente automovilístico en que falleció su padre, que ocurrió cuando ella estaba en la universidad. Pero ése es un principio que ya no existe, que el texto ha desechado de la misma manera en que un cohete suelta las turbinas que impulsaron su vuelo, o una lagartija renuncia a su cola al ser pisoteada (la ficción hace en esa otra realidad, que precede su propia concepción, las primeras pruebas: las que por seguridad se administran primero en verduras, después en cadáveres y luego en cerdos —quizás en otro orden—, antes de llegar a seres humanos vivos. Pero ésa es sólo la cobardía del texto; el autor no vacila en usarse a sí mismo como sujeto de pruebas). Un libro que, como suele ocurrir, a pesar de haber ganado el Premio Bellas Artes Juan Rulfo 2013, esperó siete años para ser publicado en 2020, bajo el sello de Paraíso Perdido.

*Principio de incertidumbre* pertenece al *noir* de los misterios familiares, aunque su fuerza y su originalidad se sustentan sobre todo en la envidiable habilidad técnica e imaginativa de Cecilia Magaña, sintetizada aquí para transformar

postulados cuánticos en recursos narrativos de una emocionante historia que a la vez oculta otra, emocional: el irreversible momento de descubrir todo lo que se desconoce de las personas más cercanas.

Con la intención de llenar los considerables huecos que encuentra en los diarios de su hermano, Marta conduce una serie de entrevistas a quienes fueran sus compañeros de universidad diez años antes, cuando Ulises estudiaba Física. Encuentra a todos esos teóricos, tan radicales durante su juventud, transformados en cocineros o profesores de secundaria. Se reúne con ellos en lugares reconocibles para cualquier tapatío: el legendario bar Gato Verde, el Vips de Plaza México, el parque de La Calma. Cada uno de ellos le cuenta una parte (y perspectiva) de lo que sabe que pasó con Ulises. Así se ilustra el principio de incertidumbre de Heisenberg, que entre sus argumentos contempla el llamado fenómeno del observador: la idea de que quien observa modifica el fenómeno observado. (¿Pasará eso también con texto? Aunque no se transforme físicamente, en teoría ocurrirá en los múltiples libros paralelos que se reescriban en las cabezas de cada lector, intervenidos tanto por su

personalidad y vivencias como por sus pensamientos azarosos durante la lectura. Especímenes vivos, de los que el soporte físico, ya inerte, es mero contenedor).

El citado verso de Pizarnik que precede la novela es utilizado como referencia a la teoría de los universos paralelos de Everett, que postula que cuando se presenta cualquier decisión, por muy pequeña que sea, se crean otras realidades en las que transcurre lo que hubiera pasado de haber elegido distinto. Como el número de decisiones que toma alguien en el día a día es enorme, una persona muerta en este universo seguirá viva en muchísimos más. Marta se entera de que al parecer Ulises y sus entonces compañeros intentaron aplicar un bizarro modelo para probar esta teoría por medio de una paradoja: un sujeto femenino tiene relaciones con un cadáver. Aunque en esta realidad el hombre está muerto, en otra estará vivo, y si existiera la posibilidad de cruce la mujer podría quedar embarazada. Una caricatura grotesca que funciona como centro del misterio a desentrañar (un reto para cualquier escritor, un acontecimiento extravagante y sórdido que parecería destinado a echar abajo cualquier narración en que aparezca

—probablemente haya resultado en engendros y desastres en otros universos paralelos—, pero que en este *Principio de incertidumbre* tiene resultados muy afortunados gracias a la inteligencia, naturalidad y sentido del absurdo con que fue escrito).

Hay una lectura mucho más literal de las teorías de Heisenberg que sugiere que todo es incierto: cada partícula no tiene una posición y velocidad determinadas, sino muchas a la vez. La más célebre metáfora para comprobar esta idea, la del gato de Schrödinger (encerrado en una caja con veneno, vivo y muerto al mismo tiempo), se aplica también como modelo narrativo en este arriesgado *noir*, este otro *Principio de incertidumbre*, ya no de Heisenberg sino de Magaña |



- *Principio de incertidumbre*, de Cecilia Magaña. Paraíso Perdido, Guadalajara, 2020.

## UN HILO DE COMETA COLOR ÁMBAR



Luis Armenta Malpica

**Con Carmen Villoro** existe una hermandad que decidimos juntos, más allá de compartir esta ciudad o la poesía, amigos entrañables y la orfandad de padre en los años recientes. Ambos somos autores de Fili d'Aquilone, el sello editorial a cargo de Alessio Brandolini. Cometa o papalote, lo que flota en el aire. En *Llámenme Ismael / Chiamatemi Ismaele*, aparece el ámbar gris que se utiliza en el negocio de la perfumería de lujo. Es el oro esencial que fija los aceites en el cuerpo. Y de un hombre esencial habla el libro de Carmen: *Liquidámbar / Liquidámbar*, traducido por Marco Benacci: ámbar (lo que flota en el mar, en lengua árabe) que nutre con sus hojas el sitio y la memoria del filósofo Luis Villoro. Un ámbar vegetal: humo, humus, humedad, humildad, humanidad; ramificaciones del lenguaje que van de la definición hasta la trascendencia.

En la literatura en castellano, unas primeras *Coplas a la muerte de su padre* son de Jorge Manrique (1440-1479). Un sermón

de tono exhortativo, estilo expositivo y sentencioso que también es una elegía en tono calmo que lo aleja del planto, caracterizado por las expresiones de intenso pesar. *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, publicado en México en 1973, nos muestra la vigencia de las elegías a la ausencia de un ser querido y la capacidad con la que puede renovarse uno de los géneros más antiguos de la lírica. Las manifestaciones del dolor, tan mal vistas por los poetas jóvenes en los años recientes, requieren de la suprema capacidad expositiva de Jaime Sabines, José Carlos Becerra, Juan Gelman, Piedad Bonnet o Carmen Villoro: emoción sin artificios y sin grandilocuencias. El padre, la madre, un hermano, los hijos que llegan a faltar son un motivo frágil para escribir poemas. Sin el ámbar adecuado no se pueden fijar en las palabras ni la nostalgia, ni el amor, ni los reproches más tiernos de aquellos que nos dejan. No en vano el ámbar gris sale del intestino de los cachalotes.

Se requiere de vísceras para consolidar en la poesía nuestras memorias. Sobre todo, si duelen.

Carmen Villoro, como escritora, sabe leer los intestinos de la forma en que lo hacían los arúspices. Pero no hay animal en sacrificio cuando se habla del padre y tampoco hay un rito que celebre su muerte. Así que Carmen empezó a recorrer las hojas del árbol dedicado a don Luis Villoro en Chiapas, a escuchar las voces de los búhos que también son un símbolo de la sabiduría, y recorrió los pasos del hombre desde su aparición en Etiopía. El resultado es éste: *Liquidámbar*, un libro que se habla al tú por tú con Manrique y Sabines, porque ese tú es el padre que florece en *nosotros*.

De larga trayectoria, muy bien reconocida (lo que no siempre ocurre con las poetas mujeres), el trabajo de Carmen se ha extendido a diversos registros: los elementos lúdicos, los juegos de palabras y los muchos enseres de una casa han encontrado espacio entre sus libros. De un *Jugo de naranja* a la *Obra negra* de una familia en construcción, todo en Carmen es verso. Pero había algo escondido (ese *algo* de Sabines) que había mostrado apenas como una *Herida luz*. Y desde allí partimos, *Espiga*

antes del viento, para llegar al duelo. Sin resistencia alguna, Carmen y yo nos vimos durante casi un año, en uno de los procesos de edición más fascinantes que me han tocado en suerte. Con total humildad, Carmen se puso a abonar un nuevo árbol desde la primera hoja. Y cuando el «Manto de humo» se hacía «Miedo», Carmen se rescataba con unas «Gotas de ámbar» que son, también, la infancia hecha tercetos, esos libres haikús que son gotas de sangre en un tapete. Durante la pandemia de la covid-19, y esta «nueva realidad», hemos perdido amigos, familiares, vecinos y colegas. Lo que no se ha perdido ni debemos perder es la capacidad de encontrarnos en otros, de fijarnos en otros, de acompañar un cuerpo con el mejor aceite: la esperanza. De perfumar un cuerpo con lo más esencial: nuestra imaginación. De leer este mundo, sus desafíos y cambios, aferrados al hilo del cometa que tengamos a mano. Este libro quedará en nuestro cuerpo muchos años, acoplado en ese *algo* que siempre está vigente, porque está hecho con vísceras, con el ámbar de la mejor poesía y en las manos de mi hermana mayor |

- *Liquidámbar*, de Carmen Villoro, trad. de Marco Benacci, Edizioni Fili d'Aquilone, Roma, 2020.

## HABITAR EL JARDÍN



Luis Jorge Aguilera

**Nos consuela** cartarnos que en forma alguna hemos dominado la naturaleza. Hijos babélicos de una cultura judeocristiana, durante siglos hemos ejercido la supremacía, prescrita en el libro del Génesis, de lo más otro que está allá afuera: aquello que cada cultura ingenuamente, como si en efecto lograrse discernir, ha querido consignar en la esfera de «natura». Se trata de la ilusión, por otro lado bastante útil al biopoder, de civilización *versus* barbarie.

Uno de los triunfos más celebrados de esta quimera son las ciudades, estas hostiles geografías de humo y acero. Ellas, sus edificios son ya irremediamente, como tantea Laura Torres i Bauzá, inhabitables:

Parets que immobilitzen  
el brot d'un indòcil  
viure a l'inrevés.

Cossiols reomplerts  
[d'arrels  
que sempre topen  
amb la forma d'un cilindre.<sup>1</sup>

Laura escribe en el dialecto de la lengua que habla, el mallorquí, ese catalán insular del que tanto se precia haber escrito Ramon Llull (1232-1316) al tiempo que Dante lo hacía en toscano, ambos todavía en un contexto de dominación escritural latina. El sujeto lírico en *L'inhabitable* (2016)<sup>2</sup> se consuela como la humedad en los velos de concreto de esta ilusión y se encuentra con un mundo lleno de una nada limitante, de la que, sin embargo, surge el deseo punzante de volver a algún origen posible anterior al mundo dado:

1. Paredes que inmovilizan / el brote de un indócil / vivir al revés. // Tiestos llenos de raíces / que siempre topan / con la forma de un cilindro.
2. *L'inhabitable* (eixarms, Cabrera de Mar, Cataluña, 2016) se hizo acreedor del premio Amadeu Oller que otorga desde 1965 el barrio de la Bordeta de la ciudad de Barcelona.

(Guadalajara, 1989). Autor de *El poema místico en la poesía mexicana contemporánea: Hacia una tipología* (Universidad de Guadalajara, 2017).

Com bèstia dins  
d'una vidriosa esfera,  
queda insistència.

Tornar a encaixar la petja  
per reomplir-la un últim cop

d'aquesta malaltissa ànsia  
[d'inici.<sup>3</sup>

No queda ya espacio en  
la propia casa; este miasma  
de nada lo ocupa todo y en  
estertores más de nacimiento  
que de muerte comienza  
también a robarse el aire:

Les habitacions plenes al  
[límit.

Prenyades de res,

d'antulls del que ha estat,  
de suposicions del per fer.

Tot tan massís  
que l'aire s'acaba.

Tal com si l'allò  
s'hagués decidit a respirar.<sup>4</sup>

3. Como animal dentro / de  
una vidriosa esfera / queda  
insistencia. // Volver a marcar  
la huella / para rellenarla  
una última vez // de esta  
enfermiza ansia de inicio.

4. Las habitaciones llenas al  
límite. / Preñadas de nada,  
// de antojos de lo que ha  
sido/ de suposiciones del por  
hacer. // Todo tan concreto /  
que el aire se termina // tal y  
como si aquello / se hubiese  
decidido a respirar.

La hostilidad del espacio  
lleva al sujeto lírico a la  
paradoja de verse forzado  
a habitarlo. En el mismo  
poema el yo le muestra a  
un tú lírico que ambos, yo y  
tú, todos inmersos en tanta  
civilización, quedamos  
reducidos a nuestra  
condición bestial:

Saps tan bé com jo  
que no pots viure a la  
[intempèrie.  
I de cop i volta et tornes boig.

Em mires com un orfe  
amb tots els teus queixals  
i ungles,  
recobert d'una pell que pot  
[partir.

Saps tan bé com jo,  
que ets una fera  
[humanitzada.<sup>5</sup>

Laura Torres se da cuenta  
de que el último contenedor  
que nos encierra es el cuerpo  
y que sólo a través de  
nuestros fluidos erotizados,  
sangre que es mar, es posible  
lúbricamente librar ese

5. Sabes tan bien como yo  
/ que no puedes vivir  
a la intemperie. // Y  
repentinamente te vuelves  
loco. // Me miras como un  
huérfano / con todas tus  
muelas // y uñas / cubierto de  
una piel que puedo partir. //  
Sabes tan bien como yo, / que  
eres una fiera humanizada.

reducto y, hechos balsa,  
zarpar a bordear el cuerpo  
de otro.

También el torturador  
de *El jardín de los suplicios*  
(1899), de Octave Mirbeau,  
sabe que la piel es tan  
sólo una capa que encierra  
algo que es aquí pero que  
está más allá. Entregado  
a su labor artesanal,  
refinadamente se dedica al  
suplicio de dejar en carne  
viva a quien el biopoder  
chino del momento entrega  
a este castigo. Al final, lo  
que nos encierra no es un  
espacio, ni tampoco nos  
encierra el cuerpo. Nos  
encierra eternamente entre  
las bestias y los dioses una  
condición contingente, de no  
ser ni unos ni los otros.

Me complace que  
la mayoría caigamos  
constantemente en la ilusión  
de Atila: «por donde pasa mi  
caballo no vuelve a crecer  
la yerba». ¿Qué fantasía,  
qué mentira más elaborada  
hemos necesitado contarnos?  
¿y para qué?... La

extraordinaria fuerza de  
vegetación, lejos de haberse  
agotado con el tiempo,  
actualmente se activa con  
los residuos de los presos,  
la sangre de los suplicios,  
todos los detritus  
orgánicos que deja el  
gentío cada semana y que,  
cuidadosamente recogidos,  
hábilmente trabajados con  
los cadáveres cotidianos

en pudrideros especiales, forman un poderoso compost que las plantas asimilan vorazmente, cosa que las hace más vigorosas y más bellas.<sup>6</sup>

*El jardín de los suplicios* es el único Edén posible;

*hortus amoenus* pero nunca *hortus conclusus*. Estamos aquí todos los supliciados alimentando eternamente los ciclos de la Naturaleza, eso otro carente de la más grande mentira que nos hemos contado: el sentido |

se prostituyen en el Parque Sarmiento, donde nunca se alejan unas de otras por seguridad. Es allí donde una noche encuentran a un bebé abandonado que Encarna decide adoptar. «El brillo de los ojos» (así lo llaman sus madrinas) crece rodeado de amor y generosidad. Porque ésta es la razón de ser de Encarna, cuya casa adornada con flores ofrece un respiro a los corazones rotos y alivia los cuerpos magullados como el de Camila. Procedente de una familia en la que es golpeada por su padre, relata su infancia martirizada y el descubrimiento de su disidencia sexual.

A los quince años, Cristian, envuelto en tinieblas, se convierte en Camila, traspasa el fulgor de la transformación en mujer pero sufre rechazos, insultos y golpizas. Es en la capital provincial donde aprende a ser transparente, la mejor forma de evitar problemas, aunque la violencia, la precariedad y la soledad sean su vida cotidiana.

La narración es fuerte, con tintes de rabia y desprecio, pero también de belleza y solidaridad. Da cuenta de que lo maravilloso permite hacer soportable la tragedia de vidas truncadas en una lucha diaria por subsistir. Desde el interior, la existencia de los transexuales se describe sin concesiones, con una

## BELLEZA Y FURIA TRAVESTI



Omar Gómez

«Las travestis no queremos ser ni estudiadas ni educadas, ni castigadas ni perseguidas: lo que queremos es que nos deseen»: es la frase combativa, alejada de los arraigados preceptos de la moral sexual represiva, con que manifiesta su naturaleza Camila Sosa Villada, ganadora del Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Esta naturaleza, forjada en los bajos fondos argentinos, se refleja en la novela *Las malas*, con la que obtuvo el prestigio

galardón literario tapatío. En ella narra la historia de Camila, una joven travesti que emigra a la ciudad de Córdoba para escapar de los malos tratos que recibe en su pequeño pueblo de origen. Pero si bien la gran ciudad garantiza el anonimato, también es el hogar de personalidades benévolas que forman una familia de elección para la heroína.

Entre la autoficción y el realismo mágico, la autora lleva a su lector a la vida sórdida de Córdoba, Argentina. Alrededor de la tía Encarna, que ha alcanzado la venerable edad de ciento setenta y ocho años, una comunidad de transexuales ha encontrado un remanso de tranquilidad.

Por la noche, trafican y

6. Octave Mirbeau, *El jardín de los suplicios*, trad. de Lluís Ma. Todó, Impedimenta, Salamanca, 2010, p. 146.

escritura extravagante que infunde a la novela una energía loca, y coloca en su centro a una hermandad teñida de poesía y fantasía.

*Las malas* es un texto deslumbrante, sin miserabilidad y sin autocompasión, que con un lenguaje que es memoria, invención, ternura y sangre, recuerda que «lo que la naturaleza no te da, el infierno te lo presta» |



● *Las malas*, de Camila Sosa Villada. Tusquets, Buenos Aires, 2019.

## MARIO HEREDIA, EL COMPAÑERO IMAGINARIO



Roberto Ramírez Flores

«Cualquiera pudo haberlo hecho», piensa en una de las páginas el protagonista de *El compañero imaginario* de Marek Kotsky, y parece la respuesta a una pregunta inevitable a lo largo de la novela: ¿quién asesinó a esas mujeres? A través de Raúl seremos habitantes de una Guadalajara llena de música, homicidios y calles ideales para caminar: Guadalajara de antes y hoy. Junto con él y otros inquilinos de una casona para estudiantes nos sumergiremos en una misa, en un poema de Marek Kotsky y en una película de horror. Todo el arte y todos los

sentimientos parecen caber en esta novela, caber en una vieja casona, en el puño de Mario Heredia.

Pero en este libro también se habitan las personas. Raúl es estudiante de música y compañero de Gustavo, quien sufrirá un accidente relacionado con un instrumento musical. Raymundo es el interés homoerótico de Raúl, huele a axilas y le gusta pasearse en calzones por los pasillos. Marcos *el justiciero* colecciona de todo y amedrenta a los automovilistas que se pasan los altos. Darío siempre

trae una bufanda. Raúl los habitará como a esa casona húmeda, entrará a sus cuartos y hurgará en sus interiores. En ellos aprenderá sobre el odio, el arte, la amistad, la muerte y el sexo.

De telón de fondo, los asesinatos de mujeres. Y digo de telón de fondo porque eso parecen ser los feminicidios en esta novela: un fondo muy presente en las noticias, en las pláticas cotidianas, en las redes sociales, pero al fin y al cabo un fondo. Los personajes deambulan por los horrores sin saber qué hacer, sin saber qué pensar: «¿eso habrán sentido?», se pregunta el protagonista tras pedirle a Raymundo que lo ahorque con una media, acción que parece una medida desesperada para experimentar lo que sintieron las víctimas, para empatizar de alguna forma. Los personajes en esta historia no son ejemplos de moralidad, y tal vez por eso se parecen tanto a nosotros.

En esta novela «cualquiera pudo haberlo hecho» porque no hay límites, porque la ciudad agoniza como sus habitantes, como el viejo que sobre la camilla es sostenido, irónicamente, por dos camilleros jóvenes y hermosos. El arte es lo más puro. Tal vez por eso



las referencias a distintas disciplinas artísticas son una constante. La música es Chopin, Mozart y, al final, como si escucháramos una misa al revés, el *Kyrie*. Mario Heredia nos mueve más a través de una composición musical que de una obra anclada a la lógica del relato. Y eso se agradece. Pero también hay cine, referencias a Mariel Hemingway, a Libertad Lamarque, al cine de Woody Allen: «sale de la tienda, son las doce de la noche y camina en blanco y negro, Dios es Woody Allen». Y pinturas, cuadros de Turner, los más rojos, los más tormentosos.

Las referencias literarias también son un acierto en esta obra, y al igual que Raúl y Marcos *el justiciero* conoceremos a Marek Kotsky, poeta polaco del que se conoce poco salvo algunos poemas que ambos atesoran con devoción. Junto a ellos esperaremos ansiosamente los hallazgos que nos lleven a Marek Kotsky, aunque tal vez él nos halló en nombre de Mario Heredia desde que abrimos el libro. En esta novela Mario se vuelve nuestro compañero imaginario. Y es una compañía muy grata.

El libro puede encontrarse en Impronta (calle Penitenciaría 414, colonia Americana, Guadalajara), en una cuidada edición a

cargo de Atípica Editorial, en la que resalta su puesta en página y un fino diseño de portada en pasta dura. La librería de Impronta hace envíos a toda la república y cuenta con otro título de Mario Heredia, también del

catálogo de Atípica Editorial, la compilación de cuentos *La geometría absoluta* |

- *El compañero imaginario de Marek Kotsky*, de Mario Heredia. Atípica Editorial, Guadalajara, 2020.

## EL NIÑO AARON Y LA NATURALEZA



Luisa Futoransky

**Desde siempre** pienso que para comprender la historia del hombre hay que acudir al testimonio de los árboles. Y, con paciencia, descifrar sus mensajes.

La mera palabra *bosque* es un venero evocador. Caben en ella cuentos infantiles, misterios y también peligros y acechanzas.

Los bosques tienen un largo pasado donde se gestaron acciones heroicas durante la resistencia a los invasores, de fugas para liberarse de la esclavitud y también de ejecuciones innobles y criminales.

Hasta hoy, los bosques continúan poblados de fantasmas ciudadanos. Por ejemplo, París, donde vivo, está circunscrita por dos bosques que apellidan «los pulmones» de la ciudad:

el del este, el Bosque de Vincennes, y el del oeste, el Bosque de Boulogne.

En el primero, un número impreciso de *sin techo* ha establecido allí su refugio. En el segundo sentaron residencia medio millar de prostitutas, travestis y transgéneros en buena parte latinoamericanos e indocumentados, y, por ende, sus clientes.

Me pregunto los efectos de esta pandemia interminable sobre tales poblaciones tan frágiles.

Pensar en estas situaciones extremas en las que los hombres se ven confrontados a la naturaleza me hizo caer en el recuerdo de la odisea atravesada por el escritor israelí, fallecido en 2018, Aaron Appelfeld cuando niño, y que de

(Buenos Aires, 1939). Su poemario más reciente es *Humus... humus* (Leviatán, 2020).

manera tan ejemplar nos supo revelar.

En el principio: Appelfeld nació en 1932 en esa franja de Europa Central que hasta hoy no encuentra sosiego y se llama Transnitra, más precisamente en Jadova, Rumania, hoy Ucrania. La vida lo condujo a concentrar en su persona los prismas más dramáticos por los que una persona puede atravesar.

Mis abuelos también eran de la zona, pero llegaron a la Argentina después de los desastres de la Primera Guerra Mundial. Las veces que interrogaba a mi abuela sobre su patria, su lugar de nacimiento, solía responder con un gesto no tan vago de la mano: «De por ahí». Ahora la entiendo un poco más y acepto que también Appelfeld era «de por ahí».

De una infancia desahogada de judíos asimilados cuya lengua era el alemán pasó a que mataran, cuando tenía ocho años, a su madre de treinta y uno y a encontrarse junto con su padre en un campo de concentración. Las alambradas no estaban aún electrificadas y logró evadirse por debajo de ellas al bosque vecino.

Allí halló refugio durante tres años y medio hasta que llegó a liberar el país el ejército ruso y él se enroló en sus filas como asistente de cocina.

Para no delatarse como judío que era se encerró en un mutismo total. Vivió a la intemperie con gente más peligrosa que los animales salvajes. En su segundo año de escuela primaria tuvo por maestros a prostitutas, criminales y vagabundos.

Los tres años en el bosque son su relato medular y esencial.

En sus palabras:

Al principio el silencio que nace de la soledad extrema y del miedo, el silencio se convierte en escucha atenta de las sensaciones, la del contacto con los árboles del bosque, con la tierra húmeda, la paja, la savia de las raíces de los árboles que chupamos, el cielo de las noches. Este contacto con el espacio hostil, para nosotros [los niños] que no teníamos ni casa ni padres, vibraba con una cualidad que no era fruto del «descubrimiento» ni de la curiosidad. [...] eras tú y el mundo, sin separación.

En otras oportunidades reiteró que el día era el dominio del cuerpo y por la noche, cuando soñaba con sus padres, era el *ámbito* de lo espiritual.

Cada vez que llueve, hace frío o sopla un viento fuerte, vuelvo al gueto, al campamento o a los bosques que

me dieron cobijo durante mucho tiempo. La memoria tiene raíces profundas en el cuerpo. A veces, el olor a paja podrida o el grito de un pájaro son suficientes para transportarme lejos y a mi interior.

¿Qué hizo un niño que no llegaba a los nueve años para sobrevivir en situación tan extrema? Encontró fresas silvestres, manzanos y perales, supo aprovechar las zanzas para dormir, aprendió a mentir, se hizo amigo de los animales y descifró las señales de la naturaleza. Los pájaros, por ejemplo, son excelentes detectores de personas.

En tiempos de guerra uno pasa por una transformación y yo pasé a ser un pequeño animal porque el instinto animal es mucho más efectivo que el pensamiento.

Appelfeld no fue el único niño que sobrevivió a la iniquidad humana en una naturaleza las más de las veces extrema y hostil. Pero gracias a él tenemos un pálido reflejo de esos días, y sobre todo de esas noches.

Una referencia final sobre los sarcasmos de la palabra: Auschwitz quiere decir «pequeña pradera de abedules», y Appelfeld «campo de manzanas» |

PARÍS, 24 DE ENERO DE 2021.



- *La música del fin del mundo*, de León Plascencia Nól. Salto de Página / Malpaso, Barcelona, 2019.

### **PAREJA CRECIENTE**

Hye ama las listas y a su marido Emile. Y el artista Fuzzaro ama a Hye. El artista y la mujer están en Buenos Aires, «una ciudad que me fue carcomiendo», dirá Fuzzaro, quien lleva, durante tres meses, un diario en el que escribe «una serie de notas puntuales, de dibujos, de datos absurdos, de diálogos». Todos eso que «revoloteaba a mil imágenes por segundo», describe el narrador-protagonista, forma ahora la novela en la que el lector se adentra aunque desde el principio sepa que «en realidad esta es una historia de amor, fallida». La música de las palabras logra que la lectura fluya en esta creación/destrucción de un mundo sexual donde la pareja tiene más de dos integrantes ●



- *Los tiempos de Dios*, de José Luis Valencia. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2020.

### **NARRACIONES VIOLENTAS**

Estos ocho cuentos indagan en los hechos hiperviolentos que sufren los habitantes de Guadalajara día a día. Esa indagación incluye la reconstrucción literaria del español que se habla en esta ciudad. Desapariciones, asesinatos, accidentes mortales, traiciones, viajes sin regreso, asaltos y secuestros son algunos de los temas en los que crecen las narraciones de este libro que ganó el Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola 2020. El jurado, formado por Julián Herbert, Socorro Venegas y Vicente Preciado, lo eligió «por ser consistente en su prosa» y porque «mantiene una tensión sin concesiones alrededor de la violencia, un tema que logra tratar sin puntos de vista condescendientes» ●



- *Juchitán tiembla*, de Efraín Velasco. *grafografxs.uaemex.mx*, Toluca, 2020.

### **HAIKU IRRECUPERABLE**

Todo comienza con un terremoto: el 7 de septiembre de 2017, Juchitán de Zaragoza, una de las ciudades más importantes del istmo de Tehuantepec, sufre una gran destrucción debido a esa fuerza telúrica. Después, en el sufrimiento, lo que sigue es el arte: Efraín Velasco, autor multidisciplinar que articula la tradición literaria con estrategias contemporáneas de producción artística, crea *Juchitán tiembla*. El libro es «un paseo por rincones tipográficos. Un haiku fuera de escala, fragmentado, irreparable». Sus páginas contienen textos legibles y superacercamientos a letras que no se pueden descifrar sino desde las artes plásticas: metáfora de la imposibilidad de reconstruir aquello que se amaba y ahora ya no existe ●



- *Las folias del sexo*, de Francisco González Crussí. Debate, México, 2020.

### LA DICHA Y EL MISTERIO

Cada nuevo libro de González Crussí porta consigo la certidumbre de que brindará una doble felicidad a sus lectores: los frutos que la curiosidad del médico escritor ha ido a encontrar en su vasta erudición, por un lado, y por otro la vivacidad del estilo con que dichos frutos son dispuestos para nuestro deleite de modo memorable. Era de algún modo natural que, llegado el momento, el ensayista que se ha ocupado de reflexionar sobre el cuerpo y sus posibilidades dedicara un volumen a la zona donde se originan las dichas y los misterios que han enloquecido por siglos a hombres y mujeres. Así, aquella felicidad doble se refrenda en esta revisión de las ideas que nos hemos hecho acerca de lo que ocurre en esa zona ●



- *La octava maravilla*, de Vlady Kociancich. UNAM, México, 2020.

### MARAVILLA

Ocasión inmejorable para ingresar a la obra de una autora fascinante, esta primera novela —publicada en los años ochenta, y hoy recuperada por la colección *Vindictas*— cuenta cómo la existencia de Alberto Paradella se materializa en la fantasía, el viaje, la escritura, entre la realidad y el sueño y el amor. Adolfo Bioy Casares anotó en el muy elogioso prólogo que escribió para *La octava maravilla*: «¿Cómo no envidiar la buena estrella, o el talento, de Vlady Kociancich, que ha inventado una historia fantástica, extrañísima o apasionante, creíble para lectores de nuestra época?». Habría que añadir: ¿cómo no profesar una rendida admiración a ese talento? Kociancich será ya siempre una narradora indispensable ●



- *En busca del presente*, VV. AA. Gris Tormenta, México, 2020.

### EN PRESENTE

Una de las preocupaciones rectoras del pensamiento de Octavio Paz —no en balde tituló con ella su discurso de Estocolmo—, la búsqueda del presente ha imbuido también la estela del poeta, concretamente en la parte de su legado que ha sido la revista *Letras Libres*. Este volumen recupera ensayos que, a lo largo de dos décadas y publicados en esa revista, han hecho suya esa interrogante. El conjunto no precisa arrogarse la representatividad del espíritu crítico que la publicación heredera de *Vuelta* haya podido tener en este tiempo —pues, de hacerlo, ese espíritu quedaría a deber. Más bien, funciona como un buen acceso a la pesquisa paciana, siempre pertinente y siempre estimulante ●

## UN PROYECTO DE LA PALABRA CON LA TIERRA



Yaxkin Melchy

**La colección** *Ecopoéticas de la Madre Tierra* es un proyecto que estamos formando en el diálogo ecológico, filosófico y poético entre diversas latitudes, lenguas y visiones. Desde una reflexión doble acerca de la naturaleza de la poesía y las relaciones con la tierra, proponemos estas muestras de poesía y crítica para apuntar a los territorios, a la naturaleza-cultura y sembrar la conciencia de que somos hijas e hijos de la Madre Tierra. Somos voces diversas, pero nos damos cuenta de que algunas poéticas, además de pertenecer a sus respectivas tradiciones literarias, orales o de la oralitura, poseen un diálogo relevante con los territorios. Hoy, cuando esos territorios están en peligro de desaparecer y vivimos un tiempo en que la modernidad de la civilización materialista está mutando, creemos que es el momento de continuar insistiendo en la voz de esas poéticas. La diversidad de la poesía tiene valiosas claves para orientar nuestros corazones en estos tiempos, pues una gran riqueza

sobrevive en los mundos del corazón y su palabra. Estas voces poéticas que no han sucumbido a la enajenación se pueden rastrear en las artes y las tradiciones, y desde allí nos llaman a poner los pies en la tierra y el oído en las raíces de todo lo vivo. En esta época en que las identidades modernas buscan una respuesta ecológica, queremos poner en contacto las poéticas y las artes como fuentes del «diálogo con la tierra y con la vida». Encontrar un camino desde la poesía implica, para esta modernidad posible, una nueva escucha, apertura y, por supuesto, transformación. Todo ello también nos lleva a pensar lo que es la palabra poética y la filosofía de vida, de la mano de los distintos territorios, herencias, naciones y lenguas.

Nuestra visión es que este momento, a pesar de toda la turbulencia, es el mejor momento para insistir en la posibilidad de nuevas redes entre culturas, saberes y mundos. Desde ese cruce fértil que no corresponde a

una sola nación o identidad, sino al diálogo, pensamos que hay mucha poesía y pensamiento que promueven una modernidad con amor y respeto a la vida y a su diversidad. Esto dicen las y los poetas, las pensadoras y los pensadores cuyas poéticas estamos explorando y poniendo en diálogo en esta red. Precisamente hemos abierto un diálogo para conocerlos y escuchar cómo están hablando, insistiendo y resistiendo valientemente. La poesía no es ajena a la tierra, pues, pese a ciertos valores de la modernidad que nos distancian de su escucha, la tierra no deja de hablarnos y de sostener nuestra vida; gozamos del alimento de la tierra, la salud que de ella viene y del conocimiento que emana de nuestro diálogo con todos los seres. A eso no se le llama ecología en un sentido estricto y científico; sin embargo, hay una parte de la ecología que quiere tocarse con la poesía y su habla. Así nació la palabra *ecopoética*, que conjunta el prefijo *eco*, proveniente del griego *oikos* («casa»), y *poética*, que señala el estudio de la poesía y las formas poéticas. Esta *ecopoética* nació originalmente de un término en inglés: *ecopoetics*, para llamar a una sistematización reflexiva que reúne los caminos de la crítica poética,

la comprensión ecológica y la búsqueda de alternativas frente a los dilemas éticos y las crisis ambientales. No obstante, se ha convertido en algo más que aquel término regional, para convertirse en una manera de intercambiar solidariamente poemas, críticas y reflexiones. Desde el sur, el intercambio y la diversidad son nuestra visión de la eco-poética: por eso decimos las eco-poéticas de la Madre Tierra.

Actualmente, nuevos tejidos aparecen en el lenguaje y las propias artes, ciencias y filosofías: etno-poética, filosofía ambiental, ecosofía, ecoteología, ecoacústica y bioartes, por dar unos ejemplos. En nuestro caso, en nuestros territorios de diálogo vemos la importancia que tienen, para esta ética ecológica, las voces que se han llamado a sí mismas indígenas. Y pensamos que esa palabra es una invitación a dialogar seriamente y con el corazón, porque, como ellos dicen, hay que conocernos en el corazón y comprender sintiendo, escuchando y abriéndonos a vivir de otra manera. Desde este sentir se ve que el nudo de nuestros problemas ecológicos no puede desatarse aplicando los mismos principios, pues mientras persista una corteza dura en el corazón

viviremos con una serie de disociaciones dadas por un modelo que aísla y divide los lenguajes objetivos, tecnológicos y «serios» del sentimiento y su palabra. Por eso también queremos hablar con varios lenguajes que proponen complementariedades de los lenguajes objetivos, tecnológicos y serios con el corazón. De manera contraria a las voces que pregonan la crisis de la poesía y nos ofrecen a cambio el ensimismamiento y el rencor, en este diálogo nos hemos dado cuenta de la importancia de lo poético para la tribu humana, pues por las palabras y sus formas del sentir pasan los proyectos de modernización, las agendas políticas, las constituciones, las ciencias, y todo aquello que se justifica éticamente. Por eso vamos hacia esa parte de una ética eco-poética, tenemos esa visión en esta editorial.

Este año, la editorial Cactus del Viento celebra el primer fruto de este esfuerzo: el lanzamiento oficial del tomo 1 de la colección Eco-poéticas de la Madre Tierra, titulado *Voces de limo: Muestra de poesía peruana en diálogo con el territorio y la vida*, editado e ideado por Pedro Favaron.

Esta colección, que es quizá la primera de su tipo, busca presentar a los lectores

una perspectiva ecológica, espiritual e intercultural del legado poético y eco-poético de los territorios y culturas de nuestro continente. El camino emprendido comenzó hace tres años como una plática entre los poetas Pedro Favaron y Yaxkin Melchy en la selva peruana, y se afianzó durante el año pasado, 2020, entre noticias de la pandemia, correos y llamadas para sacar adelante este proyecto. Gracias a la colaboración de una red de poetas, académicos, diseñadores y amigos, este proyecto, que tiene una visión intercontinental, ha salido adelante. Hemos propuesto que la colección Eco-poéticas de la Madre Tierra sea descargable para las redes sociales y virtuales, así como para aquellas menos virtuales de los grupos de lectura, los amigos o el aula.<sup>1</sup> En este momento ya se encuentran en fase de preparación los siguientes tomos, que serán dedicados a los territorios de Chile, la Amazonía y México. Por ahora, cada uno va a su paso y forma, revisando su bibliodiversidad, tejiendo los caminos de lo poético, la naturaleza y el espíritu.

En este primer tomo que ha servido de inspiración y guía a la colección, el lector podrá encontrar poemas —desde el canto huayno al haiku— seleccionados y

comentados por poetas, pensadores y filósofos que brindan nuevas perspectivas sobre cómo relacionar nuestras tradiciones literarias antiguas, de vanguardia y contemporáneas con la biodiversidad. Así, emprendemos esta contribución, posible gracias a la Madre Tierra, a la fraternidad entre artistas y pensadores, y a la generosidad de una red de personas que trabajan por el cuidado, el bello florecimiento y la salud de la vida humana. Que el canto nutra nuestros corazones en estos caminos y nos devuelva al asombro, la sabiduría y la profunda seguridad de que somos hijas e hijos amados de nuestra madre la Tierra, a quien debemos nuestro retribuir con el corazón y con la responsabilidad.

*Voces de limo: Muestra de poesía peruana en diálogo con el territorio y la vida* es el primer recorrido por la poesía de un territorio diverso llamado Perú. Su edición fue idea original de Pedro Favaron. Participaron once colaboradores internacionales que reunieron las voces de veintitrés poetas del Perú: José María Eguren, Mariano Ibérico, César Vallejo, Gamaliel Churata, César Moro, José María Arguedas, Jorge Eielson, Efraín Miranda, Javier

Heraud, José Watanabe, Omar Aramayo, Alberto Benavides Ganoza, Wong Sui Yun, Boris Espezuza, Doris Moromisato, Carlos Huamán López, Édgar Saavedra, Pedro Favaron, Navale Quiroz, César Panduro Astorga, John Martínez Gonzales, Irma Alvarez Ccoscco, Alonso Belaúnde Degregori. Las colaboraciones son de: Ángela Parga, Boris Espezuza, Carlos Estela, Diego Sánchez Barrueto, Francisco Fenton, Édgar Saavedra, John Martínez, Julia Wong, Pedro Favaron, Víctor Salazar Yerén y Yaxkin Melchy.

A manera de prefacio a los poemas de cada autor se incluye un comentario crítico que ensaya una lectura en clave ecológica de los poemas. Estos prefacios también surgen desde distintas visiones, experiencias, lenguas y tradiciones, y buscan abonar con reflexiones agudas distintos caminos poéticos, críticos y pedagógicos que puedan contribuir a despertar la sensibilidad y la conciencia ecológica

Ahora que comienza esta colección en medio de la crisis por la covid-19, hemos encontrado una senda de compañerismo, y de respeto en nuestra diversidad y honestidad. Creemos que, en el ambiente de las artes y la poesía, que también son espacios depredados por

prácticas de enajenación y explotación, quedan espacios de claridad, entrega y visión que se comunican por un *saché* poético, y que desde esos espacios los diversos nombres de la ecología pueden ser sentidos, comprendidos e inventados |

TSUKUBA, ENERO DE 2021.



1. La colección opera con una licencia de Creative Commons 4.0 internacional, es decir que se puede imprimir, difundir y utilizar libremente, con la única condición de acreditar de manera clara el trabajo y las ideas de cada uno de los autores: [cactusdelviento.wordpress.com](http://cactusdelviento.wordpress.com)

## DE MALICK A HERZOG: DE LA NATURALEZA COMO DIVINIDAD A LA NATURALEZA COMO CAOS



Hugo Hernández Valdivia

### El cine no puede evitar

—aunque lo pretenda— incluir a la naturaleza en lo que registra. (A menos, claro, que se trate de abstracciones o divertimentos geométricos, como algunas propuestas experimentales o numerosas animaciones, hechas en la misma cinta, de Norman McLaren). Como escenografía o como asunto, como *atrezzo* o como utilería, como extra o como protagonista, como tema o como historia, sin humanos o con (desde, dentro, contra) los humanos. Así, pero no necesariamente como consecuencia de esto, han aparecido acercamientos de diferente ambición y alcance. Desde la ingenuidad idealizada al estilo Disney, que esboza una naturaleza propicia y benigna, bucólica, y siempre a escala de lo humano, con sus valores (por lo que resulta *natural* que los habitantes de bosques y selvas, así como montañas, plantas o arbustos, sean antropomorfizados), hasta las aventuras que dan cuenta de la brutal hostilidad que puede albergar la naturaleza salvaje, con bestias descomunales

—lo mismo tiburones que gorilas o serpientes— o territorios ominosos —selvas, desiertos, playas—, o las que transcurren durante fenómenos meteorológicos que amenazan no sólo la vida humana, sino sus creaciones y los cimientos de la civilización.

En este mapa merecen particular atención los acercamientos de dos realizadores fundamentales que utilizan las herramientas del cine —se expresan en imágenes y sonidos— para entregar valiosas reflexiones de orden filosófico: el norteamericano Terrence Malick y el alemán Werner Herzog. En ambos casos la naturaleza es mucho más que paisajes de fondo o escenario de proezas o miserias: ambos utilizan a menudo la voz en *off*, cual monólogo interior literario, con propósitos discursivos, pero también para cuestionar y hacer observar, para pensar. No es raro que por la banda sonora transite un río reflexivo, como para no quitarle peso al encuadre, en el que a menudo aparecen

espacios espectaculares que pueden resultar acogedores o amenazadores... e indiferentes a lo que sucede con los humanos. No obstante, la visión resultante es distinta y distante, contrastante. Para Malick la naturaleza adquiere proporciones divinas; para Herzog es caos, un campo propicio para la proyección de la naturaleza humana.

Malick, que se graduó en Filosofía en Harvard con la distinción *summa cum laude*, fue profesor de esa asignatura en el MIT y tradujo a Heidegger, ha mantenido una conducta ascética, lejos de las tentaciones y debilidades de la naturaleza humana, de la parafernalia cinematográfica y los reflectores. En una época en la que todo mundo busca sus cinco minutos de fama y prodiga opiniones, juicios y prejuicios en cuanta red social esté a su alcance, el cineasta norteamericano se mantiene al margen: no concede entrevistas, no asiste a presentaciones ni a festivales (no se apersonó en el festival de Cannes de 2012 ni recibió la Palma de Oro que obtuvo en esa edición por *El árbol de la vida*); rehúye las cámaras incluso cuando está en rodaje.

En su cine explora con amplitud y rigor las diferentes aristas que percibe alrededor de la naturaleza.



Utiliza *religiosamente* el *extreme long shot* (gran plano general), gracias al cual llena la pantalla con imponentes paisajes. Ahí ubica personajes humanos (excepcionalmente, en la cinta mencionada, da cuenta del desarrollo de la vida en la Tierra, y por su superficie transitan lo mismo las primeras bacterias que los dinosaurios) que a menudo se desplazan en silencio, sensibles al lugar en el que se ubican, al que miran con atención y a veces con asombro, como el soldado Witt (Jim Caviezel), protagonista de *La delgada línea roja* (*The Thin Red Line*, 1998). Éste se sumerge en las aguas del Pacífico y camina por las exuberantes selvas de una de las Islas Salomón. El propósito del registro no es descriptivo ni turístico. De lo que se trata no es sólo de ubicar a un personaje en un espacio y un tiempo específicos —la acción transcurre en la Segunda Guerra Mundial, en los terrenos donde efectivamente hubo combates—, sino de establecer una postura panteísta. La fascinación con la que recorre Witt los diferentes parajes por los que pasea sugieren una comunión entre el hombre y la naturaleza salvaje: la convivencia de hombre, flora y fauna es pacífica y no es

exagerado subrayar que entre todos se va tejiendo un nexo espiritual. La guerra, esa gran enfermedad estrictamente humana —demasiado humana—, mancilla y amenaza, destruye el equilibrio, maltrata a la divinidad. De ahí que Malick siga utilizando planos abiertos para registrar los combates: da imagen y sonido al drama de los soldados, por supuesto, pero nos ofrece el paisaje completo (hay, por supuesto, una ambición holística), con la naturaleza sufriente, enferma.

Malick no es ingenuo al postular una perspectiva positiva sobre el ser humano: éste tiene una misión elevada, pero es propenso al extravío, asunto que está presente en cada una de sus cintas. Su exploración del malestar moderno que viven hombres y mujeres puede rastrearse en el curso de sus historias, en los monólogos y diálogos de sus personajes, en la forma, en el curso de la singular narración, por medio de los cuales se hace presente él como autor: en narratología se denomina *autor implícito* a la proyección del autor en el texto. En *Knight of Cups* (2015), por ejemplo, sigue a un guionista que tiene una vida exitosa en términos económicos, laborales y sociales, pero su vida es

una rutina vacía, habitada por sexo, drogas y *rock and roll*, en la que abundan los excesos. Se sugiere la idea de un origen noble (el caballero al que alude el título), de un destino que no estaba previsto en su noble cuna, que se torció en la ruta. En *Deberás amar* (*To the Wonder*, 2012) expone un paisaje de aridez espiritual y acompaña a un sacerdote que tiene una crisis de fe. En todas cobra relevancia el amor en crisis: parejas que conviven y que compartieron afectos, que atraviesan por un desencanto inocultable. En *El árbol de la vida* plantea el conflicto esencial de la humana condición, el que se encara al experimentar la espiritualidad en un mundo hostil, enfrentando la violencia de la vida. Es posible inferir que, según Malick, la felicidad forma parte de la naturaleza del ser humano, pero éste ha contribuido a alimentar enfermedades que lo alejan de su esencia, y en los tiempos que corren vive una profunda crisis de espiritualidad, percepción que compartiría el ruso Andrei Tarkovski.

Werner Herzog se ejercita permanentemente en la lucidez, posee una curiosidad infinita y ha hecho de su carrera como cineasta una aventura: es un explorador incansable. De su capacidad

de observación y su permanente afán de pensar con el cine han surgido películas imprescindibles que iluminan diversas aristas de la humana condición. Película tras película ha ido engrosando un discurso muy sólido y muy personal: tiene claro lo que le sorprende o extraña, lo que quiere decir (y tiene mucho qué decir); para expresarlo puede construir la puesta en escena y utilizar actores o puede tomar los elementos de la realidad. Para Herzog, la frontera entre géneros es operativa, y las películas toman la forma que conviene a su discurso. Así, ha dejado constancia de sus reflexiones en sus ficciones y en sus documentales, terrenos en los que por igual acostumbra manifestarse ampliamente: en el primero los personajes son una suerte de *alter egos*; en el segundo, el cineasta acompaña la imagen con sus reflexiones, expresadas con su propia voz en *off*, y no es raro que aparezca frente a la cámara. Desde sus primeros largometrajes documentales se aventura en parajes distantes y a menudo áridos. Es el caso de *Fata Morgana* (1971), uno de sus primeros largometrajes documentales, que fue filmado en el desierto del Sahara. Su propuesta, con matices experimentales, hace convivir con ánimo lírico textos míticos con largos

*travels* y pasajes musicales. Surge así una apuesta con ambiciones naturalistas y afanes antropológicos.

Para Herzog, Walt Disney «es un hijo bastardo del Romanticismo», y de él toma consciente distancia. Sus películas lo dejan bastante claro. En *Encuentros en el fin del mundo* (*Encounters at the End of the World*, 2007), por ejemplo, en la que da cuenta de sus vicisitudes y hallazgos en la visita a una estación en la Antártida, sigue a un pingüino —al que cabría calificar como depresivo— que se aleja de los suyos, mientras cuestiona si puede haber locura en esas aves. Así contrapone una cruda estampa al mundo de Disney, que un año antes, en *Happy Feet: El pingüino* (*Happy Feet*, 2006), había hecho una propuesta cálida, cándida y luminosa sobre los pingüinos; es también una suerte de respuesta al documental de Luc Jacquet *La marcha de los pingüinos* (*La marche de l'empereur*, 2005).

Desde la ficción ha acompañado a personajes obsesivos, de una terquedad bíblica. Las aventuras que ellos viven no obedecen al capricho, y si emprenden proyectos épicos al final no cabe hablar de héroes. No es extraño que Herzog vea demencia en el pingüino de la cinta antes mencionada, pues en sus

ficciones abundan los rasgos demenciales. Es el caso de dos de sus personajes más emblemáticos: Aguirre y Fitzcarraldo. El primero, protagonista de *Aguirre, la ira de Dios* (*Aguirre, der Zorn Gottes*, 1972), es un conquistador español que encabeza una expedición para buscar El Dorado. La travesía por el río Amazonas y sus hermosas selvas crueles es extenuante y provoca enfermedades y muertes a montones, pero el líder no claudica. Herzog condensa en una frase su gesta: «Aguirre se atreve a desafiar la naturaleza a tal grado que la naturaleza inevitablemente cobra venganza de él». En *Fitzcarraldo* (1982) acompaña a un hombre que se ha enriquecido con el caucho. Es un amante de la ópera que se empeña en construir un teatro para el *bel canto* en la selva. Las dificultades para navegar lo llevan a la odisea de transportar un barco a través de las montañas, pasaje que da lugar a una de las secuencias más fascinantes en la historia del cine. Por gestos como éste, el realizador concluye que «esta película reta las leyes más básicas de la naturaleza». Aguirre y Fitzcarraldo son interpretados por Klaus Kinski, un actor que tiene la virtud de personalizar con normalidad la exacerbación

y la locura, que ofrece desempeños memorables y da fuerza y verosimilitud a ambos personajes. Y que, caprichoso y exaltado, fue un dolor de cabeza constante para el realizador.

Herzog ha cultivado con mayor asiduidad el documental. Desde él ha dado cuenta de acontecimientos y padecimientos que tienen como uno de sus temas principales la naturaleza salvaje, la naturaleza humana y el puente entre ambas. Así, ha tomado distancia para el análisis: en *El diamante blanco* (*The White Diamond*, 2004), por ejemplo, sobrevuela en un artefacto las selvas tropicales de Guyana. La aventura es pertinente para dar cuenta de las obsesiones de Graham Dorrington, el ingeniero en aeronáutica que diseñó la nave que sirvió para el rodaje, cuya vida ha sido rica en desencantos. En *Lecciones de oscuridad* (*Lektionen in Finsternis*, 1992) registra el paisaje que dejaron los iraquíes en Kuwait después de abandonar el país al perder la Guerra del Golfo. Prendieron fuego a los pozos petroleros, y Herzog recoge imágenes dantescas con las impresionantes llamas que surgen del suelo: sí, el infierno. A propósito de lo expuesto, una de las lecciones reza así: «La

luna es insípida. La Madre Naturaleza no llama, no te habla, aunque un glaciar algún día se tira un pedo. Y no escuches la Canción de la Vida». En *Ecos de un imperio sombrío* (*Echos aus einem düsteren Reich*, 1990) revisa la gestión de Jean-Bédél Bokassa en la República Centrafricana en los años setenta del siglo pasado. El ejercicio del poder de Bokassa tiende un puente con Joseph Conrad; Herzog ilumina el corazón en las tinieblas. A propósito de lo observado y reflexionado, en particular el canibalismo, Herzog comenta: «El canibalismo es ciertamente parte de la naturaleza humana, y es un fenómeno que siempre me interesó porque tiene un nexo directo con una parte de nosotros que es muy antigua y yace enterrada profundamente».

En uno de sus documentales más conocidos, *Grizzly Man* (2005), podemos escuchar reflexiones que en buena medida condensan su pensamiento. Con un profundo respeto (que, por lo demás manifiesta de cara a todo lo que aborda) y exento de juicios, sigue aquí a Timothy Treadwell, un hombre que vivió en el bosque cerca de los osos grizzly. Recoge el material que el «amigo de los osos» grabó, examina su conducta

y la comenta e interpreta en *off*. Observa rasgos de paranoia, pero no le interesa un diagnóstico psicológico. En uno de los pasajes más sensibles de su filmografía, Herzog aparece a cuadro, de espaldas (sin ánimo exhibicionista ni sensiblero, acaso es ocioso precisar), escuchando el sonido que registró la cámara al momento en que un oso ataca y mata a Treadwell. De éste comenta que fue «un gran educador» al hacernos conscientes del riesgo que corren los osos. Afirma que «grabó material que no tiene precedentes en su belleza y profundidad, y nos permite ingresar a nuestra más recóndita condición humana. Así que no es tanto una película sobre la naturaleza salvaje, sino una introspección en nuestra naturaleza». La cinta cierra con frases que van en este tenor y que bien podrían ser su epitafio: «Mientras vemos a los animales en su gozo de ser, en su Gracia y ferocidad, el pensamiento deviene cada vez más claro, de que no es tanto una mirada a la naturaleza salvaje sino una introspección en nosotros mismos, nuestra naturaleza. Y eso, para mí, más allá de su misión da significado a su vida y su muerte». Frente a todo esto, ¿cómo reprocharle a Herzog que no sea romántico... ni optimista? |

## EXTRAVÍOS



Luis Eduardo García

**Recuerdo ese ritual:** mi papá y yo descolgábamos el teléfono, dábamos clic a un icono en la pantalla de la computadora y comenzaba a salir del auricular un ruido como de robots autodestruyéndose. Después de unos segundos, si había suerte, colgábamos el teléfono y poníamos los pies en esa especie de País de las Maravillas virtual que se abría ante nosotros. Tres o cuatro horas de conexión nos alcanzaban —a duras penas— para descargar media docena de canciones, un par de juegos para nuestro emulador de Super Nintendo y leer varias monografías sobre animales salvajes (con fotografías que tardaban horrores en desplegarse por completo). Era hermoso. Se sentía un poco como haber descubierto una dimensión alterna. Puedo decir que a partir de la irrupción del internet en mi vida, a mediados de los noventa, jamás he vuelto a experimentar el aburrimiento.

Algunas cosas han cambiado (por ejemplo, mi

papá y yo hacemos ahora nuestras búsquedas por separado, conectarse ya no implica secuestrar el teléfono y descargar la discografía completa de una banda no demora más de cinco minutos), pero internet sigue siendo para mí un paisaje inmenso y fascinante, una invitación para explorar y extraviarse.

Es precisamente en esas exploraciones, en esos desvíos y vagabundeos, que me he topado de pronto con sitios luminosos que han terminado convirtiéndose en mis refugios. La pequeña lista a continuación es una muestra de algunos de mis favoritos:

### EL HERBARIO

En su juventud, Emily Dickinson confeccionó un herbario con las flores que recolectaba en los alrededores de Amherst. En siete años logró reunir y clasificar—con hermosa caligrafía— cuatrocientos veinticuatro especímenes. El cuaderno es guardado con celo por la Biblioteca Houghton de Harvard, que

alberga manuscritos y libros raros. Afortunadamente se dieron a la tarea de digitalizarlo completo para que más gente pueda tener acceso a esa maravilla.

[https://iif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:4184689\\$1i](https://iif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:4184689$1i)

### MEMORIA CHILENA

Imaginemos un proyecto cuyo objetivo sea conservar materiales imprescindibles para la memoria cultural de un país, poniendo a disposición de los lectores un vasto cuerpo de contenidos digitales descargables. Eso es Memoria Chilena. Este archivo invaluable, construido a partir de las colecciones patrimoniales de la Biblioteca Nacional de Chile, aloja —entre sus miles de fotos, cartas, mapas, artículos periodísticos, registros audiovisuales, etcétera— libros tan importantes para comprender la poesía hispanoamericana reciente como *La ciudad*, de Gonzalo Millán, y *La bandera de Chile*, de Elvira Hernández.

[memoriachilena.gob.cl](http://memoriachilena.gob.cl)

### AVIBASE

Avibase es una monstruosa base de datos con información de pájaros de todas partes del mundo. Alberga cerca de veintisiete millones de registros de más de diez mil especies de

aves. Basta con escribir, por ejemplo, «pinzón mexicano» en su buscador, para que la página nos entregue datos taxonómicos, estado de conservación, fotografías y archivos de audio. Oro puro para ornitólogos y entusiastas.

<https://avibase.bsc-eoc.org/avibase.jsp?lang=ES>

### THE PIRATE BAY

Desde hace dos décadas, The Pirate Bay ha sido la salvación de muchas de personas —entre las que me incluyo— que no siempre tienen los medios para alcanzar los contenidos digitales que anhelan. Música, películas, videojuegos, libros, cómics, hay de todo en sus aguas azulísimas.

<https://thepiratebay.org/>

### ESTRATEGIAS OBLICUAS

En 1975, Brian Eno y Peter Schmidt desarrollaron un juego de cartas cuyo objetivo era salir de los bloqueos creativos utilizando el pensamiento lateral. Las ciento trece cartas contenían instrucciones tales como «Perderse en territorio inútil», «Eliminar los detalles y quedarse con la ambigüedad» o «Enfatar los defectos». Hacerse con una de las ediciones originales del juego es sumamente complicado,

pero ya hay páginas en las que basta con dar clic al botón del *mouse* para que una nueva tarjeta aparezca:

«Llama a tu madre y pregúntale qué hacer».

<http://stoney.sb.org/eno/oblique.html>

## UN PARQUE



Dolores Garnica

**Desde la ventana** de mi estudio alcanzo a ver un pequeño parque. En estos días de pandemia esta vista me alivia y reconforta, quizá por eso no entiendo por qué se prohíbe el tránsito en los parques durante el botón rojo.

Mi parque tiene bancas de concreto y varios caminitos que los paseantes trazaron en el pasto para cruzarlo más rápido. Pero, sobre todo, tiene muchos, muchos árboles: cedros blancos, cipreses, ahuehuetes, tabachines y eucaliptos, que durante el invierno se ven desnudos y en primavera florecen o reverdecen. Cuando hay viento se mueven todos a un ritmo uniforme y cuando tiran sus hojas los vecinos las recogen y las ponen en muchas enormes bolsas negras. Alrededor de mi parque, antes de la pandemia, todos caminábamos, vuelta y

vuelta con perro, audífonos, bolsas, carriolas, llaves, niños, o dando el brazo al abuelito.

Hace poco pregunté a un arquitecto cómo se hacían los parques: si sólo se bordeaba el espacio con banquetas, como yo suponía, o si se complica la labor al talar árboles, trazar un parque y volver a plantar nuevos árboles. La respuesta tuvo algo de lógica: seguramente antes del parque existía otra cosa que no era un parque, quizás un pastizal o algo más. Aunque soñemos que los parques son esos espacios donde la naturaleza ha continuado su curso, la realidad es que no son más que construcciones igual de planeadas y realizadas que el fraccionamiento, que el edificio de departamentos, que nuestro baño.

Que los parques no sean esos árboles que siempre

(Guadalajara, 1976). Es autora de *Un gris casi verde* (Paraíso Perdido, 2018).

han estado allí, antes de nosotros, antes de nuestros padres y abuelos, me resultó decepcionante. Los árboles del parque detrás de mi edificio de departamentos no son esos testigos eternos del tiempo, símbolos de la resistencia de la naturaleza o recordatorios de la fortaleza inquebrantable de los fenómenos naturales, sino meros vecinos creados por el urbanista, el arquitecto y el albañil que se decidieron por ese ahuehete de la misma manera que se escogió el tipo de piso de mi cocina o el nombre de mi calle: avenida Rosario Castellanos.

¿Cómo se hace un parque? Podría parecer una cuestión muy inocente e ingenua. ¿A quién se le ocurriría pensar que el parque más cercano a su casa siempre ha estado allí? Aquí la pregunta de fondo es: ¿qué tan natural es un parque hecho por la Constructora San Carlos a finales de los años setenta? ¿Con qué tipo de «naturaleza» convivimos en nuestros parques? ¿Se le podría aún llamar naturaleza?

En Nueva York hay otro parque y otra respuesta. Desde 1978, Alan Sonfist ha mantenido *Time Landscape*, de apenas ocho por doce metros, considerado no sólo un parque sino también una de las más

reconocidas obras de arte del Land Art de los setenta, hoy llamado también arte medioambiental. A diferencia de la tapatía Constructora San Carlos, Sonfist se dio a la tarea, desde 1965, de investigar la botánica, la geología y la historia de Nueva York antes de que fuera Nueva York: la región llamada Sapokanikan por los indígenas canasee y hoy Greenwich Village.

En 1978 comenzó la plantación de este parque, también considerado una cápsula del tiempo. Hoy en día es administrado por el departamento de parques y jardines de la ciudad. Justo en la esquina de La Guardia Place y West Houston Street crecen abedules, avellanos, flores silvestres, hayas, cedros rojos, cerezos negros y robles, como si se viera el paisaje de antes de la civilización, ese paisaje que «siempre» ha estado allí aunque apenas cumpla cuarenta y tres años.

*Time Landscape* es ese parque que nos imaginamos cuando pensamos en un parque, aunque sea un terreno que antes era bosque, después algo que se derrumbó para terminar en un baldío que un artista decidió convertir en el primer bosque que habitaba allí.

El parque neoyorquino está cercado y alrededor

también hay bancas y banquetas de concreto. Se puede cruzar mediante un caminito, también pavimentado, quizás producto de quienes lo cruzaban, quién sabe. Desde *Time Landscape* se observan muchas ventanas de departamentos de neoyorquinos, hoy también encerrados por la pandemia.

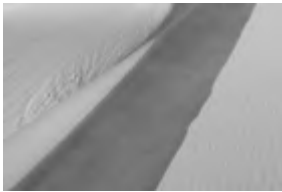
«Mi escultura en la ciudad de Nueva York requirió cinco años de investigación. Descubrí la historia de la zona mirando los registros holandeses de sus suministros de madera y los relatos de sus caminatas hasta su arroyo favorito para pescar truchas», explicó Alan Sonfist en una entrevista. Al parecer, los colonos holandeses y los indígenas canasee también caminaban, vuelta y vuelta.

Antes de la llegada de los españoles ya había ahuehetes en lo que ahora se conoce como Guadalajara, ciudad que cambió varias veces de domicilio porque los fundadores no encontraban esos ahuehetes que la Constructora San Carlos taló para plantar otro ahuehete en el parque que estaría detrás de mi edificio de departamentos. Árbol que observo ahorita. Vista que me alivia en tiempos de pandemia |

## Úrsula Hernández CONTEMPLACIÓN DE LA NATURALEZA

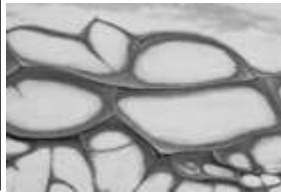
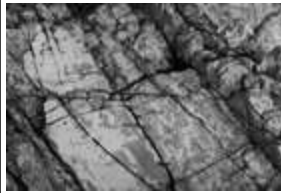


En esta selección de fotografías se mezclan tres distintas series: Simbiosis, 3000 Pies y Caleidoscopio. Todas pertenecen a un mismo portafolio de trabajo generado a raíz de una residencia en Sudamérica (Brasil, Perú, Chile y Argentina), en 2013, con



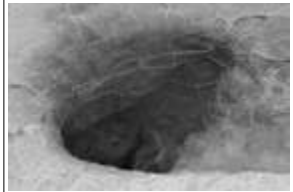
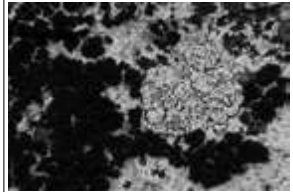
el fotógrafo de naturaleza Antonio Vizcaíno. Las imágenes no están alteradas y fueron tomadas de manera digital con una cámara Canon 7d.

Cuando se observan juntas, aunque a simple vista parezcan distintas, muchas de las imágenes comparten texturas,



tonalidades e inclusive composiciones similares. Unas figuran ciudades vistas desde lo alto, siendo imágenes tomadas en macro; otras, evidencian la majestuosidad de la naturaleza desde una avioneta, y, finalmente, otras son casi surreales visualmente, juegan con los planos y los colores, simulando pinturas abstractas.

En conjunto, ilustran trazos creados con luz y sombra. Los colores son fieles y nos remiten a contemplar la naturaleza vista a través de los ojos de una apasionada del dibujo |





[www.petraediciones.com](http://www.petraediciones.com)



# PASODEGATO

REVISTA MEXICANA DE TEATRO

DOSSIER:

**Teatro comunitario  
en México**

número

84

PERFIL:

**Fernando Hernández,  
el Fantasma**

ESTRENO DE PAPEL

(EN TSOTSIL Y EN ESPAÑOL):

**Ton vo' / La roca de agua,  
Petrona de la Cruz**

ENCUÉTRALA

EN LA LIBRERÍA PASO DE GATO

LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:

[libreriapaso.degato01@gmail.com](mailto:libreriapaso.degato01@gmail.com) • 55 5981 6993

[WWW.PASODEGATO.COM](http://WWW.PASODEGATO.COM)





## La Palabra y el Hombre 54. China

- Fan Liu Dream Garden (dossier)
- Zhou Qindi, Liu Weiguang, Chen Tianhan (interiores)
- Radina Dimitrova: Poesía contemporánea de China
- Wang Xiaobo: Un cerdo peculiar
- Li Yuansheng: Dos poemas
- Guillermo Cuevas: Leibniz y China
- Iván Solano: Introducción a la pintura china
- Zeng Lin: Las Letras de Carlos Fuentes que han perdurado en el chino
- María Teresa G. Linaje: Porcelana china: breve pincelada sobre su inserción cultural en México
- Liu-Liu: Mundan ting y Relinque: estrategias traductológicas



/lapalabayelhombreoficial



@Palabayhombre



/lapalabayelhombreoficial

Sitio web: [lapalabayelhombre.uv.mx](http://lapalabayelhombre.uv.mx)

## ~~EL ORNITORRINCO TACHADO~~ REVISTA DE ARTES VISUALES

### CONVOCATORIA PERMANENTE

PARA RECEPCIÓN  
DE COLABORACIONES

[www.ornitorrinco tachado.uaemex.mx](http://www.ornitorrinco tachado.uaemex.mx)  
[revista\\_ornitorrinco@uaemex.mx](mailto:revista_ornitorrinco@uaemex.mx)

Fechas de publicación: mayo y noviembre

Artículo de investigación

Ensayo académico

Ensayo visual

Dossier

Reseña